OBRAS COMPLETAS DE

VARGAS VILA

EL FINAL DE UN SUEÑO

Ramón Sopena, Editor. Provenza, 93 a 97, Barcelona.

:: Obras completas de Vargas Vila ::

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Rosa Mística.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio Rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Aguilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.

DERECHOS DE AUTOR

Todo ejemplar que circule sin estampilla será considerado ilegal:

EL FINAL DE UN SUEÑO

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

Derechos reservados.

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

EL FINAL DE UN SUEÑO

(NOVELA INEDITA)

EDICIÓN DEFINITIVA

La Fraternidad Humana, no ha escrito sino un poema...
y ese lo escribió Caín, con la mandíbula de un asno.

V. V

BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

A MANERA DE PREFACIO
PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Líneas breves;
sintéticas;
sin espacio para más;
contentivas de la historia de este libro, sin historia;
este libro...
un arco iris apoyado en dos tormentas;
un espacio azul y, blanco, en el rojo cromático de un gran cielo en tempestad;
en la dolorosa Trilogía de estas novelas, «El Minotauro», es como el alba de esa ardorosa jornada, en que una Alma Heroica, el alma de Froilán Pradilla, se puso en marcha hacia la Vida;
este «Final de un Sueño», es como un mediodía tropical, fuliginoso y, meditativo, lleno de una calma imponente de selva ecuatorial;
a las furentes rebeldías del «Minotauro», sigue este libro de reposo ideológico, semejante al remanso de un gran río, momentos antes de entrar en las agitaciones de un mar terriblemente amenazante;
el drama que se desarrolla en este libro, es todo psicológico;
sus lineamientos estéticos son más puros, por ser absolutamente espirituales;
es deliberadamente intelectual;
y, por ende, más noble y complicadamente dramático;
la esencia vital de un drama, está en el alma de aquel que lo vive, no en los hechos que lo producen, que son apenas elementos circunstantes de él;
leo con amor este segundo libro de mi Trilogía escrito en el año 1917, en Barcelona, para hacer suite *al «Minotauro», y, preceder a «La Ubre de la Loba», último de la sombría Tragedia, que fué la Vida de Froilán Pradilla;*
y, lo entrego para que entre a formar parte de mis «Obras Completas», editadas por la Casa Editorial Sopena;
vaya este libro, como los otros míos, hacia las almas cariñosas que me leen, ávidas siempre de hallar en cada uno de ellos, el fulgor de una Verdad;
valerosamente dicha;
en la decoración espléndida de la Vida y del Dolor;
como en este libro, que es la NOVELA DE UN INTELECTUAL.

VARGAS VILA.

1920.

EL FINAL DE UN SUEÑO

Moría la tarde triste;

sobre los cielos pálidos, era una gama de oros, en tal delicuescencia, que se diría lunar;

los oros, se fundían en un argento pálido en la penumbra vaga;

hora crepuscular;

por el balcón, entraba la luz difusa y lenta rompida en los estores y en las cortinas rojas, reviviendo en la alfombra la flora atrabiliaria, que se hacía fantasmal...

la flora se hacía triste, entrando en las tinieblas, en este vencimiento pacífico del Sol...

mariposas perseguidas, parecían las manchas blancas, que huían sobre la alfombra a los ángulos remotos, donde, al

fin, se diluían, se esfumaban, se morían en un vuelo silencioso de libélulas cansadas...

los cristales de la lámpara que en el centro abría sus brazos, con sus bombas policrómicas, irisaba los reflejos, de esa tenue luz remota y jugaba en los plafones, todos blancos y dorados como cielos de marfil;

en las grandes acuarelas, y, los paisajes al óleo, que pendían de los muros, esa luz agonizante, parecía revivir y, dar vida, ora fuera a los marinos horizontes, y, las olas encrespadas y, las playas rocallosas de Civitta-Vechia, o las suaves y onduladas, de Nettuno y Porto d'Anzio, ora al afro solitario, encerrado en sus paludes, donde bueyes pacían gustosos y, rebaños diminutos, destacaban sus siluetas en la árida y, majestuosa soledad de la Campiña Romana, cuya línea limítrofe con la *Urbi Orbis*, decoraba la gran cúpula azulosa de San Pedro, siempre ornada de reflejos, como un huevo luminoso de cristal;

los ruidos de la calle, no turbaban, el silencio omnipresente del salón, todo en

sombras, ya huídos, los jirones caducados de la luz...

Froilán Pradilla, después de haber acompañado sus visitantes hasta la puerta del salón, para despedirlos, había vuelto cerca a la ventana, y, se había sentado en uno de los sillones, que estaban inmediatos a ella, y, desde el cual podía ver un gran pedazo del cielo, en el cual las estrellas parpadeaban como vírgenes insomnes, y, un gran fragmento de calle, en el cual las lámparas eléctricas aparecían unas tras otras, con su luz oscilante y felina, como ojos ávidos de meretrices que exploraran las tinieblas;

sus ojos indiferentes, contemplaban sin emoción, el espectáculo exterior, de los cielos y, de la tierra, absorto como estaba en la contemplación de sus paisajes interiores, atento al vocerío confuso de los mil gritos extraños que subían de su corazón;

había llegado a una confluencia de su Vida, en que ésta, como un río acrecido, parecía sentir el peso, de los parajes calmados y bellos por donde había corrido, y, quería orientarse hacia no sabía qué mares tempestuosos, inapaciguados, ocul-

tos allá abajo, en la sombra remota, cruzada de relámpagos y, llena de gemidos lamentables...

una confluencia de Infinito, más allá de la cual, gemía algo, que no era su propio Dolor, sino el Dolor de los otros, al cual había estado toda su vida, tan atento su corazón;

no había podido matar en sí su alma de Redentor;

ésa era su angustia;

ésa, la fuente oculta de todos sus pesares;

su actitud de Triunfador feliz, harto de Gloria y, aun triste de ella, no consolaba sus tristezas de Apóstol y de Rebelde, y, sentía aún más que la tristeza, el remordimiento de esa Gloria, cuyo humo parecía ocultarle los senderos ya remotos, de sus luchas cuerpo a cuerpo con la Tiranía, la Hidra inacabable, cuyas garras se clavaban, no ya sobre él, que era un Hombre Libre, sino sobre los otros, sobre los Pueblos Esclavos; aquellas tribus de ilotas, que más allá del mar, dormían el sueño de la Ignominia, más profundo que el sueño de las selvas, y, cuyas almas se confundían en un mismo gesto de bestia-

lidad agresiva y primitiva, que era un odio ciego a la luz ;

él, sabía que el Apostolado, es una ascensión perpetua, hacia las cumbres del Sacrificio ;

que en esa marcha dolorosa, la detención, es una traición ;

que dos son los deberes de un Apóstol : realizar su sueño, o morir por él ;

que hay como la interrupción de un ritmo musical, en la interrupción de la tarea de un Apóstol ;

que es como la ruptura de una armonía sideral, escrita por el Destino, en el pentagrama de las estrellas ;

que es necesario al mundo que ese Gran Cántico de Gloria y de Fuerza, no se interrumpa, que esa Sinfonía vivida, continúe en ser la Obra de Perfección y, de Liberación, que los hombres oigan y vean en un verdadero Festival del Espíritu, y, lo sientan vibrar y desarrollarse ante ellos, en una gama ascendente, en una pureza inimaginable de líneas, en una perfección creciente de melodías hacia la cima, hasta finir y culminar el Gran Poema Lírico, el Poema Bélico de inau-

dita fuerza y oceánica sonoridad, que es la Vida de un Libertador...

ese Poema Heroico, que es el Poema del Sacrificio, la cumbre de las Crucifixiones, donde la brutalidad de la Vida Vencedora, decapitando al Genio, le arranca la lengua, para apagar el último eco del Verbo Apolíneo que reveló al Mundo, lo que hay de irrevelado en el corazón obscuro de la Fatalidad, y, cantó ese Himno de la Libertad, que muere con él, como si fuese el canto de todos los cisnes del Ideal, sonando en la garganta de uno solo, para morir con él, sobre el triste espejo del lago de los sueños, hecho un lago de cenizas, que se mezclan a las cenizas de los mundos muertos en el corazón inalterable del Silencio;

como la aparición del fuego en una montaña muy lejana, su juventud, se le aparecía radiante y vibradora, como un incendio de selva, rítmicamente orientado hacia el Sol;

puesto en presencia de ese pasado tumultuoso, su vida actual, se le aparecía como insignificante y de una pequeñez corpuscular;

no que él, hubiese abandonado la Libertad; no;

él, la amaba, él, la servía, él, la honraba con la gloria de su nombre;

los gestos que había esbozado durante los treinta años de su ostracismo, habían sido gestos de Apóstol ensoñador y, lírico, nobles gestos de altruísmo, teñidos de una vaga y generosa melancolía;

había hecho de su palabra una flámula, y de su pluma una espada;

iluminar y combatir había sido su misión;

la Prensa y, la Tribuna, habían sido las dos cimas desde las cuales, su alma vestida de llamas había dicho al Mundo, el esplendor de su palabra;

pero, este combate así, plenamente ideológico, tan por encima de las realidades tangibles de la Vida, no satisfacía sus anhelos combatientes, y, se veía como un Hércules vencido y, culpaba a la Vida de ser la Onfala vencedora de sus energías potenciales, vivas aún, pues que rugían en su corazón, como leones enjaulados, venteando a lo lejos el olor de sangrientas carnicerías;

y, una tristeza nazarena asaltaba su corazón;

¿era que había faltado a su Destino?

había dominado ya la cumbre lívida, aquella tras de la cual, no le es posible al Hombre hallar nuevos derroteros;

la marcha hacia el Oriente, no es permitida al hombre que ha cumplido cincuenta años...

su vida es ya una trayectoria hacia el Ocaso, un suave declive hacia el mar de la Muerte, en cuyas tristes riberas crecen inclinados sobre la Eternidad, los últimos laureles...

él, había entrado ya en esa Vía Appia, en esa Vía de las tumbas, que no por ser la Avenida de la Muerte, deja de ser la Avenida de las Victorias;

aun podía combatir, aun podía vencer;

aun podía tender la mano a otros laureles, que no fueran los ya concedidos a su talento extraordinario y cuya sombra lo entristecía más bien que consolarlo;

en el lenguaje consagrado por los hombres, él, era: un Vencedor;

su renombre era un renombre mundial;

entraba en la vejez por un pórtico or-

nado de refinamientos y de sutiles elegancias, como por un arco triunfal ornado de rosas exquisitas;

ilustre, fuerte, rico, ¿qué faltaba a su felicidad?

¿cómo se llamaban las alas de esa Idea, que plegándose sobre su frente la hacían tenebrosa, como una cima en la Noche?...

¿era la visión del Pasado, en cuyos paisajes remotos, las costas de la Patria, se diseñaban como las de un territorio de angustia y de desolación?

¿era la visión del Presente, árido como un campo de cenizas?

en Europa, había muchos Apóstoles como él, aunque ninguno tuviera su Elocuencia acre y terrible;

soñadores como él, no faltaban, aunque no todos tuvieran su raro desinterés que era como un rudo candor;

pero;...

¿por qué ese Apostolado no triunfaba?

¿por qué ese sueño no se realizaba jamás?...

el espectáculo que se ofrecía a sus ojos, era un espectáculo desalentador, capaz no sólo de justificar, sino de hacer palide-

cer las predicciones del más hosco pesimismo;

la Europa envejecida parecía resignada a morir sobre las leyes antiguas, abrazada a ellas, mezclando el polvo de su cadáver, al polvo de esas mismas leyes, que la habían esclavizado y la habían vencido;

en las ciudades, reinaba la Injusticia en todas sus formas y, los esclavos del Trabajo eran tan miserables, como aquellos que en la antigua Roma, llenaban con sus clamores los silencios del Forum, y, enmudecían bajo el hacha de la Muerte, en las arenas del Circo;

afuera, en los campos, los siervos de la gleba, eran tan despiadadamente explotados y, tan sistemáticamente envilecidos como los de la gleba romana antes y después de los Gracos y, de la ley Salustia;

el mundo no había andado un paso en el camino de la Justicia;

el Derecho era el escabel de los fuertes, y, el hacha con que se decapitaba a los vencidos;

el Trabajo, continuaba en ser una Esclavitud y la Riqueza una Insolencia;

las relaciones entre el Trabajo y el Capital, eran crueles y primitivas, con todos los caracteres de ferocidad de las civilizaciones florecientes, prontas a entrar en su declinación;

la Ley, era como siempre, la amenaza del débil, y, la catapulta del fuerte;

el Juez, continuaba en ser el heraldo del Verdugo;

la Justicia, estaba sobre todos los labios, y, no estaba en ninguno de los corazones;

la Sociedad, continuaba en enviar los hombres, a morir sobre los campos de batalla, o los arrastraba a morir sobre las tablas de un cadalso;

la esclavitud existía con el nombre de ejércitos permanentes, y, esas legiones de parias, eran enviadas a conquistar territorios lejanos, para los mercaderes que los pagaban.

Roma se había fundido en Cartago, y eran una sola Urbe, que tenía por fronteras, las fronteras del Mundo;

había amos y esclavos, sólo que a éstos, para hacer más irrisoria su esclavitud, les ponían un gorro frigio, emblema de la Libertad, y, sus amos fingían inclinar-

se ante ellos en el gesto irreverente de la más bufa arlequinada;

los embriagaban de elogios, como los antiguos embriagaban de vino los ilotas, para divertirse con ellos;

los Tribunales, continuaban en ser prostíbulos de la Venalidad, y, las togas, mantos de Mesalinas sin encanto, las cuales, no teniendo favores que vender, vendían los de la Ley;

la Bolsa, continuaba en ser el Tetragramaton del Mundo, en donde no había más Tablas de la Ley, que las Tablas de Logaritmos;

el Mundo se alquilaba o se vendía al mejor postor;

se hundía lentamente en todas las cobardías, esperando la llegada de los bárbaros que dormían en su propio seno, y, el relincho de cuyos caballos, se escuchaba a intervalos haciendo estremecer el silencio del horizonte;

ellos vendrían a la hora histórica, marcada por el Destino, para castigar esa falsa Civilización, fundada sobre la apostasía de todas las virtudes;

ellos, atravesarían con su lanza, el corazón de esa sociedad, madre de todas las

claudicaciones y de todas las cobardías;

y, acabarían con la comedia irritante de esa Libertad espúrea, formada de todas las esclavitudes, y, de esa Democracia, hecha de privilegios y, de egoísmos;

no había verdadero sino la Esclavitud;

no había sagrado sino el Crimen;

y, de rodillas ante esa Omnipotencia, el mundo deshonrado temblaba, aprestándose a morir;

y, él; lo veía...

veía ese atardecer de ignominias, pronto a convertirse en un crepúsculo de sangre;

y, veía la inutilidad de todas las doctrinas al caer en la mentira de todos los corazones;

¿qué había sido de la Palabra de los apóstoles y, de los profetas?...

la simiente había caído sobre una tierra podrida de Miedo y de Indiferencia, y, no había germinado pudriéndose a su vez en el corazón del Mundo, ya gangrenado por la Muerte;

por un florecer nocturno de todas las iniquidades, el jardín de la Sabiduría Humana, había visto morir una a una sus

más bellas rosas, sin esperanza de resurrección;

¿el Mundo, no era digno de la Libertad?

¿no era capaz de ella?

no se sabía quiénes eran más viles, de los amos o de los esclavos;

los unos imponían el yugo, y los otros lo sufrían con un gesto de igual bestialidad, vecino al idiotismo;

una espesa sombra de dolor cubría ese mundo donde la voz de los profetas había muerto, en un Silencio hecho de servidumbres;

en la prolongada miseria de la hora, en la cual se empapaban de Infamia, las últimas raíces de la Vida, todo rayo de Gloria había muerto sobre los cielos inermes, que parecían dos labios cerrados sobre una tumba;

la espada de los arcángeles se había roto, contra el muro de la Iniquidad, como contra el corazón de piedra de una Esfinge;

la pléyade apostólica yacía en el polvo, al pie de ese muro, vencida por el Dolor y por la Muerte;

los viejos apóstoles y los nuevos após-

toles, eran como la escoria inútil, sobre el volcán extinto, de cuyo corazón, no sale ya la llama para acariciar la Noche;

en vano Hæckel, había revelado al mundo, los: «Enigmas del Universo», y las «Maravillas de la Vida», si el mundo no descifraba Otro Enigma que el del Vientre, ni sabía de otras maravillas que la de envilecerse y de morir sobre un lecho, que habría encontrado demasiado muelle, el ególatra de Sibaris;

en vano Strauss, había arrancado al Cristo, su máscara de dios, con una heroica brutalidad de pedagogo en cólera, y Renán, había intentado arrancarle la corona de mártir, con una mano temblorosa, de lego irreverente y cobarde;

el judío asqueroso, continuaba en reinar sobre un mundo degenerado, que había hecho de su cruz el estandarte furente de todas las Tiranías, y, de su manto de plebeyo castigado, la púrpura de todos los imperios;

reyes y pontífices, reinaban en su nombre, y, fantasmas de repúblicas, amparaban bajo él, las formas de su soberanía irrisoria, más pesada que su antigua esclavitud;

si la tierra ya consagrada por la Civilización, agonizaba vencida... ¿dónde, pues, sembrar la semilla de los sueños redentores, los que como él, habían consagrado su vida a dar forma tangible a esos sueños, y, a predicar desde las cumbres ideales, el reinado de la Verdad y de la Libertad, entre los hombres?

no le bastaba el prestigio que su palabra apostólica tenía entre las gentes cercanas y, aun en aquellos pueblos remotos donde llegaba, apagada por la distancia, pero, siempre vivaz y límpida, como el eco de un clarín...

él, había vencido...

sí...

pero ¿sus ideas?

¿dónde habían triunfado?

vencidas habían sido en todas partes, y, no reinaban sino en el altar de su corazón;

estrellas proscriptas, refugiadas en el cielo de su espíritu, sereno como una inmensidad;

cual un cazador, rodeado de su jauría, despedazada por los lobos, él veía con una gran tristeza, este vencimiento de sus ideas;

y, no se resignaba a él;
un Apóstol no tiene otras victorias que las de sus doctrinas;
¿qué le importaban las victorias de su Nombre, si estaba de pie sobre las ruinas de su Ideal?...
¡estéril Triunfo!
triunfo miserable...
se hablaba de su Genio...
todos reconocían su Genio...
pero...
¿de qué servía un Genio, que no había sido capaz de fundar la Libertad?
sus libros, habían libertado almas, muchas almas;
pero... ¿dónde estaba el Pueblo, libertado por su pluma?
¿no era el caso de romperla por inútil?
como su Vida;
¿qué haría ahora de su Vida?
¿envejecer en la celebridad, en la tranquilidad, en la comodidad, rico y glorioso, entregado al culto solitario de sus ideas y, al de sus riquezas?
éstas, habían aumentado enormemente;
la muerte de todos sus parientes, lo había hecho triplemente millonario;

sus primos hermanos, los Estévez, habían desaparecido, uno después del otro...

la primera en morir, hacía ya muchos años, había sido Juliana, aquella bella flor de idilio, que había perfumado los albores de su adolescencia, con un suave perfume de violetas matinales;

la tisis la había devorado;

y, había muerto, virgen, enigmática, taciturna, como había vivido;

su muerte ocasionó la de su madre, que no la sobrevivió sino muy pocos días.

Andrés Estévez, había muerto en una batalla, mandando un regimiento, hecho ya coronel, orgulloso de su librea, y fiel a su fiera actitud de esclavo galoneado;

toda la fortuna de ellos, que era muy cuantiosa, había venido a aumentar la de él, y la de su hermana, que continuaba en envejecer al lado suyo, soltera, resignada y, feliz;

su lejana aldea natal, construída desde el principio, en tierras de su heredad, y que era ya una villa de regular importancia, continuaba en ser un feudo suyo, al cual había cedido ya, algunos de sus derechos;

en muchas leguas a la redonda de ese poblado no había morador, que no fuese arrendatario suyo y, no le pagase el censo y la gabela;

todo eso, aumentaba diaria y, enormemente sus rentas;

para vivir con holgura y con decencia, él y su hermana, que no amaban el lujo y boato, bastábanle, y de sobra, los emolumentos de su profesión, a los cuales se añadía la venta prodigiosa de sus libros y, los precios muy altos con que se pagaban sus artículos de colaboración científica, en las grandes Revistas Médicas del mundo;

todo eso era una superproducción, inútil para él, que iba a entrar en la vejez, sintiendo o presintiendo ya, la inutilidad de su vida futura, y, el vencimiento definitivo de los ideales de esa Vida;

¿se resignaría a ese vencimiento?

¿moriría repleto y, feliz, sobre las ruinas de todos sus sueños?

ese crepúsculo de hartazgo, no satisfacía su orgullo de Rebelde, ni era, ese desaparecimiento el que había soñado en su juventud heroica, llena de ensueños ácratas;

se insurreccionaba interiormente contra esa placidez bestial, que le parecía, una traición a su Vida, una apostasía cobarde a todos sus ideales;

es verdad que no tenía Patria;

la Tiranía, primero, y, la Conquista, después, habían devorado la suya;

el último Tirano había vendido el último jirón de la tribu esclava, y, el cayado de los conquistadores, apacentaba aquel rebaño de liebres;

las viejas espadas de los héroes, eran ruecas, en las cuales aquellos lidios degenerados, hilaban su propia infamia, y, el cordel de sus mismas ligaduras;

verdad era, que el comprador del Minotauro, el Conquistador yanki, previsivo y pérfido, extremaba el desprecio por su conquista, dejando flotar un fantasma de nacionalidad, sobre aquel cadáver de Pueblo;

embalsamado el Minotauro, hacía el efecto de un animal vivo, de pie en la selva ancestral;

engalanada la tribu, con los arreos de una soberanía grotesca, distraía su barbarie con el oro de su esclavitud y, con-

solaba su servidumbre, con los mirajes del Orden;

sus antiguos Césares, no eran ya, sino pretores humildes que gobernaban en nombre de Césares lejanos, amos de la Plutocracia bárbara y sórdida, que había comprado aquel rebaño tropical, perpetuamente amotinado contra la Libertad;

en la tragicomedia de su desaparición, la Tribu había conservado, los organismos bufos de su antigua Soberanía;

tenía cámaras y tribunales, al parecer suyos, donde esclavos togados, beodos de servilismo, daban y aplicaban leyes, que sus amos remotos les dictaban;

muchas veces, esas senadurías, esas diputaciones, esas magistraturas de prostíbulo, le habían sido ofrecidas por la parte más sana de la Tribu, aquella que conservaba aún, una lengua bajo la mordaza, un corazón bajo la librea y, una esperanza bajo el espesor de la noche, que el silencio hacía impenetrable como el secreto de una tumba;

él, había rechazado con asco y con horror, esas ofertas, enrojeciendo ante la idea, de ir a sentarse en aquellos serra-

llos de eunucos, y, de mancillarse con su contacto;

pero, como en la Tribu no todo se había vendido, quedaba aún un núcleo de almas dignas, que vivían en la esclavitud, sin haberse esclavizado, conservándose libres, como Epicteto en su ergástula, refugiándose en el Silencio, que era la única atmósfera respirable en esa adoración de la Conquista;

soberbias contra el vasallaje impúdico que las rodeaba, esas almas, pensaban siempre, en el Gran Proscripto, cuyo nombre, hecho ya legendario, había sido por tantos años, la protesta viva y, el verbo denunciador, contra el Crimen imperante;

él, era, para aquellas almas, el Paladium de los sueños de aquel pueblo encadenado;

la leyenda, se había hecho cada día más espesa en torno de su nombre, como la zarza, en torno de la cueva de un león; y esa zarza florecía, en rojas flores de Quimera;

la Fábula, lo coronaba con sus aureolas inverosímiles;

para aquellos que después de haber en-

vilecido la Patria, sufriendo y amando la esclavitud, acababan de deshonrarla, sufriendo y amando la Conquista, él, era siempre, el *Anarquista* letrado, el *Terrorista* elocuente, el *Tiranicida* teórico, que predicaba la razón del puñal, como la única razón posible contra la Tiranía;

para las almas libres y dolorosas, que no pudiendo salvar la Libertad, se conformaban con llevar el duelo de ella, y, para la juventud, que sufría impaciente un yugo que no había forjado, él, era el Apóstol, siempre oído, el Mártir, siempre perseguido, el Redentor siempre esperado, al cual con un prestigio de Leyenda, circuía una aureola de Misterio y Santidad;

sus libros circulaban sigilosamente, en manos de los iniciados en su culto, como salmos de una religión, en una catacumba de creyentes, y, aëdas apasionados, aprendían de memoria capítulos enteros, para llevarlos y declamarlos en ciudades y, en aldeas, y, decirlos a labradores entusiasmados, en el silencio de los campos:

su palabra, era un Evangelio, y, su

nombre era un lábaro para los amantes exquisitos y escasos de la Libertad;

los ecos de esa adoración, le llegaban de vez en cuando, ya en manifestaciones impresas, ya por la voz de labios entusiastas, que la decían cerca de él, y, era como el rumor de todas las selvas remotas, que murmuraban su nombre...

su potencia de vida interior se estimulaba con estos acentos, como una llama exaltada por el viento, y, adquiría la fuerza vertiginosa de una hoguera, en la noche, crepitante de ruidos y de fulgores...

y, eso, lo hacía triste, tan triste, como en ese momento, que hacía el gesto de abrazarse a sus sueños intangibles;

sufría con la dolorosa ansiedad de un artista, ante su Obra inconclusa, la Obra que ha sido el amor de su Vida, y, sus manos, heridas de inmovilidad, no pueden concluir...

le parecía que su Obra inconclusa, lo miraba, que su Obra lo llamaba, que su Obra lo acusaba, que su Obra tenía palabras de reproche, para sus manos cobardes, antes llenas de un inefable orgullo...

y, palidecía y enrojecía a la vez, como

si todo su Pasado se alzara pidiéndole razón de su Olvido, y, todo su porvenir se dibujase ya como un reproche, a su vida tan miserablemente estéril...

sentía una angustia de náufrago, y, una sensación de anonadamiento, lo envolvía como un sudario...

en aquel momento, un ruido extraño, vino a despertarlo de su ensoñación;

el teléfono sonaba, llamando, en la habitación vecina, que era su despacho;

vuelto a la vida real, se puso en pie, y, se dirigió al aparato, dando la luz, al entrar al aposento;

—*Aló*...

—*Aló*...

la voz debía serle muy grata, porque un gran contentamiento se reflejó en su semblante, disipando todas las nubes de sus borrascas anteriores...

—*C'est toi ma chérie?* — dijo, con una voz en que temblaban todas las ternuras.

—*Toi...?*

—.....

—*Mais no...*

—.....

—*Lui?...*

y, su voz se hizo grave, por una emoción de alarma...

—*Depuis quand?*

—.....

—*Mais il y a de la fièvre?*

—.....

—*Tout suit...*

—.....

—*Va bien... alors après diner... et toi ça va...*

—.....

—*Soyez tranquile, je serai là d'ici à une heure...*

—.....

—*Merci... merci...*

y, sonrió; todo su aspecto amoroso y viril, se mostró en aquella sonrisa;

—*Et moi aussi...*

—.....

—*...Au plus tard, à bientôt,*

—.....

—*...Mille pour lui, un million pour toi...*

y, acercándose al aparato, fingió el sonido de un beso...

algo muy agradable debieron responderle, porque rió de muy buena gana;

la comunicación fué quitada;

colgó la bocina, y, se dirigió a su Biblioteca;

iba a coger un libro, cuando tocaron a la puerta.

—Adelante;

el criado grave y ceremonioso, la entreabrió:

—*Monsieur est servi.*

—*¿Mademoiselle?*

—*Elle est à la salle à manger... attend à Monsieur...*

—*Bien...*

e hizo una seña con la mano;

el criado desapareció;

apagó la luz y se dirigió al comedor;

su hermana lo esperaba;

toda vestida en blanco, según su costumbre, que era más bien una manía, por no decir una excentricidad, vino hacia él;

la besó en la frente y, se sentaron a la mesa;

la ventura de Laura Pradilla, estaba toda, en esas horas de intimidad con su hermano, en esos *tête à tête* confidenciales y, afectuosos, en que él, le hacía las crónicas de París, y conversaban de todo, hasta de la Patria ausente, que se les

aparecía, allá lejos, como un muro de hostilidad;

una gran paz, un silencio conventual, reinaba en el pequeño comedor, con muebles de caoba estilo primer Imperio;

una luz azul y blanca, descendía de la lámpara sobre la mesa, y, las penumbras que proyectaba el *abat-jour*, de sedas y encajes, se extendían más allá de los sillones, hundiendo los objetos, en una sombra acuática, como si estuviesen en el fondo de un lago inmóvil y, transparente;

los oros de las vajillas de Sèvres, que en los aparadores y vitrinas dejaban ver sus reflejos mórbidos a través de los cristales, se hacían casi blancos, como el reflejo opalescente de la loza y las cristalerías cuyos bordes orlaban;

el brillo escaso de la cuchillería y grandes piezas de plata repujada, que llenaban los anaqueles, parecía hacerse más obscuro en ese adormecimiento de capilla, donde la luz tenía un vago encanto de caricia;

en ese reposo encantador, lleno de puras intimidades, la voz de Laura Pradilla, sonaba suave y musical, en el silen-

cio grave de las cosas que parecían entenebrecerse gradualmente;

y, su hermano la escuchaba tierno y sonriente, habituado a mirarla y, a tratarla, como a una niña, a pesar de avecinarse ya a la cuarentena, porque para esos dos seres, la vida parecía haber hecho un alto, y, se miraban en uno como limbo retrospectivo, cual si el tiempo no avanzase y, esa terrible cosa que es la vejez, no estuviese tan próxima de ellos, con su cortejo de duelos inacabables;

el fuego que ardía en la chimenea lanzaba a veces crepitaciones violentas, y, volvía a caer en uno como letargo, volviéndose a opacar, cual si hubiese sido fatigado por ese esfuerzo.

—Sí—decía Laura, y, su voz tomaba un timbre de duelo—. El monumento de mamá, en el Cementerio, ha sido tumbado por una tormenta, y, la estatua de la Piedad, que lo decoraba, ha sido rota.

—Hoy mismo—dijo su hermano con voz grave—he hablado con el arquitecto que debe hacer el nuevo monumento; me propongo, que sea, algo, mucho más sólido, y, mucho más suntuoso; una pequeña gruta en mármol blanco, a cuya entra-

da, se alce una estatua monumental del Silencio, con el dedo sobre los labios;... yo, te haré ver el proyecto, cuando traigan los dibujos;

y, los dos hijos callaron, como si viesen con ojos materiales, el rostro de su madre muerta, y, las ruinas del hogar remoto...

—Y, en la casa—continuó Laura—, el techo del comedor se ha derrumbado, rompiendo el viejo aparador de roble esculpido, ¿recuerdas? aquel que tenía dos galgos y, al pie un venado muerto.

—Sí—dijo su hermano hecho soñador, como si viese en lontananza el viejo y austero comedor, con los muebles sólidos y enormes, y la gran sillería roja; y, más allá, las penumbras del jardín cuyos arbustos más osados introducían sus ramas, cuando los cristales abiertos les dejaban libertad para ello...

—Ya he escrito al viejo Gaspar, para que lo haga restaurar, y, envíe a la ciudad cercana, el mueble para que lo arreglen también...

—Eso, no será posible; era un mueble del siglo XVIII, llevado de España, por el Arzobispo Gonzalo de Estévez, para re-

galo de novia de su sobrina Candelaria, que fué nuestra bisabuela;

y, como si la pompa del viejo mueble arruinado, se hubiese alzado ante ellos, callaron, y, el silencio se hizo profundo.

Froilán, que se mostraba preocupado desde la llamada del teléfono, abrevió la sobremesa, y, sonriendo a su hermana, se puso en pie y se despidió de ella, con un : *bonsoir*, lleno de ternura...

pocos momentos después, se oía el ruido de su coche, que se alejaba.

Se puede renunciar a una pasión...
pero... ¿olvidarla?
hay un encanto secreto en el amargor de ciertos recuerdos, especialmente de aquellos que nos han hecho sufrir mucho;
verlos ya lejanos, inertes, que no pueden alzarse del polvo, que no pueden herirnos... ¡ellos, que desgarraron nuestro corazón!...
¡cómo son bellas las tumbas que encierran los despojos, de aquellos que nos fueron fatales!
¡cómo son bellos, los cadáveres de nuestros enemigos vencidos!...
¡cuán amables son las olas de los mares que cubren ciertos naufragios!...
parece extraño, pero hay un gran placer en devorar ciertas cenizas;

placer de cenerófago, ¿no hay un placer de lotófagos?

las lágrimas son salobres, y, sin embargo, hay momentos en que nos es dulce devorar nuestras lágrimas;

en horas de amor, llorar es una gran ventura;

¿habéis sentido una dulzura igual, a la que os dejan en los labios las lágrimas de una mujer, que ha llorado por vosotros, cuando intentáis consolarla, besando sus ojos en una hora de reconciliación?

así el recuerdo de ciertos amores, en los cuales lloramos mucho, y por los cuales, lloramos todavía, con una extraña voluptuosidad, que hace deliciosa, extrañamente deliciosa, la acre y, amarga sal de las lágrimas;

bajo el azul límpido de un ensueño de Amor, todo se embellece y, se engrandece, hasta las perspectivas de la Muerte, que se hacen armoniosas y, lúcidas, llenas de una gracia melódica, iluminadas por una luz divina, cuando nos acercamos a ellas llevados por el recuerdo, y, evocamos todo lo que fué, y, yace vencido bajo los estandartes victoriosos del Tiempo;...

¿del Olvido?

no: el Olvido, no vence nada; se vence a sí mismo, muriendo sobre aquello que mata;

el Olvido, es cobarde;

el Olvido ignora la Victoria, porque no tiene conciencia de ella;

sólo el Recuerdo es grande, sólo el Recuerdo es divino, aun el Recuerdo del Dolor, que al abrir su cáliz de tristezas nos hace irrumpir en sollozos y, en lágrimas;

no hay efusión igual a la efusión de ternuras de un Recuerdo, cuando aquél tuvo muchas, aunque ellas fueran luego entenebrecidas por el vuelo azorado de todos los dolores;

las manos del Recuerdo, nos acarician como las manos amadas, que evocamos y surgen de las tumbas como largos y blancos lirios de Eternidad que nos tocan y nos apaciguan con un frotamiento de pétalos;

la edad, nos enseña el culto del Recuerdo, no nos enseña el culto del Olvido;

el Olvido, es una pasión de decrepitud, que viene a nosotros, cuando ya han muerto todas las demás;

aquel que olvida, es porque no vivió na-

da digno de recordarse, y, no vivió una de esas pasiones imperecederas que marcan la vida con su sello fatal, y, de las cuales basta una hora, para condensar en los ojos toda la belleza del mundo, y, en el corazón las palpitaciones de todas las cosas vivas y amantes de la Tierra...

labios que olvidan ciertos besos de juventud, es porque no besaron nunca ciertos labios de mujer, en los cuales palpita la eternidad del Amor, es decir, la eternidad de la Tragedia, y, besarlos, es como besar la boca del Abismo y, el estremecimiento de un sol en agonía;

vidas que no han vivido ciertas horas de Amor, no han vivido la Vida...

ellas no han apurado la Inmortalidad, en esa fuente de lavas, que brota de nuestro corazón y de otro corazón en forma de lágrimas, y, abren en nuestra alma un surco tan hondo, que nada, ni los silencios y, el horror de la Eternidad puede colmarlos;

esas lavas petrificadas son el Recuerdo, y nada pueden contra esa montaña en duelo, los vuelos letárgicos, de ese buho, que vuela sobre las tumbas: el Olvido...

a medida que avanzamos en edad, y, nos acercamos a la tumba, más vivimos en el Pasado y, del Pasado, porque el Porvenir es tan corto, que no tiene ya el poder extraño de encantarnos;

es a la hora del crepúsculo que las bestias rapaces se arrastran por entre las malezas, interrumpiendo con la inquietud de sus pupilas felinas, la serenidad atenta de los paisajes;

así los recuerdos, en la tarde de la Vida, cuando las cenizas de la tumba cercana, ensaya sobre nosotros sus primeros vuelos;

esa expansión del alma, en los silencios del Pasado, era para Froilán Pradilla una super-vida, un huerto cerrado, en el cual amaba refugiarse, lejos de todo ruido, que no fuera el de los latidos de su propio corazón;

su vida sentimental había sido tan corta, que había podido escribirse, en una sola página, pero, con letras de sangre, que no se borrarían jamás;

él, no contaba como amor, aquel idilio, ilúcido y, blanco, en que a los catorce años, había amado a su prima Juliana, y, había soñado al lado de ella, en los jar-

dines frondosos de la casa paterna, cerca a los jazmineros en flor, donde su suave belleza de lis pálido, parecía casi incorpórea, y, sus ojos se hacían tristes, como las aguas que lloran, bajo los juncos núbiles;

los besos que había puesto sobre la frente pura, bajo los bucles infantiles, que eran como una corona florecida, habían sido tan puros, que no merecían el nombre de besos;

excepción hecha de los besos de las madres, beso que no es impuro, no es un beso; es una profanación incestuosa de los labios;

el beso es el cántico del Sexo, que brota, hecho flor por los labios encendidos;

la rosa ígnea, que quema adorablemente, los labios en que se posa;

ésos, los había puesto él, por primera vez, en los labios del Amor, cuando había besado, los de Rosa la Taciturna, como había llamado, la virgen misteriosa y suave como una melodía, que se había ofrecido a sus amores, como un cáliz de Holocausto y de Resignación, en el pequeño huerto de la Pensión familiar, donde albergaba sus sueños de juventud, lle-

nos de voluptuosidades y de revanchas;

ese amor que había sido triste, como un rayo de luna sobre las aguas dormidas, había sido su único amor, porque había sido trágico;

y, la Tragedia inmortaliza aquello que toca con sus alas;

la Muerte, había coronado ese Amor, con sus adelfas cinéreas;

¿quién había sembrado esas adelfas?

él, con sus propias manos...

esas manos inmunes que la cuchilla de ningún verdugo había tocado...

con ellas había matado el rosal de sus amores, para matar el pájaro implume que tenía su nido en él;

por extinguir el hijo, aun no nacido, había muerto la madre, en plena Vida;

esa Tragedia, que lo había adolorado siempre, no lo había contrito jámás;

ella, era, un reposorio de su Pensamiento, en que amaba refugiarse para fortalecerse, para amurallar aún más su corazón defendiendo a toda costa su libertad, feliz y orgulloso de escapar a las redes del Amor;

desterrado de su país, poco después de ese drama que ensombreció su vida, caí-

do en el turbión acelerante de París, en plena juventud, había fatigado todos los amores, evitando caer nunca en el Amor;

la Tragedia de su primer Amor, lo perseguía siempre y, se alzaba como un fantasma, entre él, y, el alma de las mujeres que gozaba;

sobre el cuerpo desnudo de todas ellas, había buscado el Placer, pero, no había buscado nunca el Amor;

sentía el encanto de los cuerpos desnudos, y tenía el horror de ver las almas desnudas;

cerca a la orla negra o la gama de oro, de un vientre femenil, había sentido siempre el deseo de herirlo, como si viese el espanto de una nueva vida germinar en él;

bajo los senos que apretaba convulso, entre sus manos, que martirizaba con sus labios, que refrescaba con sus besos, no había querido buscar nunca un corazón;

aquel botón rojo, sobre aquel globo de nácar con venazones azules, le producía la impresión de la corola de una rosa monstruo, bajo la cual durmiera un nidar de víperas;

y, retiraba sus manos con asco y con

miedo, como si los reptiles fuesen a picarlo;

bajo la tiniebla densa, o el reflejo áureo de las cabelleras obscuras o luminosas que desataba con sus manos y, extendía sobre las almohadas, como estandartes de legiones vencidas, y, en cuyas ondas ocultaba el rostro, como en un divino lago de voluptuosidades, o se envolvía en ellas como en una mortaja de gloria, no había querido buscar nunca una alma;

y, cuando había creído verla asomar tras de los carbunclos, o los miosotis de los ojos, hechos enormes por las sensaciones del placer, había aplicado sus labios como un cauterio, sobre aquellas pupilas de perversión tras de las cuales aleteaba esa libélula, venenosa y fatal que es el alma de una mujer;

sentía la embriaguez de la Voluptuosidad y, la apuraba y la daba hasta el delirio, pero, guardaba la fuente de sus ternuras, que oía susurrar dulcemente dentro de su corazón;

tenía, el odio y el miedo del alma y del corazón de la Mujer;

no amaba en ella sino su sexo;

él, que era caritativo y dulce para to-

dos, era duro ya que no podía ser cruel, para las hembras, que se aproximaban a él, en actitud de amor;

siempre que tenía ocasión de conocer una mujer, se preguntaba; ¿de quién será la desgracia, este ser tan bello, que siembra el mal, con la inconsciencia de un elemento de la Naturaleza?

¿sabe el viento por qué agita las olas, y, éstas por qué sepultan el bajel donde perecen tantas vidas humanas?...

así, ese ser de inconsciencia y de fatalidad, que es la Mujer...

pobre ser de capricho y, de locura, que tiene el cerebro y, la crueldad de un pájaro, y, en el cual no viven con vida invencible y pertinaz, sino las emociones del sexo;

él, había visto mujeres bellas, algunas inteligentes, muchas buenas, pero no había visto ninguna que no fuera fatal a alguien o algo;

la Belleza, la Inteligencia, la Bondad, no son sino mayores elementos de Fatalidad, en la Mujer;

lo que hay en ella de superior, como lo que hay de inferior, lo que tiene de perverso como lo que tiene de puro, no le

sirve sino para centuplicar su poder perturbador y ser más fatal en la Vida;

lo que hay de conmovedor en ella, es esa esclavitud de la Naturaleza, que la organizó para producir el Mal, dondequiera que fija sus ojos de encanto, y, posa sus plantas ligeras, como dos alas tronchadas;

es inocente de llevar consigo el Mal, como un frasco de veneno, es inocente de contener la Muerte;

le sucedía con frecuencia, viendo dormir a su lado, alguna mujer, fatigada de placeres, pensar: Si yo matara a esta mujer, ¿cuántas vidas libraría de la desgracia?

y, era tanto el poder sugestivo de su pensamiento que muchas de esas mujeres despertaban azoradas, sobresaltadas, como si despertasen de un mal sueño o hubiesen escapado a un gran peligro;

y, se hallaban ante los ojos duros, amenazantes de aquel hombre que parecía mirarlas con iniquidad;

y, lo besaban como para desarmarlo;

había tenido queridas, muchas queridas, a las cuales había dado su oro y su simiente;

a ninguna había dado su alma, ni su corazón;

muchas lo habían amado o habían dicho amarlo, y, eso había bastado para que él, les volviese la espalda con rencor, como se le vuelve a una acechanza descubierta, seguro de que marchando en dirección contraria al Amor, marchaba en dirección de su ventura;

no pedía a sus queridas, sino el Placer, las dejaba en el momento en que él o en ella, sentía nacer una chispa de Amor;

él, sabía que el secreto para no amar nunca una querida, es prostituirla, llevándola hasta las condescendencias más infames;

y, él, las prostituía hasta las peores depravaciones, para sentir la náusea de ellas;

y, la sentía;

en el pequeño apartamento que en la rue de Bac, tenía para sus citas de placer, había reunido, cuantas exquisiteces, elegancias y refinamientos, pueden reunir el arte y, la ciencia, para hacer más intensas y agudas, las sensaciones del amor y aun las del vicio;

y, las agotaba en las mujeres que lo fre-

cuentaban como en un objeto de estudio, como si fuesen los casos clínicos que a diario trataba, o los cuerpos inertes que se ofrecían a su bisturí en una sala de operaciones;

uno de sus grandes placeres, consistía en embriagarlas hasta la hebetud, y, ver surgir en ellas la bestialidad nativa, dejando los fingimientos de la educación como una serpiente que muda de piel deja sus escamas;

y, gozaba enormemente en ver cómo engrandecía la locura en las pupilas bestializadas, en el fondo de las órbitas, hechas sombrías como pozos profundos, y, en verlas gesticular y oírlas gritar casi dementizadas en los delirios de la más baja animalidad, hasta caer por el suelo semidesnudas, tartamudas, asquerosas de oír y repugnantes de mirar...

sereno, impasible, las contemplaba, feliz de ver esa ignominia del Ídolo, de verlo hundirse en la abyección, como un dios revolcado en sus propias deyecciones;

y, gozaba de sentir el desprecio, el asco, subirle del corazón hasta los labios, que por aristocratismo de maneras y de tem-

peramento no se dignaban escupir sobre tanta ignominia, ni insultarla;

algunas, al volver en sí, le guardaban rencor de esta degradación, otras se conformaban con huirlo, temerosas de haber divulgado algún secreto...

en el fondo, todas lo temían, más que lo amaban;

otras llegaban a aquel pequeño *boudoir* pidiéndole el consuelo de la morfina que tenía, en una pequeña farmacia, donde frascos multicolores irisaban tras de grandes vidrieras, sobre anaqueles primorosamente niquelados;

y, él, se la daba, encantado en ver obrar lentamente los efectos del alcaloide, tras de los ojos que se velaban y, en las preciosas cabezas que se rendían, como guillotinadas por un verdugo invisible;

veía con fruición, los cuerpos inertes, abandonados a todas las violaciones, y, oía las palabras que salían de los labios sin dominio, reveladoras a veces de extraños dramas íntimos;

amaba esas cosas con una pasión de alienista, y, las cultivaba con una pasión de alquimista que disuelve o tritura un metal precioso, y, se goza en ver triturada

la arcilla miserable de un Ídolo, que un tiempo adoró y ante el cual tiemblan todos los mortales;

algunas, se encaprichaban en estas relaciones sin ternuras, en estos amores sin emociones espirituales, con ritualismos sádicos, que exasperaban sus neurosis, en el fondo de los Paraísos Artificiales;

pero, él, rechazaba y cortaba brutalmente esas pasiones histéricas, como rechazaba y rompía las muchas románticas que se querían formar en torno de él;

tenía el horror de los largos concubinajes, y, ninguna de esas queridas, si tal podían llamarse, esas relaciones de encuentros y goces epidérmicos, le duró más de tres meses;

las licenciaba sin emoción y sin violencias, aun a aquellas que más se encaprichaban en seguirlo;

como era rico, y, generoso con ellas, muchas se rebelaban contra este abandono, pero, él era inexorable;

cada ruptura, era para él, una purificación, una Epifanía, en que el fuego de la libertad purificaba su corazón;

esas mujeres, le habían ocasionado mu-

chos disgustos, pero ninguna le había ocasionado un dolor;

le habían costado mucho oro, pero, ninguna le había costado una sola lágrima;

buscador de sensaciones y, no de pasiones, había reservado su corazón y, su cerebro, en estas luchas sexuales, y, por eso había sido el Amo y no el siervo de las mujeres que había gozado;

así había llegado a la avanzada madurez de su edad, relativamente joven, bello, fuerte, merced a una higiene física tan cuidadosa como su higiene espiritual, que lo hacía aparecer en cada libro suyo, con mayor belleza literaria y mayor fuerza ideológica, que todos los escritores jóvenes que alrededor suyo, pugnaban por emularlo, o se agotaban en imitarlo;

y, eso, porque aun en sus encuentros callejeros, su voluptuosidad, era sabia, como todas las cosas de su vida;

aun en esos amores de una hora, continuaba en ser el dominador, no el dominado, de los besos y los abrazos transitorios, y, llevaba a ellos, una como especie de cólera hambrienta, que hacía sus besos desesperados y agresivos como si qui-

siese vengarse de todas las mujeres, en la mujer que poseía en aquel momento;

su furia voluptuosa hacía del acto carnal, una como revancha, en que la mujer vencida, y como asesinada por sus besos, se plegaba, gritando la angustia más que el placer de aquel abrazo;

sus labios, eran amargos sobre los labios dulces, eran voraces sobre el terciopelo polvoreado de las mejillas, sobre el plumón de los cuellos císneos, o la margarita de los senos desnudos; y, se hacían mortales, como si por ellos desbordase la ola de destrucción que agitaba su cerebro;

las hembras del *trottoir*, que habían compartido alguna vez su lecho, habían sentido miedo ante el rojo de carne de aquellos labios insaciables y, los refinamientos dolorosos de aquel Hércules que las vencía;

y, se lo mostraban unas a otras en los cafés del *quartier* o en los bulevares de la *rive droite*, refiriéndose los encantos violentos de aquellas horas, de acre voluptuosidad y definitivo vencimiento;

y, así había pasado el meridiano de la Vida, guardando la intangibilidad de su

Reino Interior, cuidadosamente cerrado, para toda ardiente dulzura, que no fuera la del Recuerdo.

Vencedor de la Vida.

Vencedor del Amor;

y, en esa paz augusta dormía su corazón, en un lecho de recuerdos, como un viejo león, sobre un tapiz de hojas caducas, bajo la caricia de arbustos jóvenes, y, la suave belleza de un cielo otoñal, que promete aún nuevas auroras.

El cielo era muy triste, como, una urna volcada, de donde se escapara un polvo de cenizas.

París, se hundía en la bruma, bajo un manto argentado, de tonos muy borrosos, como cielos de mar...

en marcha lenta y grave, las nubes grises eran como rebaños pávidos, en ese anochecer;

el Sena, era como un inmenso abrevadero, donde esas nubes iban sus aguas a beber;

la ciudad adorable, alzaba sus mirajes, en ese gris metálico, como una idealidad...

como una playa nórdica, hundía sus perspectivas hechas casi impalpables, en esa niebla densa, sin un rayo de sol;

cielos anestesiados, se dirían los cielos, en la inmóvil grandeza de su comba espectrál;

como plegaria muda hacia la luz difunta, se alzaba del río obscuro un hálito de paz;

las líneas armoniosas del Louvre, diseñaban su pura gracia helénica, en la húmeda caricia de la hora vesperal;

los jardines distantes, eran manchas obscuras, y, se hacían misteriosas en sus densos follajes, y, la mustia belleza de su flora invernal;

los edificios todos, parecían emerger, de un miraje lejano de aguas impalpables...

los árboles simétricos, fingían tropas inmóviles, esperando el desfile de un cortejo imperial...

el Instituto hundía su cúpula plomiza, en el cielo cetrino, como un enorme obús;

el patio lateral del edificio, tenía abierta de par en par su gran puerta de bronce;

ante ella desfilaba una larga hilera de coches y, automóviles;

iban pasando uno tras de otro, y, en ellos entraban presurosas, mujeres ele-

gantes y friolentas envueltas en pieles de valor, y artísticamente tocadas;

señores severos y muy *chic* les hacían compañía hasta el carruaje, o entraban a él, en su seguimiento;

muchos de esos vehículos, lucían escudos armoriales en las puertas y, en las libreas de sus cocheros y lacayos;

otros, ostentaban las armas de gobiernos extranjeros, y, eran coches de Embajadas;

los había también de la alta banca, la alta política, y la alta burguesía;

todo ese público salía de una sesión solemne del Instituto, donde había disertado un sabio extranjero de gran renombre y que aspiraba a la consagración de París;

los coches desfilaban, por el Quai Voltaire hacia el Pont-des-Arts, para ganar la *rive droite*, otros hacia el puente Henri IV, para atravesar el Sena por él, y otros buscando el Boulevard Saint-Germain, se internaban por la rue du Seine, o las otras adyacentes;

el patio se descongestionaba lentamente de público;

los más tardos en abandonarlo, eran

profesores y, estudiantes que hacían corrillos discutiendo sobre las teorías del conferenciante;

esos grupos se disolvían o seguían a pie por las aceras, dirigiéndose casi todos hacia el Boulevard Saint-Michel, y otros muy pocos, atravesaban el Pont de l'Institut, y, se perdían bajo las arcadas majestuosas del Louvre;

el Conserje, cerró las grandes puertas, tras de los últimos en abandonar el edificio, que eran, un anciano alto, delgado, corto de vista, que caminaba penosamente, apoyado en el brazo de una joven;

ambos vestían bien, y, ella, con una suprema elegancia, que le venía más de su aspecto señorial, que de su indumentaria;

hablaban de la conferencia, y, así haciéndolo, se dirigieron por la misma acera, en dirección ascendente del Sena;

así atravesaron la rue du Seine, y, volvieron por la rue Bonaparte, hacia Saint-Germain-des-Prés;

llegados al Boulevard Saint-Germain, con la intención de atravesarlo, la joven se detuvo;

en aquel punto-de intersección de líneas

de tranvías y de ómnibus, la aglomeración y la circulación de carruajes, hacía muy peligroso el paso, en aquella hora incierta, en que los focos de gas y, los de electricidad recientemente alumbrados, daban una luz relampagueante, que hacía más peligroso avanzar sobre la calzada donde el asfalto húmedo se hacía resbaladizo;

miró cuidadosamente a uno y a otro lado, buscando un agente de policía, que la ayudase a atravesar el Boulevard, con su padre medio ciego y, enfermo del reuma;

habiendo visto uno, que regimentaba el paso de los vehículos en mitad de la calle, le hizo señas y aun lo siseó, para atraer su atención; la niebla y, el ruido impidieron que fuese vista ni oída;

entonces, dejando a su padre, en el borde del *trottoir*, avanzó sola, para llamar al agente;

el anciano, permaneció un momento allí, pero luego, como queriendo unirse a su hija, avanzó unos pasos, fuera de la acera;

en aquel momento, un automóvil, a to-

da viveza, desembocaba del Boulevard sobre la plaza;

el anciano, no lo vió, o no pudo evitarlo, y, cayó bajo él;

un grito de horror partió de los espectadores de aquella escena;

quiénes fueron a detener el auto, quiénes a recoger el cuerpo, que el vehículo había arrastrado bajo las ruedas;

un agrupamiento inmediato se produjo, que impidió toda circulación;

la joven, que ya volvía con el agente, viendo aquella aglomeración de gentes y no viendo a su padre, tuvo el presentimiento de su desgracia, y, abriéndose paso violentamente, llegó hasta la acera donde ya habían puesto el cuerpo del anciano, inerte y bañado en sangre...

—Papá, papá—gritó desolada, abrazándose al cuerpo y, besándolo apasionadamente;

su rostro y su vestido se llenaron de sangre:

—Un coche, un coche—gritaba, sosteniendo la cabeza del anciano sobre las rodillas;

la gente, conmovida, presenciaba la escena, y, las mujeres lloraban...

en el mismo automóvil asesino, que había sido detenido por la multitud, el agente hizo colocar al herido, e invitando la joven a seguirlo se dirigieron al Hospital inmediato;

allí fué descendido el cuerpo y llevado a la sala de pronto socorro, donde lo recibieron practicantes y enfermeras;

se buscó un médico y, se halló un célebre cirujano, que justamente, en aquel momento acababa de operar y, salía con sus discípulos de la sala de operaciones: era Froilán Pradilla;

la joven, estaba de rodillas, cerca al lecho de mármol en que habían colocado el cuerpo inerte de su padre, que aun vivía, y lo besaba y lo llamaba, y, acariciaba el rostro querido, con tanta suavidad, como al de un niño enfermo, a quien teme hacerse mal...

sus ojos tristes y, húmedos, entre las cejas blondas, donde las lágrimas semejaban escarchas temblorosas en los pétalos de una azalea, miraban a intervalos los objetos y las gentes con tal mirada de angustia y de terror que hacía mal el verlos;

llamaba a su padre, quedamente, apa-

sionadamente, tiernamente, inclinando sobre él, su cabeza giottesca, y, la profusión de sus cabellos desordenados por la emoción, extendía como un velo de oro, sobre el rostro exangüe del anciano;

su mano sutil, de venazones añilinas, posaba su caricia azul-cerúlea, sobre la frente paterna murmurándole al oído...

—Papá, papá, ¿sufres mucho?

y, alzaba el rostro desolado, con la frente manchada de sangre, los labios llenos de sangre, y, llena de sangre, la cabellera luminosa...

tan pálida, que ella parecía también bajo esa sangre, otra herida, en agonía.

Froilán Pradilla, seguido de algunos discípulos, se abrió paso, por entre las enfermeras y practicantes hasta el grupo doloroso;

el agente, tomaba en aquel momento los nombres, para el informe de lo sucedido:

—Monsieur Paul Berteuil, químico, agregado a la Facultad de Ciencias y, profesor auxiliar; Mademoiselle, Suzanne Berteuil, escultora, discípula de la Escuela de Bellas Artes.

Berteuil, éste nombre recordó a Froilán Pradilla sus estudios de Química, y, se

inclinó sobre el cuerpo del viejo profesor, que aun sin conocerlo había sido su maestro;

lo auscultó, aun vivía; el corazón no había cesado de latir;

le abrió los párpados; las pupilas turbias, no tenían aún la ilucidez de la Muerte;

suplicó a Susana, que se retirara un momento, para desnudar y examinar detenidamente el cuerpo del herido;

ésta se retiró a una pieza vecina, con las enfermeras, que ensayaban consolarla;

el médico y los ayudantes, desvistieron y examinaron, el cuerpo de Paul Berteuil;

había sido maltratado horriblemente; presentaba magullamientos y erosiones múltiples; tenía un brazo y una pierna rotos; conmociones viscerales; y, una herida en el parietal derecho, que había ocasionado una grande hemorragia; ésta era la herida más grave, que la edad del enfermo, sesenta y ocho años, hacía casi mortal;

estado grave, casi agónico, fué el diagnóstico;

lo suturaron, lo vendaron, y, ordenaron el traslado de urgencia, a una sala del edificio.

Susana, se opuso a que su padre quedara en el Hospital, y, pidió llevarlo consigo a su casa ;

así fué puesto en una camilla, y llevado hasta el coche de Ambulancia, acompañado por enfermeros ;

mientras esto hacían, la joven fué tomada de un síncope.

Froilán se acercó a ella, para auxiliarla...

aplicaron un cordial a sus labios tan pálidos como dos geranios muertos, la friccionaron en los témpanos y en los pulsos ;

reanimada, alzó su cabeza luminosa, recobró la conciencia de su situación, y, haciendo un esfuerzo sobre su angustia, dijo a Froilán Pradilla, con una mirada imploradora donde las lágrimas tenían todas las elocuencias :

—Doctor, usted es un hombre de ciencia, su nombre me es familiar, usted debe conocer el nombre de mi padre.

—Sí—dijo él, conmovido—, es un gran sabio...

—En nombre de ese sabio, le suplico que no nos abandone; venga usted a verlo; cúrelo usted, sálvelo usted...

Froilán callaba;

sin duda, no quería comprometerse a algo que era casi un imposible.

—¿Vendrá usted?—insistió la joven.

—Sí—dijo él gravemente.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche...

—¡Gracias, gracias!—murmuró Susana, con la voz ahogada por los sollozos;

y, le extendió su carta de visita.

Froilán, la tomó de aquellos dedos, más blancos que el papel satinado que contenía su nombre armónico; le dió su mano para apoyo, al bajar la escalera, la acompañó hasta la puerta, hasta ver los camilleros, colocar la camilla en el coche, y, la miró partir, como si una inquietud se alejase con esa ambulancia, que llevaba un hombre hacia la Muerte;

y, se alejó él, también del Hospital, en dirección a su casa.

Aquella noche, al sentarse a la mesa, Froilán Pradilla, se sentía turbado, extraño, presa de una gran inquietud, como si las emociones de la tarde, persistiesen en él, con una rara vibración;

comió muy poco, guardando largos silencios, concentrado en sí mismo, impresionado con la escena reciente, como si la imagen del viejo profesor aplastado y, ensangrentado, lo persiguiera hasta aquel comedor apacible, en cuyas penumbras mitigadas, la luz hacía bahías blondas como pozos mercuriales, sobre el tapiz espeso y, en el silencio, lleno de intimidades suaves todas las cosas parecían exhalar un perfume de paz y, de quietud;

contó a su hermana, el *accidente*, cosa que no hacía nunca con los mil casos se-

mejantes, que ocurrían en las ambulancias y hospitales, donde por motivo de su profesión, se veía obligado a concurrir;

y, puso tanta emoción, tal sentido dramático en su relato, que Laura, se conmovió hasta las lágrimas, pensando en el viejo triturado y, en la desesperación de la hija, y, se hizo pálida de pena, tan pálida, como los linos de sus vestidos de primera comulgante que le eran habituales y en cuyas alburas, su rostro quedado infantil a pesar de la edad, parecía una flor de cera, envuelta en los paños de un altar; era conmovedora y, pueril, esa como petrificación, en las modas de su adolescencia, que la hacía llevar aún los cabellos cortados sobre la frente, a pesar de los hilos blancos, que empezaban a esmaltarlos, y, recogidos atrás, en una sola trenza, lo cual le daba el aspecto de una niña, enfermiza, tarda en el desarrollo.

Froilán, hablaba apasionadamente, y, se hacía a sí mismo, la ilusión de creer, que era la suerte del viejo Maestro, a quien había debido en su juventud, tantas nociones de Ciencias químicas la que le interesaba, y, no la belleza imponente y escultural de la hija, de la cual le pa-

recía ver aún, la armonía del torso, las curvaturas rítmicas del cuerpo, las líneas escultóricas del cuello, la cabeza humana, y, el rostro alargado de facciones fuertes, como de una Ninfa de Giorgio Barbarelli, sobre las cuales, la cabellera extendía uno como vaho de oro, semejante al que el vapor de las lagunas y, el sol de los grandes crepúsculos adriáticos, proyectan sobre las cabezas de las estatuas, en Venecia; el alma de esas lagunas parecía también prisionera, entre las largas pestañas húmedas, bajo las cejas enarcadas, donde las pupilas cerúleas, hacían reflejos de metal;

queriendo apartar su vista, de esta visión interior, que lo fascinaba, como la prolongación turbadora, de una música en el alma, sus ojos tropezaron con un tapiz de Fregonard, pendiente al muro, en cuyo fondo floral, una Diana Cazadora, atenta al ruido de los cuernos de sus ninfas acariciaba un lebrel, pronta a soltarlo al paso de la presa;

y, le parecía ver en aquella figura altiva y monumental, la imagen de Susana Berteuil, con el mismo aire imperioso del rostro, el mismo ofertorio mudo de sus se-

nos magníficos, las mismas formas esculturales, que la diosa desnuda ocultaba en los juncales del cuadro;

las cornalinas sanguinolentas del paisaje, parecían recordarle las manchas de sangre del viejo, herido, como las pupilas de ópalos vinosos de la Diana, le recordaban las miradas húmedas de la otra virgen, que a esa misma hora, sollozaba, cerca al lecho de su padre, acaso entrado en agonía;

y, la idea de esa muerte probable, lo obsesionó extrañamente, a él, que por su profesión, estaba tan habituado a ver morir, y, le parecía oír en el gran silencio circundante gritos de angustias desesperadas, que lo llamaban desde lejos...

y, apresuró la sobremesa, disculpándose con su hermana, que ella también lo instaba a ir a ver al sabio enfermo y, a prestarle el auxilio de su ciencia...

presintiendo que había de trasnochar, y, no queriendo que trasnochara su cochero, que era al mismo tiempo su lacayo, salió a la calle, donde los focos de luz eléctrica lo deslumbraron con su serpenteo convulsivo, de víboras de oro, arras-

trándose perezosas sobre el asfalto negro ;
se detuvo un momento en la puerta ;
no pasaba ningún coche ;
descendió la calle a pie, hasta el rond Pointe, donde la *rue de Maubege*, se une a la de Châteaudun, y, allí tomó el primer carruaje, dando la dirección :
—Rue de Rennes, núm...
el cochero, tomó por el Faubourg Montmartre, atravesó el Boulevard, entró en la rue Montmartre, y, se internó por la red de callejas tortuosas, que llevan por los mercados hacia el Sena ;
para aminorar su impaciencia, se puso a mirar a través de los cristales, del vehículo, esa parte del Viejo París, que a esa hora, era como una evocación hecha a tinta china, como una sucesión de aguas fuertes, hechas por un artista medioeval, dado a fantasías lúgubres o grotescas ;
las torres agudas de las iglesias, raras en aquel trayecto, parecían maderámenes de horcas de los cuales las campanas pendían como cuerpos de ajusticiados ;
en la bruma que envolvía la ciudad, los reverberos, eran, como cirios de agonizantes, y, aparecían mezquinos, en la plenitud de la tiniebla húmeda ;

la masa gris de los edificios, se hacía uniforme y monótona, como un muro inacabable, a cuyo pie los gritos de los camelots y, vendedores de diarios, parecían gritos de locos, salidos de un asilo nocturno, llenando de alaridos el vientre de la noche;

sobre los suelos húmedos, los lustres de los Cafés hacían remansos de luz que espejeaban en la sombra;

todo engrandecía desmesuradamente, en la bruma, con alineamientos absurdos e incertidumbres de miraje;

las siluetas de los edificios, se hacían ilógicas, a fuerza de engrandecerse y, parecían, recular en la perspectiva, en una huída fantasmal de contornos;

al salir a la *rue de Rivoli*, ya cercano al Sena le pareció que salía de una pesadilla, y, respiraba otro aire;

la travesía del río, le parecía una liberación;

las líneas puras y esbeltas del Hôtel de Ville, se le aparecían como más artísticas, más llenas de gracia helena, al salir de aquel dédalo de callejuelas, amenazantes, como una emboscada;

dejándolas atrás, pudo ver la mole del

Louvre hecha violácea, como una montaña en la noche;

el Boulevard Saint-Michel, quedó a su izquierda con la agitación de una colmena en furia;

por la rue Dauphine, buscaron el *Boulevard Saint-Germain*, lo remontaron y ya en el ángulo de *Saint-Germain-des-Prés*, buscó con avidez, el lugar del siniestro, y, por un fenómeno de sugestión vital, le pareció ver a distancia manchas de sangre, cerca al *trottoir*, por donde atravesaban gentes indiferentes, ajenas al triste suceso, que se había desarrollado allí, pocas horas antes...

el coche entró en la *rue de Rennes*, y se detuvo frente al número indicado.

Froilán Pradilla, descendió, pagó al cochero, y, entró apresurado.

—¿Monsieur Berteuil?—preguntó a la portera, que guardaba un aire de circunstancias, llena de gravedad, y, que como si le preguntasen por la salud del profesor, más que por la dirección de su apartamento, dijo:

—¡Ah! señor, muy grave, muy grave... ¿no sabe el señor el accidente?

—Sí; soy el médico...

—¡Ah! ¡gracias a Dios!; al segundo...

Froilán subió, sin preocuparse de las zalemas de la Pipelette, que creía ver subir con él, la salvación del enfermo;

subiendo le parecía que un silencio angustioso llenaba la escalera... y, el mutismo de las cosas se hacía el amigo y, el cómplice del mutismo de las almas.

—¿Habrá muerto?—se preguntó lleno de inquietud;

y, pensó retroceder;

pero, sabiendo que lo esperaban, avanzó resuelto;

tocó el timbre;

le pareció que su repercusión sonaba extraña, en el silencio expectante;

una sirvienta, de edad muy grave y muy triste, vino a abrirle;

había varias personas en el corredor, divididas en grupos;

hablaban muy bajo, comunicándose sus impresiones y sus temores;

el nombre del gran médico, dicho para anunciarse, los hizo volver a mirar, como si viesen aparecer la Salud y la Esperanza por las puertas de la casa;

se abrieron en filas para dejarlo pasar y, se inclinaron para saludarlo;

en el pequeño salón, había una aglomeración de gentes amigas y consternadas, eran casi todos profesores, hombres de letras, artistas, y, familias de la vecindad, acudidas al rumor de la catástrofe;

entre los hombres había conocidos y admiradores suyos, que lo saludaron con un:

—*Bonsoir, Maître*—lleno de estimación y de esperanza...

para los que lo conocían, la llegada del Gran Médico, era sensacional;

se sabía que fuera de su clínica, él, no visitaba, dándose por completo al profesorado, y, que siendo muy rico y no viviendo de su profesión, sólo sus amigos muy escasos gozaban de ese privilegio, o los extranjeros muy ricos, que venían atraídos por el prestigio de su fama, para hacerse operar de él.

Berteuil, era un sabio pobre, como todos los sabios, que vivía de su sueldo de profesor, y de algunos escasos emolumentos, que su ciencia le daba, ¿cómo había logrado que Froilán Pradilla viniera a visitarle?

habían sabido lo del encuentro casual en el Hospital, a la salida de su lección.

in ánima vili, y, su promesa de venir luego, pero, la habían creído una amabilidad para con la hija del sabio herido, una promesa de cortesía, que el galeno ilustre, no se creería en el deber de cumplir;

así, su llegada, fué una sorpresa y una satisfacción para todos.

Susana Berteuil, apareció en el umbral de la puerta de la alcoba;

libre ya de sus abrigos y de sus pieles, aparecía más alta, más esbelta, en una más poderosa euritmia de líneas, que era como una musicalidad tangible;

la esbeltez de la figura hacía resaltar más la expresión de la cabeza, que la masa de los cabellos hacía voluminosa y, luminosa, una expresión de orgullo y voluntad, apenas domada por el infortunio del momento, y, a la cual, los párpados entrecerrados daban un aire de meditación y gravedad; se diría una estatua de Minerva, a la cual hubiesen mutilado las alas;

tendió la mano a Froilán, con una sonrisa triste, como la de ciertos retratos borrosos de las mujeres de otros tiempos...

—*Merci, merci*—le dijo por toda salutación;

y, en esa palabra, simple al parecer, había un temblor de voz, en que temblaba su alma, en un desbordamiento de gratitud.

Froilán, sintió el deslumbramiento de aquella belleza rara y superior, destacándose en las penumbras que hacía el *abat-jour*, de la lámpara de pie, situada en un ángulo del salón, como se destacan ciertas estatuas en los salones de los museos, en la luz verdosa de los *stores*, abajados para librarlas de las violencias del Sol;

y, le estrechó la mano, inclinándose ante ella, en una reverencia ceremoniosa y elegante,

y, entraron ambos en la alcoba dirigiéndose al lecho del enfermo;

el anciano parecía dormir;

en la luz tenue de las lámparas veladas, que daban un tinte acuoso y verdáceo al aposento, parecía el cadáver de un ahogado, arrojado sobre una ribera blanca;

el olor de los antisépticos hacía pesada la atmósfera;

cerca al lecho, sólo había un hombre, que al verlo, vino a él, solícito y respetuoso:

—*Maître...*

él, lo reconoció;

era un joven alumno de la Escuela de Medicina, que solía acudir a sus lecciones...

—*Tiens!... vous par ici? Monsieur Molard;*

y, se estrecharon las manos;

el joven le explicó el estado del enfermo, desde su llegada del Hospital, y, las aplicaciones que le había hecho esperando la llegada de Froilán:

—Mademoiselle Suzanne, me había dicho que usted vendría, y lo esperábamos con impaciencia...

Froilán, pulsó al enfermo;

el pulso era muy débil;

continuaba en estado comatoso;

la color era muy pálida, como de un cuerpo exangüe, pero, no era cadavérica;

le entreabrió los párpados; las pupilas tenían más vitalidad que en la tarde;

había, sin duda, una reacción;

la temperatura había ascendido.

—¿Inyecciones?

—Sí... de cafeína; eso lo ha reanimado.

—¿El corazón?

ambos lo auscultaron.

—Ligeras alteraciones; fenómenos nerviosos.

—¿Degluta?

—No...

—Alimentación inyectada, muy ligera. No cambiar los vendajes hasta mañana; calma absoluta.

Susana, seguía con los ojos y los oídos, los gestos y, las palabras del Doctor, sin perder una sola de las del diálogo de los dos hombres.

Molard, estaba vivamente impresionado, confundido, su emoción lo ofuscaba por momentos; su dolor era tan sincero, que parecía que él fuese también, hijo del sabio herido; hacía tiempo que lo conocía, había sido su discípulo preferido, y, era mirado en su casa, como alguien de la familia; había sabido la noticia del accidente, por un condiscípulo, en un café; y, había acudido presuroso; no se había separado desde entonces del lecho del anciano...

Froilán, miraba fijamente al enfermo, siguiendo con atención, las huellas del mal, sobre el cuerpo y el rostro demacrados;

la inmovilidad del sabio era completa...

sólo se oía su respiración : era penosa...

los dos hombres callaron...

el silencio se hizo absoluto ; uno de esos silencios imponentes, que acompañan todos los desastres.

Susana, tenía la mirada fija en el médico, como si tuviese su alma pendiente de sus labios ; una ola de angustia y de sollozos contenidos, agitaba su pecho, en ondulaciones perceptibles ; sus ojos interrogaban, queriendo adivinar, en las facciones de aquel hombre la enormidad de su desventura ; toda su alma parecía en suspenso, en espera de una palabra, que la hundiera o la salvara...

—¿ Y, bien ?... Doctor—dijo, al fin, con una voz de creyente en espera del Milagro.

Froilán dejó de mirar el cuerpo del viejo, que era ya casi un despojo miserable, y, miró la joven, a la cual, la luz de una lámpara portátil, que tenía en la mano, bañaba de una ola de claridades blancas, bajo las cuales, todo su cuerpo temblâba de incertidumbres, sus ojos, tenían uno como mirar sobre el abismo, y, su boca se

plegaba triste, como temblando ante la palabra escrutadora que había dicho...

y, una gran piedad inundó su corazón, una piedad sin límites, por aquel gran dolor filial, por esa criatura que temblaba cerca de él, desconcertada y vencida, en el dintel de lo incierto y, lo precario, viendo acercarse el lúgubre cortejo de la Muerte;... la única Muerte dolorosa; la de aquellos que amamos, y, que se llevan algo de nuestra vida, dejándonos de ella, lo más cruel, lo único que no muere : el Dolor;

ante aquella belleza lacerada, su corazón tembló de un modo insólito :

—Y ¿bien?...—repitió la joven, cerrando lentamente los ojos, como para no ver avanzar la muerte en la respuesta; inclinando la cabeza abrumada de resignación, como si en aquel instante fueran a guillotinarla :

—Imposible decir nada—murmuró él, muy bajo, como si buscase una excusa, y, temiese ser oído de aquel herido, cuyo duelo parecía llevar ya—. Esperemos un Milagro de la Naturaleza.

—¿Un Milagro?—gimió ella, con un gesto de laxitud, y, una voz de desespe-

ranza; y, una más honda tristeza de vencimiento descendió sobre su rostro como una nube, transfigurándolo en el de una Dolorosa inconsolable; y, quedó muda, como una estatua severa, hecha soberbia en los relieves de la piedra inerte;...

él, no se atrevió a mentir, a profanar la esperanza; no se atrevió a consolarla, y, miró a Molard, en cuyos ojos expertos, se veía la misma inquietud, por no decir el mismo pesimismo del Maestro;

y, ambos se volvieron hacia Susana, con un igual gesto de Misericordia, que era como un gesto mutuo de adoración a su Dolor;

la pobre creatura, rota bajo los talones de ese Destino insensato que la hería, parecía haber entrado en un limbo de Eternidad, envolviéndose en su suplicio como en un manto que la ocultase, refugiándose en un Silencio, más desgarrador que todos los alaridos;

varias señoras, se acercaron a ella, con la intención de sostenerla, pues comprendieron que iba a desmayarse;

sin embargo, con un valor estoico, ella, reaccionó sobre sí misma, y, quedó en pie en medio de los brazos tendidos para re-

cibirla, vencedora de su Debilidad, como una estatua de la Victoria, hecha de marfil y de oro...

en esa inmovilidad, en ese silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho, la boca sin palabras, toda su Vida se había concentrado en sus ojos húmedos y glaucos, hechos trágicos, ante la Visión de su Destino Inexorable;

haciendo un gesto, como para libertarse de los brazos amigos, que aun se tendían hacia ella, avanzó hacia el lecho donde yacía su padre, se arrodilló ante él, y, tomando una de sus manos blancas e inertes, la llevó a sus labios, y quedó inmóvil...

entre las blancuras inmaculadas de las sábanas y, el azul obscuro del traje de calle, que aun llevaba, sólo se veían, el blondo ocre de la cabellera, y, la blancura nívea de la nuca, en la cual los rizos de oro jugueteaban a la luz, como miriadas de insectos luminosos, sobre una columna tronchada;

su cuerpo, se agitaba en un ritmo lento, como si sus sollozos obedeciesen a una música interior grave y pausada;

en aquel estupor profundo, en que el

Silencio, se hacía casi tangible, los asistentes, respetando ese dolor, fueron abandonando poco a poco el aposento...

el salón, estaba ya vacío...

lo tardo de la hora, lo había despoblado;

sólo quedaban dos viejas señoras, dispuestas a velar al lado del enfermo, y, a acompañar la joven.

Froilán Pradilla y, Molard, permanecieron aún cerca del paciente, esperando sin decírselo, la hora en que principiara la agonía, o apareciera algún síntoma inesperado de mejoramiento;

al fin, Froilán, hizo el gesto de marcharse:

—*Maître*...—dijo el joven, ante el gesto de partida, y esperando algunas instrucciones;

—Nada que hacer... — dijo el Médico, mirando a la joven, como para explicar al otro la razón de su prudencia.

Molard, hizo un gesto de certidumbre, y añadió:

—Yo, velaré aquí, por si algo ocurre...

al ruido de ese coloquio, Susana, alzó la cabeza y se puso en pie;

el río glorioso de su cabellera, se había

destrenzado al roce con el lecho, y su cabeza parecía más bella en ese desorden, con esa belleza provocativa y rara de las mujeres cuando salen del lecho;

arregló los cabellos sobre la frente radiosa y los témpanos hechos casi azules por la transparencia de la piel, que dejaba ver la red obscura de las venas; los levantó, sobre la nuca odorante, fijándolos en la cima de la cabeza, con sus manos trémulas, donde el carey de las peinetas, hacía vagos reflejos de crustáceos eléctricos;

y, con una voz, en que se notaba todo el dominio sobre sus nervios exasperados, dijo a Froilán:

—¿Se va usted? Doctor...

—Sí—dijo él—. Mi presencia no es necesaria aquí; para lo que ocurra, queda el señor Molard;

¿por qué su voz se hizo amarga al decir estas palabras?...

—¿Vendrá usted mañana? —preguntó Susana, poniendo tal acento de súplica en su voz, que él no tuvo la crueldad de negarse, y dijo:

—Sí... si aun es preciso...

y, en esas palabras pareció expresar todo su lúgubre pesimismo...

estrechó la mano a Molard.

Susana, lo acompañó hasta la puerta del salón...

—*A demain*...

—*A demain*...

se dijeron ambos...

y, sus manos temblaron, estrechándose en la semisombra del corredor;

y, él, descendió la escalera, turbado, confuso, cerrando su mano, como si quisiera aprisionar el contacto fugitivo de aquella carne suave y tibia que había temblado entre sus dedos...

Fiel, a su hábito de anotar sus impresiones, Froilán Pradilla, escribió en el Diario Espiritual que llevaba, las emociones de esos últimos días.

París...

Lo malo de toda pasión sentimental, es, que nos exterioriza, nos destierra de nuestro Reino Interior; nos hace miserablemente humanos;

¿a dónde vamos por ese sendero de exilio?

hacia los otros;

hacia el alma de los otros;

atraídos y, contagiados por la pasión de los otros;

heme aquí entrado en los senderos irracionales de la Piedad, contagiado por el virus morboso de la Piedad;

una Piedad absurda e inmoderada, por un dolor vulgar, como todos los dolores que vienen del corazón;

felizmente, mi cerebro, indócil a todo yugo, rebelde a toda emoción sentimental, analiza estas sensaciones de ánimo, y, se niega a entrar en este jardín de quimeras, donde las flores tienen la extraña palidez de las cosas irreales y fatales;

de todos los mirajes, aquellos formados por los vapores de las lágrimas, son los más peligrosos;

el mundo, visto al través del velo tembloroso de nuestras lágrimas, es, algo tierno y despreciable, como todos los paisajes de la sentimentalidad, pero, visto al través de las lágrimas de los otros, es algo muy peligroso, que si nos obstinamos en mirarlo, puede sernos fatal;

los paisajes profundos del sentimiento, vistos en nuestro propio corazón, son lamentables y peligrosos;

vistos en el corazón de los otros, son fatales, porque tienen el atractivo funesto, y, el vaho malsano de la boca de un abismo;...

ellos, nos atraen, por el vértigo de la Piedad;

ellos remueven en nosotros ese sedimento de cobardía y, de aminoramiento del Yo, que se llama: la Piedad;

la Piedad, que como todo Amor, es, una pasión de esclavos; y, esclaviza;

ningún Conquistador ha sentido la Piedad;

y, aquellos que la han sentido, han muerto devorados por ella, sobre la ruina de sus conquistas;

¿por qué pienso en todo eso, y, digo todo eso?

a causa de la Piedad;

a causa de que yo, conquistador de los reinos paradisíacos del Olvido y, la Quietud, siento removerse en mis entrañas el virus de la Piedad; ese virus corrosivo que disuelve el metal de la estatua de la Victoria, alzada en nuestro corazón;

yo, el Vencedor, de todas las pasiones, ¿por qué siento hoy, alzarse bajo mis plantas, la cabeza llorosa de la Piedad, como la de una víbora hipócrita, que me pide el permiso de morderme y de destruirme?

el rosal de las sentimentalidades, que parecía marchito y agotado, en mi corazón... ¿por qué amenaza reverdecer y florecer de nuevo?...

el corazón...

¡ah! ¡miseria de las miserias de la Vi-

da!... ¿por qué la víscera abominable que parecía atrofiada, parece agitarse de nuevo, entre las cenizas de sus sueños?

ha sido tocado por el revulsivo de las lágrimas; las lágrimas de una mujer;...

¿por qué el rostro imperioso de esa mujer, tan extrañamente bello, surge ante mí, como visto en un espejo trágico, en el fondo de un lago de desolación?

tiene el poder obsesionante de un grito en la Noche;... de una lamentación interminable, que no puede ni huirse, ni acallarse...

se diría, el cuerpo de un náufrago, que tiende a mí, sus brazos del fondo de las aguas;

¡qué palidez la suya!...

los mármoles sepultados en el Helesponto, no fueron más blancos al ser extraídos de los mares que los guardaban con amor;

¿por qué el azul de sus ojos hace una sombra cerúlea sobre su rostro y, su garganta, como una caricia de olas?

su cabellera, se diría hecha de cenizas de soles;

hace pocas horas, cuando la he visto inclinada sobre el lecho de su padre mori-

bundo, me parecía que su nuca iba a incendiarse, tal era el resplandor de sus rizos, hechos luminosos al fulgor de la lámpara;

su boca es tan imperiosa, las mandíbulas tan fuertes, los dientes tan blancos y tan voraces, que da la sensación de la boca de un cachorro de león, húmeda aún de leche y recién desprendida de la ubre maternal;

¡oh! es la Piedad, la imbécil y venenosa Piedad, la que me ha intoxicado y me hace contemplarla así, bajo ese halo mentiroso y temblador;

si yo hubiese visto a esa mujer en el esplendor de un baile, admirada, cortejada, vencedora y, orgullosa en el triunfo de su Belleza Insuperable, la habría admirado como todos, pero no habría guardado ni un minuto después de la fiesta, el recuerdo de su rostro de medalla imperial, de sus ojos aterciopelados y tenebrosos, de sus hombros de alabastro, insolentemente desnudos;...

pero, la hija de este Profesor, estrellado contra el *trottoir* y toda en desolación, vista entre los muros desnudos de un

Hospital, cerca a los níqueles y al mármol de un lecho de operaciones...

aquella imagen de la Tristeza, bajo aquellas facciones de diosa mutilada, en ese templo del Dolor, con la atmósfera impregnada de acres olores... ¿por qué ha conmovido mi corazón?...

porque la sé, pobre, vencida, pronta a entrar en la orfandad y en la miseria;

así, bajo el peso tiránico de su Destino Inexorable, me parece augusta;

su arma más poderosa, es no tener ninguna; estar desarmada ante la Vida, que la atropella y la tritura...

su Dolor, es toda su Fuerza...

innumerables mujeres, han pasado por mis brazos, tan innumerables y tan olvidadas, como las olas, que a la hora del baño me han tocado en el mar, no dejando en mi corazón otras huellas de sus besos, que las que éstas dejaron en mis carnes al besarlas...

mujeres y olas sin nombre... ¿quién las recuerda?

¡caricias furtivas, besos furtivos, olas furtivas!...

¿en qué otras playas y otros labios fueron a morir?...

no así con esta huérfana de mañana, cuyo recuerdo me obsesiona, y, me persigue como un aire muy sutil, penetrado a través de rendijas invisibles;

siento grandes accesos de rencor contra mí mismo a causa de la tenacidad de este recuerdo, pero no puedo vencerlo;

hace pocas horas, huí de su casa, huí de su Dolor, porque sabía que su padre iba a morir, y, no quería hallarme allí, a la hora de esa muerte, a la hora de consolarla, cuando se encontrara sola sobre la tierra;

yo, tengo el horror de esas horas sentimentales, en que el Hombre recuerda que es hijo de Mujer; y tiene debilidades de hembra;

yo, no quería que fuese mi imagen, la que se reflejase en sus ojos, en ese horizonte de naufragios, a la hora en que la soledad extendiera ante ella sus perspectivas de desierto;

el Dolor, es contagioso como la fiebre;

no os acerquéis a nadie en la hora del Dolor;

las manos de los náufragos son peligrosas; ¡ay! de aquel que esté a su alcance; ése será arrastrado al fondo de las aguas.

y, perecerá, sin Misericordia, a causa de la suya...

no os acerquéis a aquel que llora;

un hombre puede ahogarse en una lágrima, lo mismo que en un mar...

por eso huí de su casa;

como se huye de un lugar azotado por la epidemia;

las almas en desgracia, producen el efecto de las ciudades castigadas por un cataclismo;

la atmósfera en torno de ellas, es fatal;...

el vaho que se escapa de su seno, puede matarnos;

¿habéis estado en las ruinas de Pæstum, al declinar de la tarde?

el hálito que se escapa de aquellas aguas dormidas y del sueño de los nenúfares, inclinados sobre ellas, da la fiebre; las aves retardatarias que pasan por sobre aquel jardín de la Muerte, caen exánimes, sobre el paraje asesino y encantador, que es una tumba de opacidades y de perfumes;...

la ruina mata...

como el ajeno Dolor...

hay que huir de los lugares y de las almas castigadas;

así, como huí yo, de esa virgen herida por el Dolor, como una estatua herida por el rayo;

hay en ella, algo de enigmático, que seduce como un Misterio, con el atractivo de las cosas invioladas...

la virginidad de las almas, es mil veces más atractiva que la virginidad de los cuerpos;

los velos intangibles que ocultan la una, son agitados por un soplo de Idealidad, que los linos que cubren la otra, no tienen nunca;

¿en qué atmósfera de trágica idealidad está envuelta esta mujer, cuya tristeza, se hace tan prestigiosa a causa de ella, y, no del Dolor que la motiva?

tiene el inquietante prestigio de un presentimiento, al cual se siente el miedo y el deseo de interrogar;

de tal manera me ha desconcertado, que mi espíritu de análisis, se paralizó en presencia de ella;

es ahora, lejos de su presencia, que ensayo analizarla;

sus ojos...

¿qué revelan sus ojos?

tienen un resplandor de acero...

el acero es frío; el acero, es cruel; el acero mata;... el acero si se incendia, centuplica por el fuego, su poder de destrucción;

su cabeza, es bombada, fuerte; sus facciones acentuadas, para ser vistas a distancia, como las de una estatua monumental, se diría una Sibila, arrancada a un fresco de Miguel Angel, en la Capilla Sixtina; el rubio de su cabellera tendiendo al rojo, parece incendiarse a los reflejos del Sol; la energía de sus facciones parecería violenta, sin algo de una dulzura indefinible que se escapa, ¿de dónde? ¿de los ojos? ¿de la boca? no podría decirse, como no puede decirse, dónde reside el encanto de un paisaje calmado y grave;... sólo en el Hermes-Praxiteles, he visto ese aire de fuerza inocente, de divina serenidad, que es como un tranquilo desafío, a la fuerza de los dioses y de los hombres...

todo en ella respira, ese algo terrible y, soberano, la más poderosa de las fuerzas psíquicas: la Voluntad;

la Voluntad, es la condición más rara y, la más terrible en una mujer;

un Hombre sin Voluntad, es, un náufrago;

una Mujer, con Voluntad, es un escollo;

todas las naves se romperán contra ella, hasta la de su propia ventura;

una mujer con Voluntad, es algo tan terrible, como las tigresas negras, que tienen una doble hilera de dientes;...

la Mujer, con Voluntad, no es ya la ola, de que habla el Poeta; es la roca...

y, la roca es fatal...

la ola, es voluble, ligera, pérfida, os atrae, y con la misma caricia, os besa u os sepulta...

pero, es tan suave el beso y, la caricia de la ola...

la roca rompe...

la roca sepulta los náufragos sin un beso...

algo de esta serenidad terrible de la roca, hay en Susana Berteuil;

hay en ella lo trágico de Antígona, unido a lo suave de Cordelia;

ella conducía, como las otras, a su padre medio ciego, cuando la Fatalidad, se

apareció en su camino, no con las facciones de la Esfinge, sino con las de la Muerte;

y, el manto de la Tragedia, cayendo sobre ella, ha ennoblecido su belleza, centuplicándola;

¿por qué la Tristeza, no tiene en ella, esa dulce y, amable atracción de vencimiento, que hace como sagrados por su fragilidad, los seres que el Dolor, toca con sus alas?

parece desafiar, más que sufrir, la crueldad de su Destino...

yo, no vi, la verdadera ternura en sus ojos, sino cuando miraba a su padre...

y, no oí, verdaderas músicas en su voz, sino cuando lo llamaba; cuando le preguntaba si sufría...

después,... sus mutismos eran impresionantes y tenaces, como si toda la Vida hubiese huído de ella, y, su alma se hubiese retirado a lo más hondo de su corazón;

así, me parece verla aún de rodillas al pie del lecho de su padre, inclinada sobre él, como sobre un catafalco cuadrangular;

y, sólo alzaba su rostro, para interro-

garme con los ojos, para suplicarme con ellos, que salvara a aquel que se moría...

¿no veía ella, que yo, estaba vencido por la Muerte? ¿que no podía hacer nada? ¿que no podía salvar aquel ser que ya no vivía, sino por una resistencia tenaz de su animalidad?

por eso me retiré...

para no ser vencido ante ella;

y, allí ha quedado Molard, esperando la catástrofe, para ser el testigo de ella;

él, verá el momento supremo, en que ella cierre los ojos a su padre, poniendo sobre ellos la comba de sus manos como una sombra triunfal;

y, llorará con ella...

no lo envidio...

sólo las lágrimas de Amor, son gratas a mi corazón...

y, hace tanto tiempo que no las vierto...

su solo recuerdo basta para entenebrecer mi vista, y, hacer doler el cristal de mis pupilas;

el sentimentalismo de esa hora, está bueno para Molard; me parece capaz de todas las ternuras y, por ende, de todas las debilidades;

debe ser uno de esos seres a los cuales las lágrimas deben ser familiares;

seres de inferioridad;

¿por qué la figura de Molard, principia a serme antipática?

hasta hace dos días, me era un ser absolutamente indiferente, del cual apenas si recordaba el nombre;

¿por qué ahora toma o principia a tomar ante mí, una vida significativa?

sus ojos de antílope, llenos de una mansedumbre bovina; su barba nazarena, cuidada y, perfumada, como por manos de mujer; su cabellera apostólica, larga y lacia, como la de un Bautista, conquistador de hembras, no para el Reino de Dios, sino para el Reino del Amor; toda su figura de aspirante a sabio-*dandy*, profesionalmente amable y serio, me es ahora repulsiva;

¿por qué?

tal vez la sinrazón, es, la sola razón de estas cosas de la psiquis;

yo, parecía ya libre de estos ímpetus de simpatías o antipatías, ocasionales, que nacen siempre de pasiones brutales o irreflexibles...

¿por qué ahora me asaltan?

no se está nunca libre de sí mismo...

¡ay! porque no se está nunca libre de su corazón;

¿dónde están las murallas de mi Fortaleza?

se diría que retroceden en un miraje sentimental;...

¿qué sentimiento las asalta?

la Tristeza...

una Tristeza, suave y profunda, que no es un Dolor, y, es una inquietud...

¿es la muerte del Sabio lo que la ocasiona?

¡bah!... una muerte como la de cualquier otro Sabio;

los sabios mueren;

la Sabiduría vive...

¡ay! así como en Amor...

mueren los enamorados y no muere el Amor;

sólo yo, lo he matado en mí;

y, tal vez mi Tristeza viene de ahí...

porque el cadáver del Amor, es, muy pesado de llevar; como todos los cadáveres;

por eso hay algo de mefítico en la Tristeza que sigue a la Muerte del Amor;

algo que envenena...

la vecindad de las tumbas es palúdica...

el cadáver de una pasión, como todos los cadáveres, envenena el aire, y termina por matar a aquellos que la mataron...

se vengan de su muerte, sembrándola en torno suyo;

¿por qué hablo ahora del Amor?

verdaderamente, ciertos estados de alma, son, una supervivencia;

¿de nosotros en el Sentimiento?

¿del Sentimiento en nosotros?

¿creyendo haber matado ciertas pasiones, no hemos muerto en parte con ellas?

las calmas de ciertas tumbas guardan más gemidos, que los que exhalaron en vida, aquellos que las ocupan;

hay mucha mentira en la limpidez cristalina de ciertos cielos...

en ellos duerme, no el cadáver de la tempestad, sino su germen;

el oro de que se hacen las alas fúlgidas del rayo, duerme en el corazón de esa gema mágica, teñida de un divino azul.

París...

Paul Berteuil, ha muerto.

Molard, acaba de participármelo por teléfono;

se extinguió dulcemente, sin salir del estado comatoso en que estaba sumido;

murió con el alba que nacía.

Molard, no me dijo nada de Susana Berteuil...

¿por qué?

yo, no quise preguntar tampoco;

me limité a suplicarle, presentara a la huérfana, la expresión de mi condolencia;

una ansiedad profunda me ha asaltado, pensando en el dolor, y, en el desamparo, de la huérfana...

tuve ímpetus de ir...

pero... ¿a qué?

¿con qué derecho, que no sea el de la Piedad, me presentaría yo, en esa casa del duelo?

y, la Piedad, es, ultrajante;

yo, no tengo el derecho de ultrajar su Dolor;

¿por qué me ha conmovido tanto, la muerte de Paul Berteuil?

¿por él?

no puede ser, porque yo, lo conocía muy poco;

debo mucho a su Ciencia, no debo nada a su amistad;

lo había visto pocas veces; no habíamos hablado nunca;

no lo vi bien cerca, sino sobre la mesa de operaciones en el Hospital;

una bien triste ocasión...

él, acaso conocería mi nombre, pero, murió sin saber, que las manos de Froilán Pradilla, tan ilustres como las de Peän, lo vendaron y, lo pulsaron en su lecho de muerte;

es, sin duda, el pigmento de tragedia, que hay en esa muerte, lo que me ha fascinado...

pero, es, sin duda también, la belleza insuperable de su hija, la que domina ese cuadro de horror, y, lo hace tan imperiosamente interesante;

sin ella, ese accidente, habría sido banal, privado de toda trágica grandeza;

en todos los hechos de la vida, es, la Mujer, la que da el alma a la Tragedia;

suprimid de la vida, la Mujer, y, la Tragedia habrá desaparecido de ella;

¿y la Belleza?

la Belleza no es un poder menor de sugestión en todo drama...

a veces es el alma del drama mismo;

en este de Paul Berteuil, la belleza de

su hija, lo ilumina, como el faro de la costa alumbra las escenas de un naufragio;

la obsesión de esa belleza, me persigue aún, como si sintiese la suavidad de su contacto, la llama azul de sus ojos, y el delicado olor de heliotropo, que se escapaba de sus manos y de sus vestidos;

todo eso me produce la sensación inmaterial de un cántico oído en mi corazón, y, el malestar físico de un deseo insatisfecho, exasperado por el silencio y por la lejanía...

mi vida material y, mi vida espiritual, sufren de esta extraña turbación, hecha de elementos tan complejos, que yo alcanzo a definir, y, sin embargo, no quiero nombrar;... tanto así son de turbios, y, de fangosos;

aquella cabeza de Minerva, plegada bajo el golpe del dolor que la ha herido, como un rayo, entenebrecida por las alas de la Muerte, abiertas encima de ella, debe ser hoy, más bella que lo era ayer...

la Fatalidad, debe haberla circuído de un halo más tentador que el de su propia belleza...

en el fondo de sus ojos debe haber hoy,

un más violento fulgor, porque hay en su corazón un más violento Dolor...

y, el Dolor, centuplica la sensación de la Belleza, y la hace tentadora, como una desnudez...

el gesto de su boca, debe ser hoy, más imperioso y, más amargo, porque sus labios han bebido nuevas y, más ardientes lágrimas...

¡qué voluptuosidad, desconocida y tan honda, tendría hoy un beso, dado sobre esos ojos en lágrimas y, esa boca llena de silencios y de desolación!

la violación del Dolor, es infinitamente más atractiva que la violación del Amor, porque está fuera del orden natural de las sensaciones;

el Amor, es hecho para ser violado; el instinto primitivo basta para eso;

el Dolor, es hecho para ser respetado, y, violarlo, es violar el Instinto, mismo, violar el corazón de la Naturaleza, y, ser superior a la Naturaleza violada;

no hay un elemento de Voluptuosidad, igual a un gran Dolor...

poseer un ser en lágrimas, es poseerlo dos veces, porque el Dolor duplica la personalidad y, por ende, duplica la sensua-

lidad, y, el perverso atractivo, se hace irresistible;

aquel que hubiese podido violar a Antígona, cerca a los ojos sin luz de Edipo, habría gozado una divina y nunca superada Voluptuosidad;

la vecindad del Dolor, como la de la Muerte, despiertan terriblemente el instinto del Placer y, el de la Vida, que tienden a satisfacerse y a perpetuarse, frente a estas dos negaciones;

¡cómo debe haber centuplicado sus prestigios la belleza tentadora de Susana Berteuil, bajo ese huracán de dolores y, esa lluvia de lágrimas que han caído sobre ella!...

desmelenada, desconsolada, desesperada, cerca al cadáver de su padre, debía estar irresistible de seducción...

¡oh! ¡cómo las lágrimas son afrodisíacas!...

si Molard, fuera un hombre verdaderamente intelectual, esas lágrimas, esos alaridos, esos gestos convulsos, de tan suprema estética, deberían haber despertado sus más terribles morbosidades pasionales, sus más obscuros y brutales deseos;

¡qué prestigio el del Dolor y el de las lágrimas!

una mujer que se os entrega sonriendo, no os da nunca el placer, de una mujer que llora bajo vuestras caricias;

en eso, las desfloraciones y, las reconciliaciones, se asemejan;

pero, las reconciliaciones son más voluptuosas, porque las lágrimas son más conscientes y, nacen de un más noble y, más profundo dolor;

mirarse en los ojos de una mujer que ha llorado, es centuplicar hasta lo infinito, el prisma victorioso de las sensualidades;

yo dudo que Molard, sea capaz de levantarse hasta estas emociones;

él, ha visto llorar a Susana Berteuil, ante el cadáver de su padre...

y, de seguro, ha llorado con ella...

yo, me he ahorrado ese espectáculo;

no envidio a Molard, su mísera ventura;

las venturas de orden puramente sentimental, me son odiosas.

París...

He recibido la tarjeta de *faire part*, de la muerte de Paul Berteuil;

sólo su hija, participa la defunción, e invita a las Exequias;

éstas, tendrán lugar mañana, en la iglesia de *Saint-Germain-des-Prés*, y, la inhumación en el Cementerio de Montparnasse;

no iré...

enviaré una corona;

et pas plus;

esta tentativa de complicación sentimental, empieza a fastidiarme, y a irritarme contra mí mismo.

París... (noche.)

Los diarios de la tarde, hacen el elogio de Paul Berteuil, y de su obra científica;

narran su noble carrera de sabio, que aun después de haber quedado casi ciego, por la inflamación de un gas en su laboratorio, continuó sus experimentos, hasta que la muerte puso un tan trágico fin a su existencia;

mezclan mi nombre a la relación del accidente, lamentando que mi ciencia, no haya podido salvarlo;

¿desde cuándo la Ciencia, es Omnipotente?

yo, no resucito muertos;

todos esos periódicos, hablan de la hija del Sabio, con grandes elogios y grandes respetos; cuentan su vida de abnegación, cerca a su padre enfermo, mencionan sus grandes talentos artísticos, y, lamentan el desamparo en que queda, porque Paul Berteuil ha muerto en la más noble pobreza;

todo eso, es muy triste...

pero... ¿no es ésa la historia de todos los sabios, y, el lamento estéril de todos los días?

¿por qué me entristece eso a mí?

¿voy yo a llevar el luto de todos los huérfanos, y a llorar sobre cada vacante del Instituto?...

¿es Susana Berteuil, la única hija de sabio, que va a envejecer y a morir en la miseria?

París y todas las ciudades del mundo están llenas de ellas;

una miseria más no añade nada a la miseria humana;

¿de dónde la fascinación de este dolor?

¿por qué me atrae con el sortilegio de una extraña música?

parece que canta en mi corazón, un cántico de aguas en la Soledad...

la fuente de las lágrimas es sonora, si fluye de unos bellos ojos que quisiéramos besar.

Paris...

Día de ocupaciones y de preocupaciones;

lo primero en la mañana, ha sido enviar la corona para Paul Berteuil.

Pierre, mi cochero, fué a llevarla en mi coche;

la pusieron entre otras, a la entrada de la casa, convertida en una especie de capilla ardiente;

a las once, la Escuela de Medicina, estaba casi desierta;

maestros y alumnos, habían ido a las exequias del sabio;

por el *Boulevard Saint-Germain*, subían muchos profesores enlutados, que se dirigían, sin duda, a la iglesia vecina;

en el *square* Danton, mi coche se cruzó con un grupo de jóvenes que, sin duda, iban al entierro; me saludaron con respeto, y, me siguieron con la vista, como extrañados de que fuese en dirección con-

traria a la de ellos, que iban a rendir ese último tributo al Maestro;

esas miradas me hicieron mal, como si fuesen un reproche;

en el vestíbulo de la Escuela, un joven médico me preguntó:

—Maestro, ¿no va usted a las exequias de Paul Berteuil? era un sabio verdadero, al cual la fortuna le fué adversa...

¿por qué creí encontrar amargura en esas palabras?

me disculpé con mis obligaciones, y, quedé mortificado y soñador;...

hice algunas visitas;

horas después, atravesando la *rue Gay-Lussac*, encontré un entierro, y, pensé sin quererlo, en el cortejo del de Paul Berteuil, que, sin duda, iría presidido por su hija, y fué tanta la obsesión de ese pensamiento, que me pareció ver la figura turbadora de Susana, y sus ojos de angustia, y, juraría haber oído cerca de mí, el eco de un sollozo;

fuí tomado de una inmensa tristeza, como de un remordimiento; la onda amarga de muchas cosas que no pude definir invadió mi corazón en un tropel silencioso y amargo, como si padeciese un ami-

noramiento de mis sentidos visuales y auditivos, las calles me parecieron desiertas de gentes y de ruidos, como si todo París hubiese partido, en dirección contraria, a mí, hacia el lejano Campo Santo, donde iba a tener lugar la inhumación de Paul Berteuil;

y, casi sin voluntad, por un gesto inexplicable de mi espíritu, dije al cochero:

—*Cimetière Montparnasse;*

el coche volvió violentamente hacia el *Boul Mich*, y, tomó luego hacia la izquierda, buscando l'*Avenue de l'Observatoire;*

en los jardines del Luxembourg, a través de las rejas, se veían los árboles cenicientos, agitando sus copas como cabezas de cortesanos luisquincentistas, bajo sus pelucas polvoreadas, en una fiesta de corte;

los rosales parecían de metal, en el color de herrumbre de sus ramajes inmóviles como cloroformizados en el vapor soporífero que los envolvía;

el ruido claro y, sonoro de las fuentes, se percibía como un cántico de gracia, cuando cesaba un momento el ruido de los coches;

en el aire frío y, límpido, las estatuas

aparecían como sufrientes de su desnudez, bajo la caricia cruel, de un cielo tan claro, que casi era blanco, como un sudario;

la melancolía de ese paisaje invernal, calmaba mis nervios, me analgesiaba lentamente en el fondo del carruaje muelle y en una atmósfera confortable...

París, huía ante mí, como un filón interminable;

poco antes de llegar al Cementerio, hallamos algunos coches que regresaban...

en ellos, venían viejos profesores, reflejando en sus rostros, el cansansio del estudio y de la vida...

el aire claro y, húmedo, hacía fantasmales, esos viejos graves y abatidos, con rostros de marfil, y, algunos con luengas barbas fluviales...

muchos estudiantes, regresaban a pie, ya alegres y parleros, con esa ligereza natural a la juventud, que cuando ha enterrado un muerto, cree que ha enterrado la Muerte;

el coche de un académico, lleno de polvo, como un cofre que encerrara una reliquia;

coches fúnebres, que regresaban vacíos ;

todas esas cosas, me producían una dulce sensación de abandono y, de Eternidad...

las puertas del Cementerio, abiertas de par en par, dejaban ver sus arboledas rectilíneas, de una verdura dudosa, que a distancia se hacía negra, ornada levemente de oro, por la infiltración lenta de la luz, a través de los ramajes ;

arbustos grisáceos, inclinados por el viento, semejaban filas de novicios franciscanos, marchando a un paso rítmico en un claustro plomizo...

ráfagas de aire muy fuerte hacían inclinar los árboles como si quisiesen besar las tumbas que cubrían ;

los grupos escultóricos de los monumentos mortuorios aparecían y, desaparecían entre la oscilación de los ramajes, como entre las brumas y, los mirajes de una costa cercana...

algunas urnas aparecían más blancas bajo sus ornamentos de bronce, y, las que eran de basalto, parecían grandes monstruos dormidos sobre sus presas, ya hundidas bajo la tierra...

una calma suave y vegetal, desprovista de todo horror, envolvía ese recinto en un silencio lenitivo, hecho como para amortiguar los sollozos, y, recibir las lágrimas caídas sobre las tumbas, evaporándolas en la austeridad noble y, sagrada del paisaje;

un custodio, me indicó el lugar donde se acababa de sepultar el cadáver de Paul Berteuil;

llegué a él, por un pequeño sendero, donde algunas clemátidas friolentas, hacían guardia a tumbas humildes, sobre las cuales, una pequeña loza extendía sus blancuras, o una cruz de madera la sombra de sus brazos;

pocas personas había en rededor de la fosa apenas cerrada;

algunas palabras de adiós, habían sido dichas sobre ella, en nombre de la Ciencia y la Amistad;

después que los concurrentes desfilaron ante ella, estrechándole la mano, Susana Berteuil, había quedado casi sola, y, se ocupaba en arreglar las coronas sobre la tumba;

en aquel momento, tenía entre sus ma-

nos la que yo había enviado, la cual humillaba las otras por su riqueza;

sentí vergüenza, de ese gesto involuntario de vanidad, y, tuve un gran placer, viendo cómo sus manos arreglaban el gran lazo de cintas, que adornaban la corona;

yo, sabía que en ese momento mi nombre y mi imagen pasaban por su cerebro y, me sentí feliz de ser recordado por ella, en esta hora en que de la tumba mal cerrada parecía escaparse un puro hálito de ternura y de amor...

mi recuerdo, se mezclaba al recuerdo de su padre, que no moriría jamás en su corazón...

y, fuí venturoso en aquel jardín de la Muerte, percibiendo el perfume de las violetas ocultas entre la hierba, y viendo la silueta enlutada de la huérfana, teniendo en las manos, la corona que me recordaba a su memoria;

la vi inclinarse para ponerla en tierra y, su silueta, destacándose tan pura en el fondo verde y, ámbar del paisaje, parecía en sus puros lineamientos, la de una estatua, hecha para decorar el monumento mortuorio del Gran Sabio;

cuando Susana, alzó sus ojos de la tumba de su padre, se encontró con los míos;

la tristeza metálica de sus pupilas, se hizo vehemente, la línea sinuosa de sus labios, se hizo aún más amarga, como lamentando no poder sonreír;

me acerqué para saludarla;

me tendió su mano enguantada de negro, larga y delgada, que entre los bordados del guante, semejaba un cactus maravilloso, pronto a abrirse en una flor...

—*Merci*—me dijo, señalándome la corona que yacía en tierra;

sus ojos quedaron fijos en la tumba y, se nublaron de lágrimas;

comprendiendo que la prolongación de esa escena podría hacerle mal, hice señas a las dos señoras que la acompañaban para que la apartaran de allí;

lo consiguieron con pena;

le ofrecí el brazo, y, nos dirigimos hacia la puerta;

se cubrió los ojos con su pañuelo de batista, como para no ver la tumba que abandonaba...

y, anduvo como una somnámbula, sin hacerme casi sentir la presión de su brazo, que se apoyaba en el mío...

su silueta enlutada, se proyectaba en la arena de la larga avenida, como la de un ciprés, hermano de aquellos, que balanceaban sobre ella sus ramas en un gesto mudo de consolación;

de cerca, nos seguían las dos damas, sus vecinas, que no la habían abandonado desde el día de la catástrofe.

Molard venía al lado nuestro, muy pálido, muy emocionado, con la expresión de un gran dolor, en el semblante;

un ligero temblor, empezó a agitar el brazo de Susana;

por un momento temí que iba a escaparse del mío;

volví a mirarla;

estaba intensamente pálida, y, comprendí que iba a desmayarse:

—¿Se siente usted mal?—le pregunté;

intentó sonreír sin responderme;

cerró los ojos, y, hubiera caído al suelo, sin el sostén de mi brazo, y, el auxilio de las dos señoras que la recibieron en los suyos;

la llevamos en peso hasta la puerta del Cementerio;

no había ya ningún coche de alquiler;

hice acercar el mío y, la colocamos en él;

tomé de mi botiquín de bolsillo un frasco de sales, y, se lo hice aspirar...

Molard, hizo venir agua y cognac, del café vecino, y, le remojamos los labios, logrando hacerle beber algunas gotas;

invité a las dos señoras a montar conmigo y, con Susana, en el coche;

como no había sino cuatro asientos adentro, Molard se colocó en el pescante, al lado del cochero, y partimos hacia París;

en el camino, Susana reaccionó lentamente;

abrió sus grandes ojos, pesados de insomnios, y paseó sus miradas inconscientes, en derredor suyo;

me reconoció...

tomó conciencia de su situación;

la asaltaron de nuevo los sollozos;

se abrazó a una de las señoras que le estaba más cercana, y, lloró desesperadamente;

una nueva y más violenta crisis de nervios la asaltó;

cuando llegamos a la casa, el portero, nos ayudó a llevarla hasta su lecho;

allí quedó inmóvil, como muerta, con los grandes ojos abiertos, y la boca crispada...

la ausculté;

después, hice que Molard la auscultara...

nos miramos los dos, con la misma inquietud en la mirada;

el corazón no funcionaba bien...

—Es, la herencia materna — me dijo Molard, que lo sabía;

hubimos de ser muy discretos y, muy parcos en la aplicación de los reactivos;

le hicimos varias aplicaciones, y, al fin, logramos reanimarla;

volvió en sí;

ya no lloraba...

se diría que el llanto se había agotado en sus ojos, y, miraba la Vida frente a frente, como había mirado la Muerte inevitable, implacable...

me miró;

miró a Molard;

miró a las dos señoras, sus amigas;

y, con una voz velada, pero armoniosa, dijo:

—Gracias, gracias...

y, calló, como si el exceso de su emoción, la redujese al silencio;

redacté una ordenanza, que Molard, quiso él mismo llevar a la farmacia, y, recomendándole la mayor calma posible, me despedí de ella.

—Gracias por lo que usted, hizo por mi padre; gracias por lo que ha hecho por mí...

algo, quiso decirme; algo que no me dijo...

enrojeció ligeramente...

¿iba a pedirme que volviera?

Molard, comprendiéndole se adelantó a la petición penosa;

prometí volver.

Molard, salió conmigo, para ir a la farmacia;

ya en la calle, me dijo:

—He tenido un gran susto; creí que iba a morir, porque su madre murió de eso, muy joven, a los veintiocho años...

—¿Y, ella?—pregunté maquinalmente.

—Tiene veintidós.

—Es muy joven; hay insuficiencia en la aorta, pero es muy poca; puede aún curarse...

—Sí—dijo Molard, y nos despedimos;

él, se dirigió hacia el *Boulevard Montparnasse* y, yo, tomando mi coche que me seguía, me hice traer a casa, muy fatigado de las emociones, sufridas;

muy triste...

¿por qué?

ciertos estados de alma son transparentes, pero, las palabras que los designan los enturbian, y, es mejor no nombrarlos...

el más triste de todos los miedos, es el miedo de mirar nuestra propia alma...

¿por qué se ama a veces, aquello que se teme?

tal vez, porque no pudiendo odiarlo, lo amamos ya por el mal que puede hacernos...

los sentimientos, serían, bien poca cosa, si no hubiera en ellos, algo de maravilloso, que no puede explicarse.

*

La primavera, se iniciaba lluviosa y suave, como todas las primaveras parisienses;

el invierno, había muerto, bajo su floración de rosas de nieve y, las primeras lilas, coronaban los arbustos de reflejos azules;

un vaho de voluptuosidad, se alzaba de la tierra, como el deseo de una mujer bella, que despierta en su lecho, tras de una noche de soledad, llena de ensueños de Amor;

era, como una lenta iniciativa en los calores próximos del estío, en los cielos rojos, en los crepúsculos violentos, sobre llameantes cielos de fragua;

los horizontes perláceos se hacían diáfanos, como cielos de primitivos sieneses,

con ambigüedades y primores cristalinos y, una humedad límpida de acuarela;

el verde adolescente de las arboledas, era tan tierno, las hojas tan pequeñas, que se dirían miniaturizadas por la distancia, como prismatizadas en un follaje de cristal;

la Naturaleza, despertando de su sopor profundo, parecía poner en todo, una gracia de alas;

las golondrinas, vueltas de su emigración, piaban en los aleros, como empeñadas en repetir bajo cielos de París, las églogas que aprendieron bajo el calor incesante de los cielos africanos;

el júbilo de la Tierra, era aún temperado de una vaga melancolía y, sus músicas eran nostálgicas, como las voces de un viejo clavesín, tocado por las manos de una niña, en un remoto castillo señorial.

Susana Berteuil, convalecía, como la Naturaleza; tan bella y tan serenamente triste como ella;

más grande que su Dolor, triunfaba de él, y, se imponía a la Vida, soberanamente;

esos dos últimos meses de su vida, ha-

bían sido tan trágicos y, tan crueles, que su sola rememoración, ponía en su alma, un largo soplo de horror...

la muerte de su padre, lanzándola en la soledad más absoluta, había desorientado su vida, dejándola en ella, como herida de ceguedad;

no acertaba a hallar su vía, y, hacía esfuerzos por ver y por reconocer las cosas inciertas que la rodeaban...

en la zona de abandono en que estaba, todas las cosas parecían serle extrañas u hostiles;

la realidad de la Vida, se le revelaba en sus más crueles aspectos;

la orfandad, la pobreza, el desamparo, y, por sobre todas ellas, la enfermedad, de la cual acababa de salir, vencedora, era verdad, pero, tan débil, que apenas podía reanudar el hilo de sus recuerdos, como la tela de un trágico *film*, interrumpido brutalmente;

el horror del presente la aterraba...

la sombra más espesa aún del porvenir, le daba miedo...

y, se refugiaba en el pasado, en el único rincón de su vida, en que había brillado para ella, un rayo de ventura;

su pasado sin nubes, como cielos extáticos; su pasado que se diría musical, lleno de íntimas melodías, en una paz espiritual de jardines estelares;

y, rememoraba apasionadamente, ese pasado de calma, de silencios, de austeridad provincial, allá en la vieja ciudad normanda, donde había nacido;

recordaba los viejos muros limítrofes del recinto armado, en cuyos pequeños jardines hechos como para ocultar el sitio de los cañones, había jugado con niños amigos, bajo los ojos avizores de su aya, y, las sonrisas de los centinelas, que se entretenían en mirar los juegos infantiles;

y, más allá, la llanura, de horizontes inmóviles, que se dirían petrificados y, tras los cuales, se adivinaba el estremecimiento del mar;

la imagen de su madre, se le aparecía en el fondo de esas visiones, brumosa y opaca, como los viejos daguerrotipos que de ella se conservaban;

una austeridad claustral, circuía esa figura, de facciones puras y líneas acentuadas, llenas de una real melancolía; alta, delgada, los senos inacentuados, casi

invisibles, como si al darlos a su hija, los hubiese perdido, con el licor de la maternidad; los ojos ovales y grandes; unos ojos mansos, de un azul lagunar, que daban sobre el rostro, una como sombra de aguas; la boca triste y desencantada, con una sonrisa de resignación, que era como un perpetuo adiós, sobre los labios; la cabellera lacia de un rubio tan claro, que parecía encanecida en plena juventud;

andaba muy poco, y, muy fatigosamente; cualquier esfuerzo la rendía; bordaba largas horas, sentada en una poltrona, y, tejiendo los hilos de seda y de oro, sus manos blancas y delgadas, semejaban dos arañas de cristal, que dibujaran un sueño de amor, sobre la tela impoluta;

amaba tocar el piano a la hora del crepúsculo, cuando las grandes nubes se aglomeraban sobre el cielo, y la sombra invadía el salón con grandes besos dementes;

salía muy poco, andaba fatigosamente y sus más largos paseos, eran al jardín público, donde amaba leer bajo el abanico de las palmeras, mientras su hija, se perdía por los senderos cercanos, persi-

guiendo las mariposas dormidas sobre las frondas obscuras;

era de una fe sincera; tenía una alma silenciosa y, monacal; por eso, el mutismo de los templos la atraía, y, llevaba a ellos a Susana, cuyos grandes ojos se extasiaban en la contemplación amorosa de los altares policromos y, luminosos, los muros enguirnaldados, las cúpulas historiadas de profetas y, de santos, y las penumbras inquietas, donde los cirios parpadeantes fingían fulgores de estrellas;

los ábsides, los arcos, las columnas, se hacían a la niña fantásticos y como inverosímiles, y las figuras murales, la atraían con una sugestión real y violenta;

era una fiesta de su espíritu infantil, permanecer, mientras su madre oraba, en aquellos lugares calmados, que eran como estuarios de la meditación, absorta en contemplar aquellas figuras de mármol o de madera, que parecían sonreírle bajo sus halos de metal, y mirarla cariñosamente con sus pupilas inmóviles;

un día, la figura tan bella y tan suave de su madre, desapareció de su vista;

le dijeron que había muerto...

¿qué era la Muerte?

era un largo viaje, del cual tardaba mucho en volverse;

así se lo dijeron;

y, ella, quedó esperando la vuelta de su madre...

un silencio más, se añadió a sus otros silencios, y un vacío más al vacío de su vida...

así engrandeció, en esa vida sin caricias, donde no tenía más ternuras que las de su padre...

no fué a la escuela;

tuvo profesores en su casa; viejos maestros, amigos de su padre, que era profesor también.

Paul Berteuil, no era aún el Sabio ilustre, que luego fué, pero, ocupaba ya, un puesto eminente en el profesorado de su ciudad natal, y cierta celebridad universitaria, lo rodeaba ya;

austero, grave y silencioso, no tenía otro horizonte moral, que el amor de su hija, que se desarrollaba bella con una belleza impresionante, una seriedad prematura, que le venía de él, y, cierta suave tristeza, que le venía de la materna herencia;

a esta hija, consagraba todo el tiempo que la Ciencia no le robaba;

se refugió en su viudez, como en un voto claustral, y, a pesar de ser aún joven, de una belleza varonil sensacional, no pensó nunca en contraer nuevas nupcias, se encerró con su hija, en una soledad austera que nada turbaba.

Susana, acompañada de la vieja criada, que había sido su nodriza y era la única, que los servía, continuó en visitar los templos, y, en permanecer en ellos, horas enteras, en muda contemplación;

no rezaba; miraba las maravillas de arte, que aun no siéndolo se mostraban como tales, a sus ojos sorprendidos;

amaba mucho, los Cristos exangües, las dolorosas sensitivas, los ángeles regocijados en el oro de sus alas;

pero, los amaba de una manera, artística y, sensorial, ajena a toda fe, con una adoración estética ajena a toda religiosidad;

la pompa de la liturgia católica la seducía;

ningún otro espectáculo, la llenaba de tal encanto, como la teatralidad de las funciones religiosas en la vieja catedral,

cuando el anciano Obispo, todo en blanco, abrumado bajo el peso de la capa pluvial, que semejaba las alas de un ánade en la noche, bendecía los fieles, con su mano temblorosa, en la cual el amatista pastoral, hacía reflejos violetas, e inclinaba hacia ellos, su cabeza agobiada por la mitra fulgurante de gemas, o marchaba bajo el palio ondulante como bajo un cielo movible, seguido de canónigos vestidos en moaré, de abades multicolores, de seminaristas en blanco y niños de coro, todos rojos, como por un jardín fantástico, cuyas flores, se inclinaran a su paso y lo siguieran, en gestos de adoración;

el Símbolo, de esas liturgias, no decía nada a su corazón ni a su cerebro, que lo ignoraban; era el esplendor de esas fiestas, que la deslumbraba y la encantaba; era el Arte y no la Fe, el que hablaba a sus sentidos;

su vieja nodriza, creyente, como todo ser de ignorancia, le había contado cándidas vidas de santos, leyendas absurdas de milagros, cuentos de aparecidos y de demonios, sin que algo de eso hiciera mella en su cerebro, ajeno a esas fantasías de la superstición;

ya adolescente y entrada en la pubertad, su gran fiesta, era los domingos, cuando acompañada de su padre, iba al Museo de Arte, enclavado entre las arboledas de un bello jardín de la ciudad;

allí, en aquella calma penumbrosa y, claustral, con claridades intermitentes, hechas como de respetos del Sol, hacia el Arte Inmortal, en las ambigüedades verdosas, oceánicas de la luz tenuemente tamizada, su alma entraba en un arrobamiento sensitivo que no sentía en ninguna otra parte;

aquellos silencios, hechos de la admiración muda de las almas, por las cosas bellas, que allí extendían su aureola de inmortalidad, aquella apacibilidad lagunar, que hacía ver la sombra de las estatuas sobre el pavimento, como reproducidas en el agua, por un reflejo lunar; aquel himno mudo, que se elevaba de todo, como una plegaria a la Belleza dispersa en fragmentos y condensada en formas insuperables, la sumían en ensoñaciones y, en exultaciones, que la hacían sufrir y gozar extrañamente;

la adoración de la forma, despertaba en ella, con caracteres avasalladores;

el prestigio sobrehumano, que se escapa de todas las cosas de Arte, la rodeaba y la poseía, en una como impregnación de todos sus sentidos, en una poderosa saturación espiritual;

en aquel lejano Museo provincial, había pocas Obras Maestras, refugiadas casi todas en los Museos de París, Angers, Dijon, Troyes, Marsella, o Avignon, ciudades que eran o habían sido sedes de arte en épocas florecientes de él;

había copias estimables, casi admirables, de las grandes obras, que la venalidad artística ha degradado hasta la estampería;

una *Transfiguración* de Rafael, con sus fondos claros, cuasi anodinos, que le eran familiares;

la *Virgen de la Silla*, con su bambino boquirrubio, y las falsas miradas de maternidad, que sentaban tan mal a los ojos sensuales de la Fornarina;

malas copias de Vinci, recargadas de colorido, según su última manera, entre ellas, la inevitable *Cena*, con su Jesús patético, su San Juan afeminado, y, el círculo vulgar de los discípulos;

algunos Primitivos, anteriores a Palma

el Viejo, y, a Verrochio, con sus figuras arcaicas y, rígidas, sus vírgenes de cuellos largos y hombros estrechos de tísicas, rostros ovales, bocas taciturnas y ojos almendrados de nipones;

los seicentistas, con imitaciones y exageraciones del Tintoretto y de Correggio, cargadas de bermellón y, pesadas de ocre;

los inevitables Fra-Angélicos, con sus redundancias oro y azul, y, el mentido candor de sus rostros de Madona;

dípticos y trípticos de orografía sienesa, anteriores al Renacimiento, llenos del candor ingenuo de los pintores claustrales;

paisajes de ese alabastro cerúleo, tan querido a los cuatrocentistas de Umbría; decoraciones de simplicidad, hechas como para los éxtasis del limosnero de Asis;

los Maestros franceses, estaban en mayoría, muy bien representados;

una copia de *La Coronación*, de David, llenaba casi un muro;

el *Combate de Nazaret*, de Gross,

los románticos con Choffard, Lemonyer y regresivos hacia la Edad Media.

Corot, con claroscuros inesperados, y, a

veces simples, a través de lo complicado de la técnica;

encantadores cuadros de antaño de Vigee-Lebrun, con un persistente aroma espiritual de *vieux temps*, que parecía escaparse de sus flores pálidas sobre fondos de amaranto;

anacreontismos de Prud'hon, llenos de encanto pastoral, y, de frescura idílica;

algunos retratos de Ingres, sombríos y amanerados en su academicismo ritual;

muchos paisajes de Millet, anti-intelectuales, pero plácidos y, llenos de un arcadismo, venido directamente de Poussin;

algunos pintores militares como Delacroix y Courbet, con sus coloraciones brutalistas, y, sus gestos violentos, de heroísmo profesional;

la *Jeune Mère*, de Carrière, escuela velazquiana;

copias de Whistler, en esa armonía de gamas, que son como una prolongación infinita y voluptuosa de la luz, en los paisajes del alma.

Susana, amaba las elegancias estilizadas de Whistler, sus jardines cortesanos, que recordaban los de Wateau, pero a su

flora de cera-laca, prefería los paisajes profundos, misteriosos, obsesionantes de Gauguin : éste era su pintor dilecto ;

fuera de esos paisajes, no amaba sino un cuadro, de un joven pintor, muerto antes de la celebridad : *Sœur Pamela*, de Larrivière, lleno de un encanto tierno y penetrante, como un efluvio, y, que recordaba por su gracia cautivadora, el poder evocador de los cuadros de Henner ;

pero, no era la pintura, lo que atraía y fijaba su alma, con una fuerza de polarización ; era la Escultura la que la fascinaba ;

su ensueño de arte, despertado en las iglesias, ante las esculturas rudimentarias, que sólo la Piedad podía hacer bellas, se acrecentaba y se expandía ; tomaba vuelos enormes, en las salas umbrías donde los mármoles desnudos tenían ante sus ojos, un prestigio de divinidad ;

aquel múltiple soplo de belleza, difundido en la atmósfera, se condensaba y tomaba para ella formas en las estatuas que se alzaban blancas y aisladas como flores de idealidad, sobre zócalos toscos ultrajados por el tiempo ; en los bajos relieves, fragmentarios, llenos del gesto de los sá-

tiros enfestonados de hiedra, o la grave armonía de las fiestas Panatheas; las líneas puras de una Canéfora, exhumada de la ruina de algún templo en Eleusis; el asa de una ánfora rota, con el sello tosco y gracioso de los artífices etruscos, y, algún basamento de sarcófago egipcio, o el plinto trunco de una columna dórica;

no era rico el pequeño Museo, en esculturas de renombre;

pululaban las copias sin prestigio de las Obras Maestras de la estatuaria antigua, desde las esculturas asirias y faraonitas enormes de bestialidad, a los Hermes y Mercurios de gracia praxitelea, las Minervas monumentales, y las Venus de todos los estilos y, todas las procedencias, desde la de Cnido a la de Milo;

bustos de Emperadores, barbudos y feroces como Domiciano u Othon, idiotas como Claudio, afeminados, con rostro de efebos, como Heliogábalo o Calígula; toda la podredumbre imperial tallada en mármol;

una estatua de Agripina, con Germánico en los brazos;

una Diana, mutilada, de la cual no se veían sino las piernas, y el extremo de

una mano, sujetando una corza, mutilada también;

la *Piedad* de Miguel Angel, ultrajantemente deformada;

nada en escultura monumental;

la Escuela francesa, en profusión;

copias de mármoles heroicos, como el *Vergniaud* de Cartellier, y, el *Hoche*, de Milhomme;

bustos, de Corbet.

Chloris, de Pradier, sobresaliendo en elegancia, superando a todo lo que la rodeaba por el soplo de voluptuosidad houdoniana que la circuía;

la *Gloria Victis*, de Mercier, en una copia detestable, acusando el gusto decadente del segundo Imperio;

la *Virgen del lis*, de Delaplanche;

el tradicionalismo de Carpeaux, traía brisas de mar Mediterráneo, a la sala conventual, con el *Pêcheur de Naples;*

un soplo de Ática: la *Venus anadiomena*, de Captier;

helenismo primitivo, en el *Abel Muerto*, de Feugère des Forts;

y, al fin, un Chef d'œuvre; *L'Âge d'airain*, de Rodin;

un *Centauro*, con las melenas en gre-

ñas, los ojos lascivos, como si saliese del bosque en busca de su hembra, le daba miedo y, sin embargo, gozaba en contemplar sus facciones bestiales, sus mandíbulas de animal de presa y, la sensualidad amenazante, que parecía escaparse de sus ojos sin pupilas;

este bruto, lleno de fuerza máscula, la atraía;

se detenía en las vidrieras, admirando los raros camafeos, las *intaglias* complicadas y preciosas, las sardonias labradas con primor, por artífices pacientes; había un *Sagitario*, en plata, obra, sin duda, de un trecentista, contemporáneo de Barfarello, que la fanatizaba por la pureza de las líneas, que el metal hecho negro, había vulcanizado como si hubiese sido extraído de las entrañas del Vesubio;

había marfiles delicados, hechos con el tiempo de un amarillo delicuescente de cera como si discípulos de *della Robbia*, los hubiesen modelado con amor; eran casi todos *Cristos*, *Natividades* y *Anunciaciones*, llenos de una ingenuidad prefraangélica y de un adorable encanto;

las formas gráciles de las pequeñas figuras, sus rostros de inocencia y santi-

dad, llenaban su alma de uno como perfume de flores ajadas y venerables, que muriesen detrás de los cristales, cerca a los jaspes y los ónix tan primorosamente labrados, y, al oro mórbido, que en las telas arcaicas decía viejas leyendas de piedad bordadas con fervor;

había dispersos y, mal arreglados, torsos de gladiadores, mezclados a frisos de templos, acanthos de capiteles, fragmentos de métopas, y, la cabeza monumental de una águila romana;

de todas esas cosas del Pasado, se desprendía un hálito evocador, que la hacía soñadora, entre los restos dispersos, aglomerados por aquel huracán de siglos;

se sentaba meditabunda, en uno de los bancos de madera, que había para ese objeto, ensimismada, en una muda contemplación de esas cosas, que eran fragmentos de civilizaciones nacidas bajo otros cielos, y visibles hoy, a la luz de otro cielo, que entraba entusiasmada por los altos ventanales;

sus sueños se alejaban, como cabalgando en una bruma, llevados por un viento acre... ¿hacia dónde?

sentía la sensación de que todo eso, era

la sombra de una sombra, polvo leve de siglos muy remotos, cuyas más grandes creaciones, vivían en otros Museos, en otras galerías de Arte, que un día ella iría a buscar, y ofrecerían a sus ojos, ávidos de prodigios, su vientre lleno de revelaciones;

en esa atmósfera tan limitada de Arte y tan viciada de mediocridad, ella sentía, sin embargo, engrandecer su ensueño, crecer las alas de su espíritu, y, nacer ese algo obscuro y fatal, que en lenguaje de los místicos, se llama: la Vocación;

tenía una alma de Artista y, la sentía, desdoblarse y crecer, en esa contemplación de las obras de Arte; y, con una fuerza incontenible surgía en ella la audaz resolución de revelarse, copiando esos modelos y el designio heroico de igualarlos o superarlos;

sus ojos se llenaban de suaves lágrimas; y, perdía la noción del tiempo y del espacio;

parecía despertar de un sueño, cuando su padre le hacía comprender que era tiempo de partir, y, dejaban las grandes salas, llenas de cosas bellas y queridas,

de las cuales le parecía que ella sola sabía la significación;

y, una tristeza de desaliento la asaltaba, dejando ese lugar de Arte, perdido entre los jardines, llenos de una gracia rural;

su padre, que comprendía este estado de alma, le buscó un profesor;

era éste, un viejo maníaco, no desprovisto de talento, que hacía pequeñas estatuas en yeso, y que condescendió en dar algunas lecciones a la niña y que fué muy pronto seducido por el talento precoz y el aire serio y ensoñador de su discípula, y copiaba los modelos de sus *statuetes*, que no eran, por cierto, las de Vincenzzo Gemitto.

Paul Berteuil, improvisó un pequeño *atelier*, para su hija, en su propio laboratorio, y, así, mientras él, manipuleaba sus sales y sus ácidos, podía verla, inclinar sobre el yeso o la madera, el ópalo de sus ojos y, la sombra roja de su cabellera, que parecía un metal flúido, pronto a llenar el molde, para producir la obra imperecedera;

lo primero que hizo, fué una *maquette*, de su padre, de un parecido conmovedor,

aunque llena de la inexperiencia natural a toda iniciativa;

después de varios ensayos, emprendió valientemente el de un busto de su madre, con la intención de decorar con él, su tumba, tan amada;

y, lo logró plenamente;

la cabeza amorosa y dolorosa, modelada primero en yeso, y, esculpida luego en mármol, surgió a los golpes del cincel, llena de una suavidad elísea, como si la Muerte, le diese todas sus divinas pasividades; los cabellos, en bandas prerrafaelitas, enmarcando la frente bombada y estrecha, una frente boticelliana; los párpados, entrecerrados, como en un éxtasis de visión; la boca sinuosa y triste, más triste que en vida, como sellada ya, por el beso del Silencio Eterno; el cuello largo y fino de ánade, el busto inconcluso y delicado; toda la fisonomía enfermiza y meditativa nació de la piedra inerte, bajo el cincel filial, llena de un triste y plácido encanto, copiada en parte de los retratos que se conservaban, y, en parte del recuerdo vivaz, conservado en la mente apasionada de la hija;

el busto tuvo gran aceptación;

se habló con entusiasmo de él, y, la prensa local, hizo grandes elogios;

la Esfinge de la celebridad, sonrió al genio naciente de Susana Berteuil;

eso, le trajo algunas emulaciones, pero, dió a su corazón, el intenso placer de ver su obra, decorando la tumba de su madre, sobre el zócalo erecto, bajo los altos pinos que la circuían;

su belleza, se desarrollaba, a la par de su talento artístico, y, era ella también una Obra de Arte, de perfección insuperable;

la soledad absoluta en que vivían, centuplicaba el prestigio de esa belleza, la que sólo era dado ver algunos domingos, en el jardín comunal, dando el brazo a su padre, ensimismado en sus sueños de sabio;

la tensión de su cerebro, había hecho una como atonía de su corazón;

fuera del amor paterno, ningún otro amor había germinado en ella;

así la sorprendió el transferimiento de su padre a una cátedra en París;

como gentes verdaderamente intelectuales, ajenos a las pasiones animales de rebaño, dejaron su ciudad natal, sin otra

pena, que la de separarse, de la tumba amada, donde la muerta parecía sonreírles, en las facciones del busto, laborado por el amor y el arte de la hija;

a pocos días de su llegada, se establecieron en ese pequeño apartamento de la *rue de Rennes*, seguidos de la vieja criada provincial, que desapareció pronto, arrebatada por una fluxión de pecho que no pudo resistir;

ella y su padre, sufrieron de esta nueva ausencia y se unieron aún más en su soledad;

su vida, se hizo monótona a causa de su uniformidad.

Paul Berteuil, tomó posesión de su cátedra, y Susana, se matriculó en la Escuela de Bellas Artes;

en la mañana el padre iba a dar sus lecciones, y, se entretenía largas horas en los laboratorios oficiales; la hija, iba a tomar las suyas en la Escuela de Bellas Artes, y, concurría después al taller de un escultor eminente, al cual había sido recomendada, por un amigo de su padre;

se reunían para comer al mediodía;

después, él, hacía experimentos químicos, en un pequeño laboratorio, que ha-

bía improvisado y, ella, en otro ángulo de la pieza, hacía el modelaje en yeso, o, laboraba preciosos esbozos para el bronce;

el viejo, alzaba de vez en cuando la cabeza y gozaba en ver a su hija, envuelta en una larga blusa blanca, con los cabellos cortos y buclados lo que le daba el aspecto de un bello adolescente, absorto en sus estudios, un Antinoo blondo, más serio y más grave que el preferido de Adriano;

en las noches, Susana leía a su padre, cuya vista se debilitaba, los periódicos del día, y, algunas narraciones de viajes, por los cuales, como casi todos los sedentarios, tenía pasión;

no salían de noche, sino muy rara vez; y se recogían temprano;

los domingos, el programa se aumentaba, con alguna matiné musical, y, un paseo en la tarde a los jardines del Luxemburgo, por los cuales tenían ambos, una real predilección.

Susana Berteuil no tenía el alma burguesa y, no amaba el público dominguero de París; pero, amaba enormemente el jardín señorial donde la blancura de las

estatuas, emergiendo de las verduras profundas, tenía siempre algo de imprevisto y de faunesco;

gozaba en pasear al acaso, por las avenidas umbrías como mecida por el ritmo de su paso, y de los tardos pasos de su padre, como por una música lenta;... y, una gran sensación de paz la embargaba, en ese silencio vegetal, bajo la caricia de las ramas, que fingían arabescos móviles, sobre la arena de los senderos, que parecían serpientes de oro, escapadas de las frondas cercanas;

tenía pasión por la *rive gauche*, y, un miedo cerval por la otra orilla del río;

no pasaba los puentes sino para ir al Museo del Louvre, y, eso porque desde allí, veía el Instituto, y, los patios de la Escuela de Bellas Artes, ornados de mármoles perfectos;

si le sucedía, por una urgencia ineludible, tener que ir hacia el París de la ribera derecha, fastuoso y tumultuoso, se sentía como perdida y desorientada desde que atravesaba la *rue de Rivoli*, entraba en el torbellino mareador, de coches y de peatones de la *Place de la Comédie Française;* llegaba jadeante a las arcadas

del Teatro, y, se detenía, como para tomar nuevas fuerzas, ante el busto de Musset, contemplándolo con arrobo, cual si quisiese curarse del horror artístico que hubiese dejado en su ánimo la vista de aquel monumento de énfasis grotesco, que es la estatua de Gambetta, la cual acababa de dejar atrás, en la *Place del Carroussell;*

si había de seguir hacia los grandes bulevares, no tomaba nunca por la *Avenue de l'Opéra*, sino que se internaba por la *rue de Richelieu*, con la esperanza de tener tiempo para detenerse un momento en la Biblioteca, y, escuchar tal vez *un bout de Conference;*

de los parajes de esa ribera, aledaños al Sena, no amaba sino el Palais-Royal;

sus galerías la fascinaban;

permanecía absorta ante los escaparates, deslumbrada por el brillo de las pedrerías, encantada del trabajo de los orfebres, que se le aparecía más artístico, más perfecto, en aquellos lugares despoblados por la moda, que los que había visto en sus raras excursiones, a la *rue de la Paix* y, en los alrededores de la *Place de la Madeleine;*

no hacía sus compras sino en el *Bon Marché;*

esos grandes almacenes con un vago olor de viejo París, y, su clientela de damas de antigua nobleza, burguesas ricas y austeras, en cuyo fondo de serenidad daba una nota de encantadora alegría, la elegante simplicidad de alguna modistilla del barrio, dando el brazo a un estudiante tumultuoso y, locuaz;

a los almacenes del *Louvre*, por estar tan cerca, había ido acaso dos veces, con su padre, para comprarle ropas interiores, y, el ambiente de lujo equívoco y, de cocotaje cosmopolita dominante allí, le había sido repugnante, y la había retraído de volver luego;

no conocía las *Galeries Lafayette*, sino por los reclamos de los diarios y los periódicos de Modas, que leía;

como toda alma distinguida y alma de artista, amaba con delirio las bellas toilettes, y los lujosos tocados;

sus recursos muy limitados, no le permitían el lujo, pero, tenía un gusto tan personal y tan artístico para vestirse, escogía y arreglaba de tal modo sus modelos de trajes, que servían a sus modistas

para lanzarlos después al público, y, las casas de modas, pagaban a muy buen precio sus diseños;

eso le permitía ir siempre vestida, con una elegancia y una distinción que forzaba las gentes a volver a mirarla seducidas a la par por su *chic* y, su belleza;

tal vez, había un ligero matiz excéntrico en su indumentaria, que le venía del estudio asiduo de las telas y ornamentos helénicos y orientales, y, el hábito de hacer resaltar en la estatuaria, la belleza de las formas, bajo la tenuidad pudorosa de las túnicas;

era a ese respecto de una encantadora simplicidad artística, en sus vestidos de entre casa; sus *robes de chambre*, eran como peplumes griegos arrancados al cuerpo de una estatua;

su padre, tenía un gran orgullo en verla vestir con tanta elegancia y, amaba el rumor de admiración que la belleza de Susana, despertaba a su paso;

no era ésta, la belleza parisiense, menuda y frívola, hecha más de gracia y de arte, que de belleza física real;

era, una belleza fuerte, estatuaria, de líneas escultóricas y, de una armonía ro-

mana de formâs, que daba realce a sus vestidos, más que recibirlo de ellos;

tenían muy escasas amistades, y, ninguna íntima;

frecuentaban muy poco la sociedad, y, si les sucedía asistir a alguna comida o *soiree* de gala, era casi siempre en casa de algún profesor o académico en cuyos salones se reunía el más selecto personal de las ciencias y de las artes;

y, cuando eso acaecía, era un verdadero triunfo de Susana, dominando el esplendor de la fiesta;

su belleza rara y poderosa, se centuplicaba al resplandor de las lámparas, se hacía como fulgente, como hecha de ámbar y de oro, su cabellera, era como un casco de acero iluminado por el sol, llameante y rojo; sus ojos se hacían de una opacidad mineral y, más profundos, entre las cejas doradas, su cuello juniano emergía, en una perfección columnaria de la desnudez atrevida de sus senos y de sus hombros, de entre las gasas que la circuían como un mar de espumas, y de entre las flores, con que, a falta de joyas, adornaba su hermosura...

esa belleza triunfal forzaba a los cro-

nistas de la fiesta a prorrumpir en elogios que morían en las columnas de los diarios y, hacían extrañamente soñadora a la virgen pensativa;

nada de eso turbaba su soledad, que era profunda;

la admiración despertada en esas fiestas, se traducía en galanteos sin trascendencia, que no inquietaban un momento la paz de su corazón;

recibían muy pocas visitas, tan pocas como las que hacían;

sólo Molard, hacía un año que visitaba la casa con frecuencia.

Paul Berteuil, lo había traído a ella y lo había presentado a su hija, con muy justos elogios, sobre la seriedad de su carácter y de su talento; lo tenía en gran estima, y, lo había hecho el confidente de sus teorías y sus ensayos científicos;

comía con ellos todos los domingos, y, los invitaba a veces al Teatro;

era al Odeón, que gustaban de ir, para no abandonar el *Quartier*, y, de donde regresaban siempre buscando esa zona de silencios de la *rue Condé*, *rue Saint-Sulpice*, y *Place Saint-Sulpice*, para evitar el ruido del *Boulevard Saint-Michel*, lleno

de rumores estudiantiles, y del *Boulevard Saint-Germain*, lleno de burgueses paseadores y tenderos endomingados;

en esa apacibilidad, se deslizaba su vida, cuando la catástrofe vino tan rudamente a sorprenderla;

la muerte de su padre, que la había sumido tan hondamente en el Dolor, la había arrojado más brutalmente en la Soledad;

caída enferma a la vuelta del Cementerio, el día del entierro de Paul Berteuil, no había podido recibir las visitas de pésame...

luchando entre la Vida y la Muerte, no había visto cerca a su lecho de enferma, sino los rostros de sus dos viejas amigas, maternales y compasivas, y, los de Molard y Froilán Pradilla, que habían sido sus médicos;

la figura de Molard, le era apaciblemente habitual, agradable de verla, como un objeto familiar, que le recordaba días de calma y de serenidad;

a Froilán Pradilla, no lo había visto antes del día del siniestro;

su nombre le era familiar, por leerlo

constantemente en las gacetas científicas, y en los diarios políticos de combate;

y, como los que leía eran todos burgueses y conservadores, llenos de un respeto asqueroso al orden y algunos de una religiosidad repugnante, como para halagar la imbecilidad de su clientela, el sabio Médico, no salía muy bien librado de aquellas columnas mingitorias del insulto a sueldo de la Iglesia;

en general, había leído muy poco; y, sus lecturas habían sido más bien sobre asuntos de ciencias y de artes; como su padre, amaba lo maravilloso, y gustaba de unirlo hasta donde fuera posible, al espíritu científico;

la pre-Historia la atraía, y, el esbozo de esas civilizaciones caóticas, la seducía con el prestigio de toda aurora;

amaba el candor de las narraciones de Hesiodo, y, la *Historia Natural* de Plinio, había sido como la Biblia de todos sus conocimientos;

la historia de los pueblos primitivos, la fascinaba con el prestigio de toda fábula;

los orígenes del Arte, la sugestionaban con una como imantación mineral, y, era en la *Historia de las Civilizaciones Orien-*

tales, de Buffault, que había sentido despertarse su amor por la Belleza difunta de esas edades pretéritas, tan dignas de recordación;

egiptólogos, asiriólogos y, bizantinos, leídos en gacetas científicas de las cuales se veía obligada a tomar notas para los trabajos de su padre, le habían dado cierto matiz de erudición enciclopédica, muy estimable y, muy útil, para sus estudios de escultura antigua;

pero sus verdaderos textos a ese respecto, eran la *Esthétique* de Eugène Veron, y, *l'Art Ancienne*, de Bendillot, y un viejo infolio *Schedula Artium*, atribuído a Onofrius, un monje alemán del siglo XVII;

no tenía la pasión literaria;

los poetas, le decían bien poca cosa; no soportaba una larga lectura de ellos, y, no recordaba haber aprendido de memoria un solo verso;

la novela, la había atraído, recién llegada a París, en plena disputa de las escuelas; y, para formarse un juicio en el litigio, había leído muchas;

la fuerza máscula de Zola, había marcado su espíritu con su garra potente, y, en *Germinal*, *l'Assommoir*, *l'Œuvre*. el

genio prodigioso se le había revelado, muy distinto de ese novelista para horteras, que la clerecía estólida y la burguesía herida, se esforzaban en pintar;

de todo ese montón de almas pútridas, de esa leprosería social, que son los *Rougon-Macquart*, ella, no amaba sino tres obras: *Le Rêve*, *La Faute de l'Abbé Mouret*, y, *Le Docteur Pascal;* esta última por sobre todas.

Thérèse Raquin, le repugnaba, por la falta absoluta de grandeza, por el liliputismo ético de todos los personajes.

Alphonse Daudet, se le aparecía tan paralítico de espíritu, como de cuerpo; nunca había visto un pulso más inseguro para dibujar caracteres, en el fondo de un cuadro; todos le parecían, como trazados con un junco en la superficie del agua; no tener carácter, era todo el carácter, de las creaciones daudetianas, y por eso le disgustaban; no salvaba de esa aversión, sino *l'Evangeliste;* su proselitismo pintoresco le agradaba por lo cándido; y, en las facciones de esa iluminada, veía más fuerza, que en la de todos los otros tipos, de ese pintor de acuarelas sentimentales;

de los medanistas, prefería entre todos a Huysmans, no porque este fraile fracasado, le ofreciera una gran consistencia en los caracteres; no; le parecían absolutamente falsos, como forjados en los limbros de una conversión tardía; pero, su ciencia, arquitectural y, escultórica, su monaquismo sabio y didáctico, la apasionaban; como novelista, no lo hallaba tal, sino en: *les Sœurs Vatard;* sus otros libros, no eran para ella, sino Breviarios de Arte, que la hacían contemplativa y soñadora, con el soplo de misticismo sensual, que se escapaba de esas cartujas intelectuales;

por un momento creyó, haber hallado en los hermanos Goncourt, sus novelistas ideales; no que el preciosismo benedictino de esos hermanos siameses de la Crítica, la sedujera grandemente, sino porque veía en ellos, los únicos noveladores, con tendencias, verdaderamente artísticas; la histeriología, imperante entonces y, venida directamente de Flaubert, les había hecho miniaturizar el vicio, en la *Fille Elise*, y *Germine Lacerteux*, sin que su prosa, absolutamente anti-emocional, lograra despertar en esos libros, el horror,

ni siquiera el amor de sensualismo técnico que describen; en cambio, *Manette Salomon* y, *Madame Gervaisais*, marcaban una orientación de Arte verdaderamente notable; la primera, despojada de la atmósfera de vicio natural al ambiente que la circunda, tenía descripciones y teorías pictóricas, muy preciosas para los amadores de ese arte, y la segunda, tenía algunas páginas de un real encanto, para los que no conozcan profundamente el arte romano; ella, sin haber ido a Roma, adivinaba las deficiencias, pero, no pedía más, a estos impresionistas deliciosos, cuyas delicadezas de esmaltistas, no podrían levantarse nunca, hasta los frescos murales de un Orcagna;

los hermanos Margueritte, esa ternera de dos cabezas, se le hacían insoportables, por el solo hecho de su extraña e insostenible dualidad;

lo mismo le sucedía, con los hermanos Rosny, a pesar del genio innegable del mayor;

las maravillosas, cinceladuras de Anatole France, la seducían como estilo, y, amaba ese modelaje en cera, en el cual otros creían ver mármoles áticos;

los novelistas de salón, como Paul Bourget, y, aquellos, para adolescentes pecaminosos, como Maurice Barrés, no cautivaban su atención con su inútil elegancia y, su esnobismo inconsistente;

los moralistas que, con Henry Bordeaux a la cabeza, tienen el privilegio de *épater* la burguesía acerebrada y, aburrir solemnemente los cerebros de talento, no gozaron de sus simpatías y, no leyó ninguno, ni siquiera a George Ohnet, esa vaca de leche de la literatura éticosentimental, que siempre le pareció abominable;

ella, no dividía los escritores entre morales e inmorales, porque ignoraba esas nomenclaturas de la perversión mental;

era demasiado pura, para tener una moral;

esa forma de vicio, era, como todas las otras, desconocida a su temperamento;

así, cuando alguien, le había hablado con horror, de la literatura desmoralizadora de Froilán Pradilla y, de sus novelas, misóginas y malthusianas, había deseado leerlo, sin poder conseguirlo, porque ignoraba el español y, las traducciones eran muy escasas, ese autor, no escribiendo en francés, sino sus artículos cien-

tíficos y, políticos; sus libros de los cuales se ocupaba mucho la prensa, no eran en realidad, conocidos, sino de los *amateurs*, que los guardaban religiosamente, como si fuesen incunables rarísimos, y, de los críticos profesionales, que los discutían según sus ideas, pero dejando siempre a salvo, la personalidad literaria del autor, al cual, estaban acordes en reconocerle, no sólo talento sino genio;

el lado más que revolucionario, cuasi anárquico, de la personalidad de Froilán Pradilla, le era violentamente antipático a Susana Berteuil, que no lo conocía personalmente, y, que antes del accidente, habría hecho todo por no encontrarse en un salón con el médico ácrata, cuya persona y, cuyas obras, le habían sido pintadas, como un abismo de perversión;

su misogamia, que los incomprensivos tomaban por misoginia, para tener el placer de calumniarla, le inspiraba un horror creciente y, no acertaba a explicarse el fanatismo y la admiración apasionada que sus libros despertaban en los medios literarios y en la juventud estudiosa, sino como uno de los síntomas de decadencia nacional, que precipitaban la catástrofe

al decir de los augures del pesimismo profesional;

así, cuando aquel día tan triste, del accidente ocurrido a su padre, ya en el Hospital, supo que ese médico elegante y discreto, irreprochable en su *tenue*, de gran señor bulevardier, con su pantalón a grandes rayas, su redingote negro, modelado sobre un cuerpo nervioso y fuerte, las botas charoladas, la corbata de último modelo, ornada de un camafeo tallado en un zafiro enorme, era el celebérrimo Doctor Froilán Pradilla, vaciló en creerlo;

aquel tipo de tan suprema elegancia y, tan alta distinción, que se inclinaba gravemente ante ella en una reverencia de corte, con su barba en abanico, ligeramente blanqueada hacia las extremidades, la cabellera bucleada, peinada hacia atrás, dejando en descubierto la frente amplia y noble, en la cual el pensamiento marcaba hondos surcos, como curvaturas de alas; los ojos de acero, despóticos y, tiernos, que se prepararaba a operar con unas manos aristocráticas de príncipe, y, una sonrisa encantadora de sabio, no podía ser el revolucionario desalmado, mitad genio mitad bandido, el anarquista

desarrapado y turbulento, figura obligada de los mitines obreros, el *camelot* de la celebridad arrabalesca, que otros le habían pintado y, ella imaginaba sin conocer;

y, cuando luego había visto con qué ternura, mezclada de respeto por el gran sabio, lo auscultaba y, lo examinaba, conmovido ante lo inminente del peligro, y, con qué exquisita discreción, trataba de ocultarle la verdad, había sentido el terrible poder de la leyenda venir a tierra, y, Froilán Pradilla, visto bajo una luz nueva, se había alzado ante sus ojos, revelado en su verdadera personalidad, como al disiparse una neblina, se revela a los ojos, el alma encantadora de un paisaje;

y, recordaba las mil atenciones de que la rodeó, aquella noche trágica;

y, luego, el envío de la corona...

la escena en el cementerio;

y, su enfermedad...

esos dos largos meses de enfermedad, durante los cuales ni un solo día había faltado al lado de su lecho durante la gravedad, y, cerca a su sillón de convaleciente, en esos últimos días...

una luz de prestigio raro envolvía a sus ojos aquella figura imperativa y amable, que había velado por su salud, con una ternura celosa y dominante;

era verdad que Molard, había también velado cerca a ella, acaso con una mayor asiduidad, y, sin duda, con una mayor ternura;

pero, Molard, era ahora a su corazón, como un hermano; no despertaba en su ánimo ninguna sensación tiránica, y, si le sucedía sentir anhelos de intimidad hacia él, eran los de una intimidad espiritual y apacible, de una confidencia de almas, ajenas a todo soplo de pasión;

la mirada de Molard, no la turbaba, en cambio la de Froilán Pradilla, la hacía inquieta, con esa vaga inquietud, que las corrientes subterráneas, comunican a la superficie de las aguas, largo tiempo en quietud;

en el corazón de toda virgen, duerme una llama, y, esa llama no la agitaba, la voz suave y las miradas adoratrices de Jacques Molard...

en cambio, esa luz se hacía vivaz y relampagueaba, cuando los ojos dominadores de Froilán Pradilla, escrutaban los su-

yos, y, más que todo, cuando sus manos suaves la tocaban, y, se inclinaba sobre su corazón para auscultarlo; entonces le parecía que el peso de aquella cabeza la rendía, como si fuese el peso del mundo, y, sentía que el olor de su cabellera la embriagaba como si respirase un aroma desconocido y turbador;

colocada en medio de los dos, ella sentía que polarizaba aquellos dos hombres;

pero, la atracción que ejercía, era bien distinta en cada uno de ellos.

Jacques Molard, la amaba; eso lo sentía bien ella, pero su amor era casto, desde el día en que nació; el deseo sin violencias, tomaba en él las actitudes del deber; era el amor sin tempestades y sin fango, y, eso venía del carácter de Molard, romántico y soñador, imbuído de prejuicios y ajeno a las sensualidades mórbidas.

¿Froilán Pradilla la amaba? eso, no podría decirlo ella, desconcertada ante el género de pasión que inspiraba; y que ella misma trataba de ocultarse;

cuando Molard, se inclinaba sobre ella para auscultarla, parecía preguntar a su

corazón, qué sentía y, se empeñaba en traducir los latidos de ese corazón;

en cambio, al auscultarla, los ojos de Froilán Pradilla, brillaban como los de un felino en la noche, y, se extasiaban en la blancura del seno, y en el rojo botón erecto, que hacía sombra bajo la batista inmaculada de la camisa, sin preocuparse si había un corazón bajo el blanco y azul de aquel pecho de virgen inviolada;

en la faz bella y blonda de Jacques Molard, no había visto aparecer nunca las violencias del deseo, que entenebrecen los ojos y, hacen temblar la voz.

Froilán Pradilla, cuando la miraba fijamente, tenía extraños resplandores en los ojos, su voz temblaba, y ella sentía la impresión de que la desnudaba lentamente...

aquel hombre de avidez le producía la impresión de un animal de presa siempre en acecho...

tenía para ella la atracción de todo peligro;

imperiosamente atraída por su siglo hacia todas las negaciones, ella las había dejado entrar a su cerebro para que dieran

razón de todos sus ídolos, pero les había prohibido la entrada de su corazón;

tenía el celo y el culto de sus jardines interiores, y, no dejaba al huracán de las teorías entrar a ellos, para devastarlos;

demasiado femenina para ser feminista, tenía un desprecio altanero, por esas ovejas leprosas del rebaño femenino, que son las *sufraguettes*, y sus estériles gestos de púgiles le daban náuseas;

tenía el orgullo de sentirse mujer, capaz de todas las luchas y de todas las victorias, pero, también de todas las debilidades...

no ensayaba los bellos gestos desdeñosos hacia la pasión, que otras vírgenes, menos fuertes que ella ensayaban, para tener el placer de ser vencidas;

ni buscaba, ni huía el Amor;

sabía que él, vive en el fondo de todos los corazones, para consolarlos de la Muerte, y, que se alza en el fondo de todos ellos, a la hora precisa, como el Alba del corazón inerte de la Noche;

y, esperaba que amaneciera en su corazón...

en espera de ese sol, amaba contemplar

las estrellas que titilaban, en el cielo profundo de su virginidad;

antes de conocer el Amor, ya conocía su divisa imperativa, o, mejor dicho, presentía, que esa divisa debía contenerse en estas pocas palabras: *el Amor debe ser vivido, es decir, ser realizado; el amor gozado es la Vida; el amor soñado es una enfermedad;*

y pensando en eso, pensó en Froilán Pradilla, y vió sus ojos de Fauno, y, maquinal y temblorosamente, arregló los pliegues de su ancha bata obscura, como para cubrirse, para defenderse, de aquellas miradas que parecían dos manos tendidas para desnudarla...

y, sus carnes temblaron bajo las vestiduras, como si hubiesen sentido realmente la caricia de aquellas manos recorrer lentamente, todo su cuerpo desnudo...

y, para distraer sus pensamientos, miró hacia afuera, y, quedó así, viendo morir el crepúsculo sobre los cielos lejanos;... un crepúsculo húmedo y argentado, con reverberaciones evanescentes, sobre un cielo de alabastro;

su alma estremecida y turbada, parecía

rehusarse orgullosamente a decir los secretos que dormían en su corazón;

y, las formas inasibles de su ensueño, se diluían y se esfumaban, como alas frágiles, sobre los cielos sin luz...

de la profundidad sinfónica de la Noche, se alzaban mil voces, que cantaban en su corazón...

la sombra eterna del Deseo, se levantaba de la Tierra toda, iluminando y coronando el mundo con su grandeza...

el Deseo, que es el alma del Amor.

*

Y, Froilán Pradilla, decía en su *Diario.*

París...

Hela ya salvada...

¿salvada?

no se es tal, cuando se lleva la muerte dentro de Sí, por un decreto inexorable de la Naturaleza...

esta *ley de herencia*, que nosotros los médicos manejamos tanto en nuestro didactismo profesional, ¿existe en realidad, con caracteres ineludibles, e implacables como una Fatalidad?

existir sí; ella, es la ley de la especie;

pero, la herencia es, del dinamismo animal, de las condiciones físicas y de las bases específicas de cada especie o de cada

grupo de especies ; pero, lo que es extraño a la especie, y, accidental en el individuo, no sufre siempre las inexorabilidades de esa ley ;

la enfermedad es una condición adventicia del individuo, no es una condición inherente de la especie ;

el Hombre, puede sufrir todas las enfermedades, pero, no las trasmite todas ;

ahora, si en esos grupos de especie, llamados, la familia, existen caracteres de herencia radicados en la sangre, se trasmitèn indudablemente con caracteres más o menos modificados, en el acto de la procreación ; como en la lepra, la sífilis o la epilepsia, pero, no así, si esos caracteres han sido adquiridos casualmente, y, por lesiones, no encontrados en la ascensión progresiva de la raza, porque la casualidad, no se hereda ; no nacen cojos, los hijos del hombre que ha perdido una pierna en un accidente, ni mancos los de un obrero que perdió un brazo en una máquina, ni ciegos los de un vidriero, que pierde la vista en un accidente de su oficio ;

ahora bien : las enfermedades del corazón, no son una *tare* fisiológica, una se-

ñal de degeneración trasmisible por la herencia; pero ¿en calidad de vicio congenital están sometidas a esa ley?

¿Susana Berteuil, ha heredado de su madre la lesión cardíaca, que llevó a aquélla al sepulcro, en plena juventud?

o, esa lesión, que estaba en estado latente se ha desarrollado al choque terrible, de las emociones sufridas, en el trágico accidente que llevó a su padre al sepulcro?

ambas hipótesis son admisibles, pero lo que hay de cierto en el caso, es que ha estado muy enferma, y que nos ha hecho sufrir mucho...

¿por qué digo *nos* ha hecho, y no *me* ha hecho sufrir?

porque el dolor es una fraternidad, y, yo he visto a Jacques Molard, sufrir como yo, del dolor de ver enferma a Susana Berteuil...

acaso ha sufrido más que yo, porque él es un sentimental, y, como tal, presta a los acontecimientos proporciones desmesuradas...

es necesario haberlo visto, inclinado sobre el cuerpo exánime de Susana, en el momento de un síncope, o siguiendo con

angustia, su respiración fatigosa, en los momentos de crisis, para medir lo que ha sufrido;

sus ojos brillaban con una inquietud febril, sus manos temblaban al pulsarla, como si temiesen sentir escapar la vida con la sangre de aquellas arterias; el insomnio hacía rojos los ojos, y, la emoción paralizaba sus juicios; no acertaba a diagnosticar nada, y, si yo no hubiese estado ahí, habría sido incapaz de prescribir el más inocente medicamento, para atenuar las fatigas cuasi asfixiantes de la enferma;

pauvre garçon!...

su corazón parece más enfermo que el de Susana Berteuil, pero de otra enfermedad más peligrosa: el Amor;

¿por qué bromeando con esta palabra, siento una emoción distinta de la burla?

ya lo dijo el clásico francés:

on badine pas avec l'amour;

el solo recuerdo de aquellos momentos de adoración grave y recogida, en que bajo el suave aliento del silencio, la pasión de Jacques Molard tenía el fervor casto

y reconocido de una plegaria, me hace mucho mal...

y, me hace mal, sin duda, a causa de esa pureza, que yo no he podido sentir nunca, frente al rostro del amor;

yo, sentía bien, que mientras mis manos temblaban, de una incontenible emoción sensual, tocando la piel satinada de Susana, aun ardida por la fiebre, y, mis labios se hacían resecos de ardores inconfesados al inclinarme sobre su seno para auscultarla, y mis ojos se hacían turbios de deseos, contemplando las formas de su cuerpo yacente, bajo el desarreglo natural de las ropas del lecho, los ojos castos de Molard, miraban los vuelos del espíritu, en los ojos castos de la enferma, su boca se llenaba de plegarias, y, sus manos temblaban al tocarla, pero, con una emoción dolorosa, que no era la fiebre del deseo;

¿y, Susana Berteuil, qué emoción sentía entre estas dos miradas dirigidas sobre su rostro?... ¿qué adivinaba de la sed de estas dos pasiones tan distintas?...

impenetrable en su actitud, los ojos entrecerrados, los labios tristes, intentaba sonreír...

¿a quién?

¿a qué?...

¿quién sabe jamás a dónde vuelan los sueños de una virgen?

¿al beso del Deseo?...

¿al beso del Amor?...

París...

Hoy la he visto ya convaleciente, fuera del lecho;

cuando entré, leía, en una *chaise longue*, colocada cerca de la ventana...

la luz de la tarde la coronaba de halos de oro, de un oro cuasi rojo, como a las madonas de los retablos de Cimabues; la palidez lilial del rostro aparecía más impresionante bajo esas aureolas y entre las negruras, del amplio traje de casa que la cubría, y sobre el cual las manos exangües, eran dos rosas mortuorias sobre los paños de un catafalco;

maravilloso el diseño de las formas, hechas más esbeltas y más gráciles, por los largos días de enfermedad...

un penetrante olor de violetas llenaba la atmósfera, y, se exhalaba de un vaso de alabastro, lleno de ellas, y, colocado so-

bre la chimenea al pie del retrato de Paul Berteuil;

leía...

en la estancia solitaria, que parecía envuelta en la calma apaciguada de una caricia lunar, la virgen parecía, una flor más, unida a las flores que la rodeaban, uniendo su melancolía, a la melancolía de las rosas, que yo le había enviado en la mañana, y que ostentaban sus blancuras, en un velador situado casi al alcance de sus manos;

por momentos acercaba su rostro al velador como para aspirar el perfume de las flores, cual si le fuesen muy queridas; y las acariciaba con la tristeza estrellada de sus ojos, inclinada sobre ellas en aquel silencio de oro...

cuando entré, puso el libro sobre el velador, y me tendió su mano;

un prestigio extraño, se desprendía de aquella figura, que en sus negros trajes, en la escasa luz de la hora, parecía una estatua de metal, en una reverberación plenilunar...

con un gesto que parece serle habitual, o que al menos ensaya siempre que me ve, llevó su mano al cuello, como para cubrir-

lo mejor, y, arregló los pliegues de su traje, como temerosa de que pudiese revelarse algún detalle de sus formas impecables;

la hora tenía un encanto indefinible, lleno de intimidad, un encanto, que parecía desprenderse de ella y de todas las cosas que la rodeaban:

—Cómo la primavera es tarda en llegar—me dijo, y añadió con una voz llena de nostalgias de Sol—: ¿No veis cómo el cielo es triste?

—Y, ¿no amáis la tristeza del cielo?—le dije mirándola en los ojos, cuyo azul satinado se hacía brumoso, como un mar donde han muerto todos los reflejos—. Yo, amo mucho las melodías del crepúsculo.

—Yo, tengo miedo a la tristeza; hay en ella, algo de tenebroso que me enferma; yo, no puedo estar triste sin llorar; y, llorar, es algo bien triste y bien inútil...

—Y, yo, diera algo por esa inutilidad y por esa tristeza—dije con un acento de sinceridad que me sorprendió a mí mismo.

—¿No sabéis llorar?

—Esa es una creencia que la Vida nos

enseña, y, la Vida misma, se encarga de hacérnosla olvidar.

—¿Habéis llorado mucho?

—¿Qué ojos de hombre no han sido quemados por el llanto, y, qué garganta de hombre, no ha estado alguna vez repleta de gemidos?

—Es verdad; la Vida, es algo bien cruel, que la Naturaleza, se encarga de hacernos sufrir sin revelarnos...

la sombra que entraba ya por las ventanas, parecía devorar nuestras palabras, como un abismo donde perdieran toda resonancia;

la sirvienta entró para encender la luz, y, me pareció un fantasma que venía a expulsar otros fantasmas...

las claridades del gas, iluminaron la estancia de reflejos lácteos, como de luz estelar en un estuario tranquilo...

hubo un largo silencio de nuestras bocas, que fué un silencio de almas...

comprendimos que avanzar en el terreno de la sentimentalidad, era peligroso, y, tuvimos miedo a la sinceridad de nuestros labios...

la soledad, es peligrosa, tiene la sugestión del agua profunda, que nos invita a

sumergirnos en ella, desnudos como un astro...

tuvimos miedo a la desnudez de nuestras almas...

felizmente, la llegada de Jacques Molard, vino a sacarnos de aquella inquietud, que ya invadía nuestras almas;

sus grandes ojos de miope, ofuscados por la luz, se esforzaron, por observar nuestra actitud de intimidad en esta hora solitaria, pero, su celo fué calmado pronto, por la actitud de dignidad tranquila de Susana y por mi propia actitud;

yo, le fuí muy grato de su llegada;

y, sospecho que Susana también;

nos estrechó la mano, y, quedó un momento en silencio, como esperando que lo iniciáramos en la conversación, y, viendo que no era así, dijo:

—He ahí la primavera; hoy ha hecho un día delicioso; ¿no cree usted, Maestro, que es ya tiempo que la señorita Berteuil, ensaye dar algunos paseos? yo, se lo he prescrito ya.

—Es verdad—dijo Susana—. Pero, me siento tan débil,... y, además, madame Vibert (que era una de sus viejas amigas) que me ha ofrecido acompañarme, tiene

un catarro que cultiva con amor, es necesario esperar que eso pase; no me siento capaz de salir sola... París, me da horror...

Molard y yo, callamos, como ahogando en nuestros labios, la misma promesa de acompañarla, que ninguno de los dos nos atrevimos a hacer.

—Esos paseos—dije yo—, deben ser hacia el campo, donde el aire puro, oxigena mejor los pulmones, y robustece el temperamento, y, dando al cerebro un radio mayor de visiones, modifica las ideas, lo cual es muy saludable después de una gran crisis, moral, como la que usted ha sufrido;

ella, sonrió tristemente con una sonrisa de aquiescencia, y, su figura se iluminó como con una remota luz de esperanza...

el lenguaje profundo de su Dolor, habló a su corazón, y, todas las voces del Pasado alzaron en ella un eco de reminiscencias...

inclinó la cabeza sobre su hombro, y entró en el Silencio...

como se entra en la Muerte...

en la terrible Noche sin Aurora...

y, ¿qué es la Muerte?
el Final de un Sueño.
ambos acudimos a ella, como para disputarnos el peso de su cabeza;
¿sobre cuál de los dos debía posarse?
¿quién debía tenerla, sobre su hombro?
antes de tocarla, nos miramos...
fué un momento, no más... pero bastante para que un infinito de odio se levantara entre nosotros;
nuestras miradas se cruzaron como dos puñales...
no éramos ya los dos médicos inclinados sobre un mismo enfermo, disputándoselo a la Muerte;
éramos dos machos inclinados sobre una misma hembra, disputándosela al amor.
Susana, abrió los ojos, y, se pasó la mano por la frente;
el vértigo había pasado;
instintivamente ambos retrocedimos sin mirarnos;
tal vez Susana comprendió lo que acababa de pasar, porque permaneció con los ojos bajos, sin mirarnos a ninguno de los dos;

tomó un frasco de sales, y, lo aspiró, lentamente;

continuaba en no mirarnos, como para no encender el celo entre nosotros;

esa actitud indecisa, me indignó, y, dije, preparándome a partir:

—Usted, está muy fatigada y debe descansar;

entonces, me miró con unos ojos muy tristes, y, bajo la luz de la lámpara confidencial y hospitalaria, me pareció que su palidez se hacía más intensa, como si una angustia muy grande le mordiese el corazón;

le tendí la mano para despedirme;

la suya tembló entre las mías, como un pájaro caído en una trampa...

en la penumbra cálida y dorada, las líneas armoniosas de su cuerpo se hacían imprecisas; entre los vagos perfumes de las rosas y las violetas, ella misma odoraba, como una flor...

su perfume me enervaba y sentí, como siempre, la locura de su cuerpo...

di la mano a Molard, que me la estrechó ya sin odio, súbitamente pacificado...

ya en la calle, la visión y el perfume de Susana Berteuil, me perseguía obsesionante y violento;

despedí el coche, y, me dirigí a pie, a mi *garçonnière* de la rue du Bac;

necesitaba apaciguar mis nervios y mis deseos, tan terriblemente agitados...

en la *garçonnière*, encontré a Erminia Leblanc, maniquí de una gran casa de modas, preciosa rubia de diez y ocho años, que venía *a tomar conmigo el te;*

sin duda, necesitaba cincuenta francos, y, me obsequiaba con ese impensado *rendez-vous;*

su belleza blonda me exasperaba por el recuerdo de la blonda belleza, que había dejado convaleciente en el pequeño apartamento de la *rue de Rennes;*

la desnudé temblando, como si fuese la primera vez que iba a poseerla, la abracé con violencia, la poseí con furor, como para resarcirme y satisfacer los ardores prendidos *por la otra*... y, hundí mi cabeza en las ondas de la cabellera rubia, haciéndome la ilusión de odorar y poseer el cuerpo desnudo de Susana Berteuil...

y, fuí feliz...

Paris...

La Vida, no se detiene nunca ante nos-

otros, por eso no podemos ni abarcarla, ni dominarla;

somos nosotros, los que nos detenemos un momento ante la Vida, para mirarla, o mejor dicho, para mirarnos, en el espejo de ese río que pasa...

y, es entonces que vemos como el Tiempo, el escultor inexorable que modela sus creaciones en belleza y, las deforma luego sin piedad, nos ha marcado con la huella de su mano implacable y fatal...

sólo en las ondas del río de la Vida, se puede ver la faz desnuda del alma...

y, es triste verla cómo ha envejecido, cómo se inclina hacia la Muerte, como un sauce que ha perdido todo su follaje al arrullo de ese mismo río, y, no puede ya, levantar su tronco agobiado, hacia el lejano claror de las estrellas...

y, es triste ver entonces, las arrugas de nuestro espíritu; mucho más triste que ver en el espejo las arrugas de nuestro rostro;

sentirnos viejos en el fondo de tantas cosas jóvenes, como nos rodean...

no tener otra belleza, que la belleza inerte de una ruina, ante los ojos ávidos que nos contemplan;

ser como una lágrima que tiembla ante el divino candor de una sonrisa;

sentir que nos hacemos remotos y, fantásticos, con el prestigio extraño de un fantasma... y, crecemos y nos esfumamos en ese crepúsculo, último y definitivo, que precede a la noche sin auroras;

percibir que exhalamos ya un lejano olor a tumba...

que somos, el Pasado...

¿para qué perturbar, los seres y, las cosas del Presente?...

no importunemos a los vivos, con nuestra estéril vida de fantasmas...

dejémosles vivir su Vida...

nosotros, no tenemos derecho sino a la Muerte...

preparémonos a usar de ese derecho;

así he pensado en estos días, recordando la última escena en casa de Susana Berteuil;

¿por qué me sentí, yo, celoso de Jacques Molard?...

¿soy yo, por ventura, el marido o el amante de Susana Berteuil?

¿qué derecho tengo, a entrar en su Vida, a limitarla, o a obstrucionarla?

¿qué sé yo, de su corazón?

¿que está enferma de una enfermedad hereditaria, que la llevará joven a la tumba?...

pero, ¿reino yo acaso en ese corazón enfermo?

¿qué soy yo, para ella?

un Médico, que la Casualidad colocó en su camino, en una hora trágica de su vida;

eso, y nada más;

ella, conocía a Jacques Molard, antes de conocerme a mí;

si algo más que la amistad los une... ¿qué tengo yo que ver con eso?...

ellos son jóvenes, sanos, robustos; tienen derecho a vivir su vida y, a perpetuarla en otros seres;

¿por qué quiero yo, ponerme entre los dos, como un obstáculo?

¿qué tengo yo, para disputar a Jacques Molard, no el alma, que me es indiferente, sino, el cuerpo espléndido de Susana Berteuil, que me causa una tan ruda exasperación sexual?...

¿la insolencia de mi dinero y, de mi nombre?

eso es, bien poca cosa ante el Amor;

yo, no tengo el derecho de calumniar a

Susana Berteuil, suponiéndole una Moral;

la creo superior a eso;

la supongo bastante honrada, para entregarse al hombre que su corazón llegue a amar;

pero... ¿en qué condiciones?

la Sociedad, no reconoce, sino dos clases de mujeres, con derecho a ejercer el amor con patente del Estado;

la una, la mujer casada, que no puede ejercer el amor sino en su domicilio, con un solo hombre, y que para eso está inscripta en el Registro de Matrimonios de un Distrito cualquiera;

la otra, la mujer pública, que puede ejercer el amor, en su domicilio y fuera de él, con todos los hombres, en virtud de una patente, y, cuyo nombre está inscripto en un Registro especial;

entre esas dos esclavas, hay: la Mujer Libre;

la que ama un Hombre y, se da a él, sin intervención de la Iglesia ni del Estado, y, sin pagar gabela ninguna por el ejercicio de su amor;

ese producto exquisito, se llama, una Querida;

pero, es un producto muy caro.

Jacques Molard, no tiene con qué darse ese bello lujo de tener una Querida, como Susana Berteuil...

y, se casará con ella...

¿por qué me enfurece la idea, de que este hombre tan mediocre, llegue a ser el posesor de ese divino manantial de placeres, que ha de ser el cuerpo virgen de Susana Berteuil?

virgen... sí;

ella es virgen, porque su corazón, no le ha marcado aún el rumbo para dejar de serlo;

el Dominador, no ha aparecido aún en su camino;

la rosa tiembla, al presentimiento de la mano que ha de deshojarla;

y, mi mano y mi corazón, tiemblan a la vista de esa rosa aun sin deshojar;

y, esa rosa llena mis noches, con la persistencia de su perfume inmaterial...

y, el Deseo, tiene a veces, el rostro obsesionante del Dolor.

París...

Una semana sin ver a Susana Berteuil; y, me parece un siglo...

las fechas se me hacen prehistóricas, tanto así se me aparecen de lejanas;

creo haber envejecido años, y, estar sepultado bajo la nieve, que ha caído sobre mi corazón, como venida de los ventisqueros de la Eternidad...

durante este lapso de tiempo no he querido escribir en este diario, por temor de escribir su nombre...

su nombre, que tiene el sortilegio, de fascinarme y, aterrarme, como una serpiente viva...

la nombro, y, me parece verla ante mí, con el encanto de sus formas desnudas, llamándome a todas las concupiscencias;

sólo el Silencio, la cubre como una túnica;

y, aun cuando no la nombro, me parece verla extendida en el Silencio, como bajo una capa de aguas, y, sus divinas desnudeces, despiertan en mí los furores de un Tritón, viendo el cuerpo de una Náyade dormir bajo las olas.

París...

No hay duda;
donde la óptica de la Pasión, se acaba,

es la óptica de la Muerte, la que principia;
ese aminoramiento de luz y, de vida se nota, cuando tratamos de extinguir en nosotros una pasión;
es una fuerza, que matamos, para abonar con ella el terreno de nuestras debilidades; es un faro que apagamos sobre la roca, ante la tempestad...
un acrecimiento de Sombra...
la Sombra es la hermana de la Muerte.

París...

La imantación del peligro es violenta, como la atracción de todo abismo;
¿por qué hoy, al salir de la Escuela de Medicina, para volver a casa, en vez de atravesar el Pont Saint-Michel, y, tomar como de costumbre el Boulevard Magenta, di orden al cochero de tomar por los malecones de la ribera izquierda hacia el Instituto?...
tenía el deseo de *bouquiner;*
es una pasión en mí;
yo, no conozco más noble pasión que la pasión del libro;

nada más despótico y nada más amable;

no es un amor; es una amistad;

los libros son los únicos amigos que no nos traicionan;

ellos, no exigen nada, y nos dan todo;

cuando yo me acerco a los libros, siento una tan amable inquietud, un encanto tal, que sólo las mujeres lo tiene semejante;

todo libro, como toda mujer, tiene algo de misterioso, algo de irrevelado, que atrae y, que invita a violarlo;

los libros, como las mujeres, son siempre vírgenes, para aquel que se acerca a ellos por la primera vez;

¿qué importa que otros los hayan leído, o las hayan poseído, si guardan el placer intacto para nosotros?...

¡oh, el perfume de los viejos libros en los malecones del Sena!...

perfume de quietud y de ciencia, perfume suave de antaño, semejante al de un relicario, en el cual hubiera dormido por largo tiempo una flor;

la mañana era radiosa, de una luminosidad húmeda, que envolvía todas las cosas como en la prismatización radiosa de un cristal;

el cielo, era límpido, estriado de largas nubes blancas, y doradas, como una calcedonia inmergida en una solución de cobre ;

bajo esas nubes, el río parecía murmurar la canción de Primavera, como un niño balbuciente bajo los blancos cendales ;

sobre él, los vaporcitos pasaban, como ánades familiares, persiguiendo peces de oro...

el pito de las sirenas, semejaba el grito de aves marinas regresando hacia la playa...

la bruma que se alzaba del Sena, era tenue y lúcida, y, pasaba sobre las cosas, como una caricia delicada, impregnada del mar lejano ;

el espectáculo de esos malecones, era el mismo de todos los días a todas las horas en ese sitio tranquilo y adorable del París letrado ;

desde el *Pont de Notre-Dame*, hasta el *Pont des Tuilleries*, era la misma escena de siempre, el desfile silencioso, apasionado y extático de los *bouquinistes*, absortos ante los puestos, removiendo los volúmenes bajo las miradas tranquilas de

los libreros, prontos a toda información;

viejos sabios, inclinando las melenas blancas sobre los cajones polvorientos, para ver los títulos de libros tal vez escritos por ellos, o que les pertenecieron y, fueron sacrificados en un día de angustia;

catedráticos buscando y consultando libros de texto, repasando los que han escrito, o preparándose para escribir otros;

bibliófilos fervorosos, escogiendo con cuidado y lanzándose con avidez sobre algún libro raro, temblando al cogerlo entre las manos, con un frenesí de voluptuosidad, sagrado como todo Amor;

ancianas señoras, volviendo con dedos marfilinos, las hojas de novelas que les fueron amadas, y, sonriendo a las páginas, como a lejanos soles de sus mocedades;

modistillas y grisetas del *quartier*, en busca de la novela barata que ha de entretener sus ocios, y, hacerlas soñar con amantes millonarios, ayudándolas a tejer las redes de sus sueños, sobre la *Singer* ingrata, o cerca al menestral enfermizo, que les roba su salario;

estudiantes desenfadados, llevando a

vender los libros, que la avaricia paterna, o la propia prodigalidad, condena a ese destino;

eclesiásticos, que con manos abaciales, más parecen acariciar que fojear los libros;

yo, había dejado el coche, y, recorría los puestos, mirando y, escogiendo libros, con la fruición deliciosa que eso me ha ocasionado siempre, cuando, al alzar los ojos, alcancé a ver, a distancia, la figura alta, esbelta y estatuaria de Susana Berteuil;

conversaba con un viejo librero, muy ceremonioso, que le hacía mil reverencias;

toda envuelta en las gasas de su luto, que por un capricho de su fantasía, llevaba tan amplias y tan flotantes, que semejaban una sucesión de péplumes superpuestos; parecía una estatua de Niobe, erecta sobre el asfalto;

había levantado el velo que cubría su rostro y, éste aparecía tan blanco, que daba angustia mirarlo;

el cerco de sus ojos, era profundo, y, sus pupilas se hacían abismales, en esa prolongación de sombras;

sus largas manos, enguantadas de negro, moviéndose lentamente, parecían trazar signos cabalísticos en el espacio;

un encanto luctuoso e inquietante, se escapaba de esa figura rígida, en la cual la gracia misma, parecía diluirse en una aureola de Dolor y de Respeto;

los árboles que florecían y fructificaban sobre su cabeza, haciéndole uno como pórtico de gloria vegetal; la dulzura del río, que se deslizaba tan cerca de ella, murmurando invitaciones a largos viajes de Amor; el oro del Sol, que la bañaba de átomos blondos, que la hacían luminosa, como en una vitrificación; los *bouquets* de lilas y de lirios del valle, que las floristas le ofrecían, tendiéndolos hacia ella, como palomas de victoria; toda esa luz, esa verdura, esa niebla acuática, esas flores tan tiernas, enmarcaban en una alegría radiosa, aquella figura en duelo;

ella, continuaba en accionar lentamente, hablando con grandes pausas, como fatigada de la conversación;

volvía a veces la cabeza, como temerosa de que alguien escuchase aquello que hablaba;

en uno de esos instantes, alcanzó a verme;

me pareció que palidecía aún más; sonrió tristemente, y, me saludó con la mano;

me acerqué a ella;

se despidió apresuradamente del viejo librero, quien, con una indiscreción que la contrarió visiblemente, le dijo:

—Está bien, señorita; yo iré mañana...

y, tomó su dirección;

ella, vino hacia mí, y, me tendió su mano con emoción;

nos detuvimos un momento en los cumplidos del saludo, y, continuamos luego en ascender por el malecón de la Tournelle y el de los grandes Agustinos, hacia el Instituto;

callábamos;

¿no teníamos nada qué decirnos?

los libros amontonados a lo largo de los parapetos, no atraían ya nuestras miradas;

los viejos grabados, parecían sonreírnos, con sus sonrisas ajadas de otros tiempos...

y, ¿el Sol? ¿había sol?...

yo, no lo recuerdo, como no recuerdo el

curso del río, ni los puentes que íbamos dejando atrás...

sólo la recuerdo a ella;

su silueta, se dibujaba fantástica sobre el pavimento;

me pareció que había enflaquecido;

sus formas, habían perdido en opulencia, pero, habían ganado en gracia;

un suave olor de musgo florido se escapaba de ella;

hablábamos de cosas triviales, como para enterrar bajo ellas las graves cosas que yacían en el fondo de nuestras almas:

—He venido—me dijo, al fin, como para explicar su presencia allí—, para vender los últimos libros de la Biblioteca de papá; hace una semana que me ocupo de esta dolorosa tarea; ha sido como si vendiese por pedazos mi propia alma; durante estos días, he deseado mucho verlo a usted; sus consejos me habrían sido preciosos; usted sabe tanto de eso; conoce tanto los autores y, los libros;... y, yo, no sé nada;

un acento de vencimiento y de desastre, acompañaba a esas palabras:

—¿Por qué no me ha llamado usted?—

la dije, sin poder ocultar un dejo de reproche :

—Temí serle importuna ; Monsieur Molard, me ha ayudado mucho ; su auxilio ha sido muy valioso, para justipreciar las obras de Ciencias médicas ; las otras... las he dado al precio que me han ofrecido...

un rencor sordo invadió mi corazón, pensando que Jacques Molard, le había sido más útil que yo ;... y, un celo réprobo y bestial, el celo de pensar que él, había estado a su lado largas horas, ayudándole a catalogar y a poner precio a los libros, que los había recibido cálidos aún del contacto de sus manos, que para arreglarlos se había acercado a ella, y, había recibido de cerca su aliento, tal vez rozado sus senos y sus brazos, me asaltó y, me hizo enmudecer...

ella, continuaba en hablar, pausada y gravemente :

—Ese librero que usted ha visto se llevará mañana los últimos, entre los cuales hay aún algunos de Química y Ciencias afines, si usted quisiera verlos antes... para imponer al librero un precio racional.

—¿Cuándo?

—A más tardar, mañana, porque me urge que se los lleven cuanto antes, porque al fin del trimestre, que ya va a vencerse, dejo el apartamento...

—¿Va usted a cambiar?

—Sí, por otro más pequeño, y de menos precio... para mí sola;...

había una desolación insondable en esas palabras, como si el grito de todas las soledades, saliera por aquellos labios; y añadió:

—Venderé también algunos muebles;

y, calló... como si un nudo le estrangulara la garganta;

enrojeció, como si aquella confesión de miseria, hubiese escapado de su boca sin quererlo...

yo, callé también, avergonzado de mi riqueza inútil, que no podía aliviar aquel dolor...

¿por qué no podía yo, ofrecer dinero a esa mujer?...

porque era una mujer...

le prometí ir al día siguiente;

y, nos separamos en la esquina de la *rue Bonaparte;*

ella, tomó por esa calle hacia la *rue de*

Rennes, y, yo continué por el malecón hacia el *Pont des Arts;*

las estatuas que tras de las rejas de hierro, ostentaban sus blancuras inermes, en los patios sin verduras de la Escuela de Bellas Artes, parecían preguntarme por aquella rival de sus formas, de la cual acababa de separarme, por aquella Belleza Insuperable, de la cual, ellas sentían Envidia.

París...

Un enfermo de mucha gravedad, al cual no podía abandonar, me impidió ir hoy en la mañana, a la casa de Susana Berteuil;

he ido esta tarde;

cuando llegué a la puerta de la casa, vi el carrito del último librero, que llevaba los últimos libros; los lomos dorados, brillaban al sol con una luz muy triste, como si diesen un último adiós, a la casa del Sabio, que los había amado tan apasionadamente; algunos a la rústica, se desencuadernaban al ser arrojados en el carro, como si quisiesen morir más bien que partir, otros rodaron al suelo, dispersán-

dose, como esclavos rebeldes a ser vendidos por su amo;

tuve piedad por esos libros, piedad por la tragedia íntima que representaban y de la cual, ellos eran actores mudos;

cuando subí, comprendí que había llegado tarde.

Susana Berteuil, de pie en la estancia vacía donde los armarios abiertos parecían bocas de tumbas de las cuales hubiesen extraído los cadáveres, semejaba ella misma, la estatua de una diosa, entre las ruinas de un templo saqueado por los bárbaros.

—Con ellos — me decía, mostrándome los últimos volúmenes, que un librero llevaba bajo el brazo—, me parece que sale de aquí el alma de mi Padre, y, que me abandona para siempre; él, amaba tanto esos libros...

y, siguió con una mirada indescriptible la sombra del librero desaparecido...

sus ojos estaban enrojecidos de haber llorado tanto...

pero, tenía el pudor de sus lágrimas; y, no lloró en presencia mía;

nuestra mudez era penosa, como hecha de gritos estrangulados;

felizmente Jacques Molard, que llegó en aquel momento, vino a sacarnos de ese mutismo, en que yo, no sabía qué decirle, ni tenía palabras para consolarla.

Molard, avanzó hasta nosotros, con su mirada torpe de miope, dando tumbos por entre algunos manuscritos regados por el suelo;

saludó a Susana, y me estrechó la mano sin rencor

—Buen día, Maestro.

—Buen día, señor Molard;

y, me habló inmediatamente de los detalles y percances de la venta; la sordidez de los libreros, los ejemplares muy preciosos, que habían sido sacrificados; los precios irrisorios, en que se habían dado obras valiosísimas.

—Pero, ¿qué quiere usted? — me decía—; con esa urgencia, no era posible hacer nada; para vender bien esos libros, habría sido preciso hablar con los grandes libreros de los Pasajes de la ribera derecha o de los grandes bulevares, como Lemerre, o Calman, o Stock, pero, con esa premura, ha habido que entregarse a los libreros de viejo, a los judíos de los malecones, y, dejarse robar por ellos...

y, se extendía en lamentaciones inútiles, sobre el sacrificio de los libros...

—Es verdad—murmuré yo, ensimismado y, entristecido ante aquel caudal de cosas duras y lastimosas que pugnaban por ocultarse;

ella, no hablaba, temerosa de llorar;

nosotros, respetábamos su silencio; ese silencio que nos envolvía a todos, como una cosa fatídica y mortal...

la atmósfera parecía llena de fuerzas hostiles y lamentables, que nos amenazaban...

yo, sentí que sufría mucho ante esa actitud de dolor que no podía consolar;

tuve el valor de dejarlos solos y, me retiré...

empezaba a conmoverme...

y, un hombre conmovido, es un hombre vencido;

las derrotas voluntarias, son las únicas derrotas definitivas;

el más miserable de los vencidos, es aquel que no ha sabido vencer su corazón.

París...

Hoy, Susana Berteuil, me ha llamado

por un *petit bleu*, que contenía pocas palabras;

por primera vez, he visto los rasgos de su caligrafía, claros, largos, elegantes, una caligrafía varonil, reveladora de una Voluntad, que diría un grafólogo;

cuando llegué, estaba en su pequeño salón, ya un poco en desorden, con indicios de próxima partida;

casi todos los cuadros, habían desaparecido de los muros, los bustos en mármol, los esbozos y, los vaciados en yeso, entre los cuales había una maravillosa cabeza de Paul Berteuil, habían sido embalados, y, la ausencia de aquellas cosas de Arte, hacía en el salón una soledad, semejante a la ausencia real de seres vivos;

ella, estaba en ese momento, vuelta de espaldas a la puerta, apoyada la faz, en los cristales del balcón, mirando hacia la calle;

su silueta negra, se destacaba con una admirable pureza de relieve, en el horizonte de luz que la circuía; aquel negro profundo, sobre aquel oro de sol, le daba un aspecto tumular: una *Isis* de basalto, sobre un túmulo egipcio;

a la voz de la criada, que me anuncia-

ba, y, al ruido de mis pasos, volvió la cara;

la visión de sus pupilas, ardientemente profundas, de su boca orgullosa, llena de silencios dominadores, de su cabellera, que se diría salvaje, tanto así era de indómita y tumultuosa, de la curva imperiosa de sus senos vírgenes, perfectos, como dos urnas votivas, ocultas bajo las gasas, me la reveló en un gesto de hermosura que yo no le había visto antes, cual si avanzase desnuda en las tinieblas, sobre las ruinas del carro del Sol, en un pedestal hecho de brasas medio extintas...

las flores de la alfombra se hacían vivas a su paso;

un resplandor de ciega Voluntad, de designio heroico la iluminaba, como un ser que ha tomado una resolución inquebrantable y, marcha directamente a ella;

me dió la mano con fuerza, sin el temblor de sus días de tristeza;

parecía que toda angustia hubiese muerto ya en ella, y, las alas de la Tragedia, alejándose de sobre su cabeza, la hubiesen dejado en descubierto, bajo un limbo de batallas con la Vida, como una *Victoria*, más bella que la de Samotrasea.

no «vestida de viento», sino vencedora de huracanes;

se sentó en el sofá, y, yo en el sillón cercano;

los minutos corrieron dulces, como filtra el agua de un manantial, antes de que me dirigiera la palabra;

esperaba tal vez, que yo le preguntara, por qué me había mandado llamar;

en el marfil pulido de su rostro, su mirada se hacía brumosa y lejana, se diría que su pensamiento buscaba las palabras con que poder revelarse mejor;

el profundo silencio, parecía inmovilizarnos y, hacernos soñadores a los dos;

al fin, me habló;

su voz, aspiraba a ser confidencial, pero no lograba ser tierna; hablaba su cerebro ,y, callaba su corazón; por eso no temblaba, como yo la había oído temblar, en sus momentos de pena;

quería tomarme por confidente y consejero, en un asunto, tal vez el más trascendental para su porvenir.

Jacques Molard, le había pedido su mano, con la promesa de casarse inmediatamente, antes de que ella tuviese que abandonar ese apartamento, donde había vi-

vido tantos años con su padre, y, donde la sombra del gran Sabio, quedaría como abandonada, cuando ella hubiese partido;

la propuesta había sido tan inesperada, para ella, que no había sabido qué responder, y había pedido una tregua, pensando consultarlo conmigo, única persona que, muerto su padre, podría aconsejarla bien en este asunto;

quedé desconcertado;

¿qué decirla?

aquella petición del consejo que hubiera pedido a su padre, me vejaba; primero, porque venía a recordarme mi edad, y, segundo, porque acusaba una ignorancia completa de los sentimientos que ella me inspiraba...

¿no había comprendido, pues, que yo, si no la amaba con un amor romántico y espiritual, como Jacques Molard, la deseaba, con un deseo tan violento, que equivalía a todos los amores?

en su corazón, no era yo un rival de Jacques Molard, porque un rival no se consulta en esos casos, yo, no era sino el amigo sabio y de edad, cuya experiencia, se consulta y puede ser preciosa;

me sentí humillado, pero, al mismo tiempo, la idea de que casándose ella, yo, eliminaba de mi vida un gran peligro, que ya empezaba a inquietarme, me dió un gran placer, y, pensé: casada esta mujer, la podré tener yo, más fácilmente, y, sin esas responsabilidades que crían deberes; todo deber es odioso, porque es una esclavitud; si yo he de poseerla, ¿qué me importa que Jacques Molard, la haya poseído antes?; la desfloración, es un placer de carreteros y, una vanidad de estudiantes; yo estoy por encima de ese orgullo de boyeros;

mientras yo pensaba así, ella, esperaba en silencio mi respuesta;

se la di sin preámbulos;

mi opinión era, que en su situación, tan triste, así, sola, recién huérfana, sin un apoyo en la vida, siendo tan joven y tan bella, en una ciudad rodeada de peligros, debía aceptar la mano de Jacques Molard, joven, bello, honrado, que si no era rico, tenía al menos, una posición, una carrera, y, un porvenir;

mientras yo hablaba, ella, me oía, sin decir palabra, como si se esforzase en imponer silencio a sus pensamientos;

el esfuerzo de su voluntad, era poderoso y visible, para analizar sus propias sensaciones y, las que se revelaban en mi rostro ;

después, bajó los ojos, y, quedó soñadora, ensimismada, como perdida en las obscuridades de un misterio ;

a veces sus párpados y sus labios se estremecían, como por una contracción dolorosa de los músculos ;

sus nervios irritados comunicaban un flébil y cuasi imperceptible temblor a sus manos ;

viéndola así, inmóvil en el sofá, de cuyo fondo rojo, emergían su silueta negra y, la blancura de sus brazos desnudos hasta los codos, sintiendo tan cerca, el calor de su cuerpo, cuyas piernas casi me tocaban, me asaltó un deseo brutal de abrazarla, de besarla, de pedirle que fuera mía, antes de entregarse a ese ser honrado y, mediocre que no podrá darle sino los placeres adocenados y vulgares del matrimonio, en los cuales se ajaría su belleza radiosa, sin un solo rayo de apoteosis ;

con una voz velada, en la cual parecían morir muchas cosas, lentamente, calmadamente, como un ser que busca su vía a

través de las incertidumbres, ahorrándolas por inútiles, sin rencor, sin emociones, como alguien que sabe bien lo que quiere y, lo que debe, y, al cual, nada podrá apartar de su inexorable designio, me dijo que agradecía mucho mi consejo y, encontraba muy sabias mis razones, y, que reflexionaría, antes de dar una respuesta definitiva, porque comprendía bien que todo el destino de su vida, estaba en juego en esa resolución;

mientras así me hablaba, palidecía intensamente, y yo, veía como las venas se hinchaban en el nacimiento de su garganta, y, pensé en la herencia cardíaca, que pugnaba por aparecer en las grandes crisis de su vida;

continuaba en hablar, pero, no entró en intimidad ninguna, sobre las cosas de su vida, ni de su corazón;

no me dió a entender si amaba o no a Jacques Molard, ni si amaría la ventura tranquila y silenciosa, que aquellos ojos bovinos y apacibles, parecían prometerle en sus miradas;

quise violar ese silencio para arrancar un átomo de verdad a ese corazón rebelde a revelarse, y dije:

—Si usted ama a Jacques Molard, usted será feliz; si usted no lo ama, tal vez llegará a amarlo, y, su ventura será más sólida entonces;

calló, como devorada por una sed de silencios.

—Ahora... si usted ama a otro...—añadí, como para violar con esta audacia su secreto.

—¿El Amor, es, pues, tan necesario al matrimonio?—me dijo, sonriendo—. Yo, creía que la virtud, necesaria a él, era, la Resignación;

y, rió, con una risa clara y, sonora, que no le había oído jamás;

yo, no la había visto hasta entonces, sino sonreír, y, verla reír así, me hizo mucho mal;

esa risa me ofendió, como un bofetón, dado a todas mis vanidades:

—Y, ¿no tiene usted resignación para el matrimonio?

—La Resignación, es una virtud de vencidos y de esclavos;

una Susana escéptica, y desencantada, llena de un orgullo feral, que yo había presentido, pero no había aún visto, se reveló a mí, en aquel momento, ante

aquella mirada hecha casi dura y burlona, el sarcasmo de aquella sonrisa sin tristezas y sin ternuras, y, ese aire de resolución audaz, incapaz de retroceder ante ningún peligro;

de su duelo, parecía no conservar sino sus vestiduras, que realzaban su belleza agresiva, y sonriente, llena de ocultos designios;

un perfume fresco y enervante de heliotropos, se escapaba de su traje de casa, amplio y flotante, y, se unía al de las rosas, y los geranios que ostentaban sobre la chimenea su encanto languideciente de flores precarias y olvidadas...

el tic-tac, del viejo reloj, se oía en el silencio con una monotonía exasperante;

todo eso me excitaba violentamente;

deseoso de sacudir el sortilegio acariciador e incitante que la gracia de aquel cuerpo me hacía sentir, me puse en pie, para despedirme;

me extendió su mano, sin ensayar detenerme.

—Gracias, gracias—me dijo por dos veces, como si yo le hubiese hecho realmente un servicio;

y, cuando la dejé, una inquietud, casi una angustia torturadora, me poseyó;

me parecía que había apuñaleado mi destino, con los consejos que había dado...

que había destruído mi propia ventura, creyendo salvarla...

y, la visión de los ojos de Susana Berteuil, de aquellos ojos en cuya agua profunda flotaba la sombra de un rostro, me perseguía;

¿qué rostro era aquél?

¿el rostro de Jacques Molard?

París...

Quince días sin ver á Susana Berteuil...

y, podría decir que sin verme a mí mismo, que me parece estar ausente y haber quedado allá, lejos, prisionero de aquellos ojos;

he perdido toda noción del tiempo, toda idea de mesuración cronológica, ¿verdaderamente hace quince días?

pero... ¿qué es un día en la incertidumbre? un siglo... muchos siglos;... hay quien ha envejecido en un día;... un mun-

do puede derrumbarse en el corazón de un minuto;...

una hora de angustia escapa a toda medida;... ¿dónde principia? ¿cuándo acaba?...

¡oh! cómo el corazón es un abismo y, llama todos los abismos;

mi fantasía, galopa a campo traviesa por los senderos de todas las suposiciones, aun de las más absurdas...

¿se habrán casado ya?

imposible, en tan poco tiempo...

sin duda, los dos hacen los preparativos para el matrimonio, y son felices...

¿por qué la idea de esa felicidad, me hace a mí, tan cruelmente desgraciado?

me parece que ellos me la han robado;

otras veces pienso;... ¿habrá muerto Susana Berteuil?

una emoción cualquiera puede matarla;

y, esa idea me consuela un poco...

así, será de la tumba y, no será de Jacques Molard;

pensando en eso, leo, la lista de defunciones en los diarios, único lugar en que podría hallar la noticia de su muerte, porque en la sección necrológica. no estará,

¿a quién puede interesar la muerte de esta pobre jóven ocurrida en un segundo piso de la rue de Rennes?

leo también, esa otra lista de defunciones que son: *les Mariages*, con el temor de ver en ella los nombres de Susana Berteuil y Jacques Molard;

leo en todos los diarios los ecos de Sociedad, las noticias de las conferencias y la lista de los asistentes a ellas...

frecuento ciertos sitios del *Quartier* como el Luxemburgo y, el salón de Conferencias de la Sorbona, donde antes solía ir Susana Berteuil;

dos o tres veces he visto a Molard, y, ha vuelto violentamente la cara, para no saludarme...

orgullo de Vencedor...

y, ¿no sabe él, que me debe su Victoria?

su ventura se la he dado yo;

a costa de la mía.

París...

Esta mañana he recibido un *bleu* de Susana Berteuil;

he temblado al abrirlo, como si ese pe-

queño papel contuviese todo mi destino...

se apoderó de mí una excitación tan fuerte, como si estuviese ebrio...

el billete, era simple y contenía pocas líneas, suplicándome ir cerca de ella, porque estaba enferma;

las horas me parecieron siglos;

mientras dictaba mi clase, me parecía que el reloj de la Sala, se había detenido, y, miraba el mío...

cuando llegué a la casa, subí precipitado la escalera, como si en vez de ir a una visita de enfermo, fuese a una cita de Amor...

me recibió sonriente con una sonrisa de laxitud, y, una gran fatiga más moral que material, en los ojos y, en la voz...

lo que tenía, no era grave, pero podía serlo, porque *su mal*, el mal de su raza, agravaba en ella, todas las enfermedades;

en una lesión así, puede decirse, que se ve el desarrollo de la Muerte, paralelo al de la Vida, en un organismo en que cada minuto es una batalla entre las dos fuerzas antagónicas;

la farmacopea tiene poco que hacer en estos casos, en los cuales, la Higiene es el

elemento principal de alivio si no de curación;

y, hablamos de eso;

volví a recomendarle, la necesidad de los grandes paseos al aire libre, ojalá fuera de la ciudad, hacia Neully, Versalles, Fontainebleau...

sonrió tristemente...

—No tengo el hábito de salir sola—me dijo—. Si madame Vebert, no estuviese enferma;... pero, el reumatismo la tiene en cama, y mademoiselle Catalina, apenas tiene tiempo para atenderla...

me ofrecí para acompañarla, y, le ofrecí mi coche...

no rehusó...

ni orgullo, ni humildad, había en esa aceptación, llena de una tranquila confianza...

era suave la hora, meditativa bajo un cielo límpido donde la primavera lucía sus últimas pompas, que el verano próximo, empezaba a ornar con decoraciones veronesas;

un hálito peligroso de intimidad y de melancolía, nos rodeaba, envolviéndonos en efluvios cálidos y confidenciales, acariciadores como un ardiente deseo...

tuve miedo a aquella soledad, que me enardecía, incitándome a las más ardientes caricias...

y, me despedí, huyendo de aquel lugar de recogimiento sentimental, saturado de deseos.

París...

Hoy, he acudido a la hora fija para buscarla;

nos reunimos en el *Boulevard Saint-Germain*, no lejos del lugar de la catástrofe, hacia el cual, no quiso mirar;...

desde que la vi venir, me pareció que otra Susana, se presentaba ante mis ojos;

guardando su luto, éste, era, sin embargo, menos severo;

había suprimido todo velo, y, un pequeño sombrero de tules la tocaba, enmarcando admirablemente, el oro y el marfil de su cabeza;

el corte de sus vestidos aun más exquisito, la falda diseñaba las formas impecables, las curvas de las caderas y la forma arrogante de las piernas al marchar;

andaba alerta, a pasos ligeros y menu-

dos, como si hubiese perdido ya el hábito de guiar lentamente al viejo sabio...

un gran ramo de violetas adornaba su corpiño y perfumaba el ambiente;

me extendió la mano y montó al coche, apoyándose en la mía...

su belleza y su distinción, llamaban la atención de los transeuntes;

no diré que su *toilette* fuera impecable, y que la calidad de las telas y ciertos detalles de confección, no acusaran su origen de *quartier latin*, pero, ella suplía esos defectos, ocultándolos y dominándolos con su suprema elegancia personal;

tal vez ella lo comprendía así, porque al llegar a la *Chambre des Députés*, dije al cochero:

—*Avenida de los Campos Elíseos...*

—No—dijo ella, sobresaltada—. Por ahí hay mucha gente elegante;

y, hechó una mirada triste sobre su *toilette*, que, sin duda, encontraba muy pobre;

como no atravesamos el puente, seguimos toda la ribera izquierda a lo largo de los malecones;

ella no conocía esos barrios burocráti-

cos y militares, desprovistos de toda belleza real;

los jardines de la *Presidencia de la Cámara*, dormidos en el silencio de sus frondas damasquinadas de lilas, recién regadas, temblando bajo el rocío, como frágiles topacios, la sedujeron por su encanto calmado, oriental y mudo;

el *Palacio de la Legión de Honor*, lo halló bajo y diminuto como una *loge* de porteros.

—Parece una caballeriza de mármol— me dijo;

y, le hallé razón;

el *Palacio de los Inválidos*, en la intemperie de la explanada y de los jardines escuetos, no le llamó la atención, y no quiso acercarse aunque le pregunté, si quería ver la tumba del Corso, célebre por la insolencia de sus mármoles; la sombra de Napoleón, no la fanatizaba; era demasiado libre, para sentir el miserable entusiasmo de la espada;

el *Puente de Alejandro III*, que dejamos a la derecha, la sorprendió por su grandiosidad, y, tal vez deploró como yo, que tal prodigio de Arte, sirviera para inmortalizar el nombre de un bárbaro, sin

otra grandeza, que el pedestal de crímenes, sobre los cuales apoyó su Omnipotencia;

el *Gran Palacio*, y, el *Pequeño Palacio*, vistos a distancia, más allá del río, en los jardines de la antigua Exposición, la sedujeron, por la gracia ática de su construcción, que en la bruma de la hora, los hacía aparecer como dos medallones de ámbar caídos sobre el césped.

—Ya iremos un día allá—le dije—. Hay grandes cosas de Arte, que admirar;

calló y, sus ojos hechos tristes, miraron de nuevo su *toilette*...

el barrio de la *Escuela Militar*, quedó a la izquierda, con sus amplias casernas y, la multitud de sus oficiales y, soldados, luciendo al sol, la policromía de sus galones;

llegados a los jardines de la *Tour Eiffel*, se declaró encantada, ante ese oasis quimérico y florecido, que las brumas del río envuelven en cendales y, una calma de beatitud circunda como una atmósfera diáfana, sobre los prados minúsculos de verduras aterciopeladas;

bajamos del coche, y, le di el brazo, para conducirla por el paraje delicioso;

se apoyó en mí; con una gracia real, avanzando lentamente por los senderos perfumados, como una visión trianonesca, pero reina de un Trianón en duelo;

se detenía extasiada ante los *parterre* artísticos, llenos de plantas raras, y ante los grupos de niños, que jugaban en la arena, añadiendo un encanto de flores vivas a aquella decoración;

la invité a subir a la Torre;

tuvo un ímpetu de miedo ante la mole acerada y enorme, y retrocedió, como para verla mejor;

después, con esa resolución serena y reflexiva, que ya le he visto varias veces, entró resuelta en el ascensor;

desde que la máquina empezó a subir, vi, que ella palidecía, y, respiraba penosamente, a medida que ascendíamos;

entonces, pensé, ya tarde, que había hecho mal, en invitarla a esa ascensión, que podría serle fatal, dada su lesión orgánica;

felizmente, llegamos sin contratiempo al piso tercero;

el espectáculo de París y de sus alrededores visto desde aquella altura, era algo

maravilloso y, fabuloso, que invitaba a la contemplación;

se acercó al barandaje y, quedó absorta y soñadora; como aspirando el alma y, el perfume de todas las cosas, tan dulces y tan bellas, que subían hasta ella, en una gama de lenta adoración;

a esas alturas, el aire se sentía ligero y vaporoso, llenando los espacios de la Torre, con la suave vibración de un insecto prisionero en un vaso de cristal;

los llanos y, las colinas remotas, se hundían en una bruma como metálica, ornada de vetas de oro, que se aclaraba y se azulaba en ondulaciones ligeras, ocultando y descubriendo los parajes, con la instabilidad de un horizonte marino;

un vapor rosa y dorado, envolvía la mole gigantesca de la Torre, que parecía alzada entre el cielo y los jardines como una cosa irreal y fantástica, flotando sobre un océano dormido;

el río, era como una cinta de claridades difuntas, corriendo cerca a tantas cosas, confusas y deslumbradas, como por un espacio sin riberas, lleno del rumor difuso y, la vasta ceguedad, de los seres

que van fatalmente impulsados de la Vida, hacia la Muerte;

al frente, más allá del río, el *Trocadero*, alzaba las belleza equívoca de sus construcciones orientales y, sus jardines en declive poblados de monstruos de metal;

las águilas y, las estatuas alegóricas del puente se esfumaban en la sombra creciente, como si emprendiesen un vuelo y, una marcha heroicos, hacia remotas victorias;

la mole del *Sacré-Cœur*, se borraba en las perspectivas, sobre las alturas de Montmartre, como un enorme navío, encallado sobre un islote de techos;

no se distinguía ya dónde la tierra, principiaba a fundirse con el cielo, cuando hube de arrancarla a su contemplación, porque la noche llegaba y, el aire a esas alturas se hacía inclemente y, peligroso, para ella;

conmovida por la belleza del espectáculo, me volvió a mirar, con unos ojos tan tiernos, que yo no le conocía y, en los cuales parecían fundirse todos los vapores azulosos del cielo y, las vibraciones luminosas del aire.

—¡Cómo es bello todo esto!—dijo, y su

voz armoniosa sonó en la calma solitaria, con una armonía irreal, escapada al corazón inerte del Misterio;

cuando llegamos abajo, los jardines empezaban a despoblarse...

la sombra y el silencio hacían desmesurados los paisajes;

su mano temblaba, cuando se apoyó en mi brazo, no huyó del contacto del mío, y, parecía como saturada de los efluvios ardientes de la noche;

ya en el coche, se sentó, como con una especie de abandono, los cartílagos de su nariz se agitaban como ávidos de respirar el aire, todo el perfil de su rostro era conmovido y sensual, humedecía con la lengua sus labios resecos, y, sus ojos tenebrosos eran llenos de desfallecimientos;

en las dos orillas del río, los focos de luz se alumbraban, llenando el agua de resplandores blondos y como felices de romper la virginidad silenciosa de las olas...

al otro lado la iluminación de los *Campos Elíseos*, se hacía feérica; parecía un bosque tropical, alumbrado por el vuelo de los cocuyos;

la *Plaza de la Concordia*, se alcanzaba

a ver allá lejos, como una bahía de claridades;

en cambio, los malecones por donde íbamos nosotros, eran obscuros, solitarios, pletóricos de misterio...

escasos transeuntes circulaban por las aceras...

todo invitaba a las intimidades, a las confidencias, a los diálogos de amor;

ambos callábamos, como atentos al vuelo de nuestros propios pensamientos;

el calor de nuestros alientos en el coche cerrado, parecía confundirse en una sola onda vital;

el movimiento del carruaje había desarreglado su cabellera tumultuosa, y, al alzar el brazo, para sujetarla con las peinetas, me rozó el rostro con él; mis labios desfloraron suavemente la piel;

pareció no apercibirse:

—Perdón—me dijo viendo que me había tocado;

y, volvió a quedar en inmovilidad;

bien pronto, la sombra y la calma de los lugares, nos hicieron comprender que estábamos ya en el *Quartier;*

entonces, tomé su mano entre las dos manos mías;

no la retiró...

a través del guante, el calor de su piel satinada me turbaba;

cuando sentimos que el coche se detenía, yo, le dije mirándola en los ojos:

—¿Mañana?

—Sí, mañana...

y, su voz temblaba, como su mano, cuando se apoyó en la mía, para descender del carruaje.

—*Merci, merci*—me dijo;

y, se alejó;

su elegante silueta, se reflejaba con las luces de las tiendas, sobre el *trottoir*, como si ella también fuese una luminosidad, y, se borró como en un sendero de espumas;

y, la miré perderse en las negruras de la calle, como una estrella filante en las negruras del cielo.

Paris...

Hoy hemos prolongado algo más nuestro paseo;

llegados demasiado temprano al límite del de ayer, no nos detuvimos en la Torre Eiffel, ni nos apeamos del coche; atrave-

samos el puente, y contorneando los jardines del Trocadero, atravesamos, la Avenida y la Plaza del mismo nombre, y, entramos en la suntuosa *Avenida de Henry Martin;*

la calma umbría, la elegancia señorial de aquel como río de verduras, a cuyos lados los enormes palacios blancos, semejan moradas de reyes, la impresionaron hondamente:

—¿Esta es la Avenida del Bosque?—me preguntó

—No; ésta es la Avenida Henry Martin; la del Bosque está muy lejos;

enrojeció de su ignorancia, y, calló, absorbida y como hipnotizada, por la calma claustral, y, el encanto de austera suntuosidad de la Avenida, que era como un canal, dormido bajo los estandartes verdes de los árboles, y, las blancas banderolas de las nubes desplegadas hacia los escarlatas del poniente;

el *square Lamartine*, diminuto, wateaunesco y pintoresco a la vez, cuasi perdido entre las umbrías de las dos avenidas que lo limitan, atrajo su atención, y, cuando supo de quién era aquella estatua que apenas se veía, me indicó el deseo de

ver de cerca, la imagen del viejo poeta, que era el poeta de su predilección;

y, nos apeamos;

el minúsculo jardín, que es como un relicario de ternezas románticas, labrado por la sentimentalidad municipal, en ese rincón apacible y solitario de París, estaba en ese momento desierto, tranquilamente envuelto en el azul de los cielos y, el verde abermellonado de los *parterre* circunvecinos, que parecían como de oro viejo, con incrustaciones de rubíes;

ella, se acercó reverente a la estatua del Poeta, que se levanta entre sus dos lebreles, casi a la altura de la mano, y, la contempló largo rato, en un gesto de férvida y noble admiración;

después, desprendió el ramo de violetas que tenía en el pecho, y, lo colocó piadosamente al pie del monumento, como una ofrenda;

cuando volvió a mirarme, en sus ojos flotaba un vapor de lágrimas, que parecía levantado de la humedad vegetal, que nos rodeaba;

tuve envidia del viejo poeta, que hacía llorar aquellos ojos;

ella sonrió, como avergonzada de la in-

genuidad candorosa de su romanticismo, y, apoyándose en el brazo que yo la ofrecía, continuamos el paseo a pie, por la acera de la Avenida, bajo las arboledas magníficas, cuyo follaje espeso, ocultaba los rayos del sol, y, hacía un tapiz verde-azul, sobre el asfalto bruñido;...

hablábamos de los poetas, y de la Poesía;

y, su voz era, como la música suave de un surtidor en la noche, corriendo por sobre un prado de adelfas;

el coche nos seguía;

llegados a la *Porte de la Muette*, lo tomamos de nuevo, y, entramos en el Bosque;

había una gran quietud en la Naturaleza, que parecía herida de sopor;

los cielos eran letárgicos, en una inmovilidad pesada de nubes;

un aire caliginoso de borrasca, saturaba la atmósfera de acres vapores, que excitaban terriblemente los nervios;

la tarde era como un anonadamiento de los seres y de las cosas;

el Bosque parecía dormido bajo la caricia de sus propios rumores, hipnotizado por los cielos lejanos, que ellos mismos

parecían heridos de un estupor de sonambulismo;

las hojas de los árboles se movían desfloradas por un aliento tibio, que se deslizaba a lo largo de las ramas como persiguiendo los últimos rayos del sol oblicuo, que se inclinaban hacia la tierra como falenos rendidos;

hicimos detener el coche frente al estanque de los cisnes, que a esa hora, era, como una copa de añil, en la cual flotaran jazmines de Malabar;

los palmípedos, unos dormían, ebrios de silencios, otros surcaban las ondas, con balanceos de andróginos; otros, extendían sólo una ala, como para cubrir con ella, una hembra invisible, que se ocultara bajo las olas; otros arreglaban con el pico sus plumones mórbidos, con una coquetería orgullosa de príncipes; todos bellos y estúpidos, en su aire sacerdotal y litúrgico;

la melancolía de esa hora pálida y ardiente parecía refugiarse toda, en las pupilas coruscantes de esas aves, en las cuales los rayos del sol parecían fundirse como en negros crisoles insondables.

Susana, encantada, les arrojó migas de

pan, comprado a una vendedora cercana, y, gozaba de ver las aves emblemáticas, acudir a su llamada, graves y suntuosas con ligeros estremecimientos en las alas y en el cuello, asistiendo orgullosas al banquete que les ofrecían aquellas manos diáfanas que debían brillar ante ellas, como ofrendas de luz en la miseria de la tarde;

bien pronto fué de noche, y regresamos en ese como cántico de penumbras, donde todas las cosas tenían palpitaciones tibias de alas;

el coche tomó por la *Avenida Víctor Hugo*, hacia la *Plaza de Eylau*, donde apenas, pudo contemplar pasando el admirable monumento del Poeta de las *Contemplaciones*, que no le entusiasmó tanto, como la estatua del cantor de *Elvira;*

entramos por la *Avenida Malakoff*, buscando la *Plaza* y la *Avenida del Trocadero*, en cuya zona de calma, vecina al río, nos encontramos bien pronto.

Susana callaba, como envuelta en una atmósfera de Olvido y de Silencio, cual si hubiese dejado de sufrir, diluída en la calma de esa hora anestésica, propicia a todas las confidencias;

sus párpados se entrecerraban, estremecidos, como para aprisionar la visión del cielo, que temblaba en sus pupilas, y, sus labios se agitaban levemente, como en el presentimiento de una oblación de besos por venir...

viéndola así tan bella, ensimismada en la noche fulgente, inmóvil a mi lado, como abandonada a mis caricias, no pude contenerme, y extendí una de mis manos hasta tropezar con una de las suyas; no la retiró; cuando se la estreché suavemente, sus dedos enguantados se cerraron en una presión feliz sobre la mía.

—¿En qué piensa usted?—le dije inclinándome hacia ella, como para aspirar el perfume que se escapaba de su cuello desnudo.

—En la Vida—me respondió.

—Sí, la Vida es bella, sabiéndose vivir...

—Pudiéndose vivir—me objetó.

—El momento más bello de la Vida, es el del Amor; y usted lo va a vivir...

—¿Yo?—me dijo sorprendida, clavando en mí sus ojos, burlones y graves a la par.

—Sí, usted al casarse con Jacques Molard;

una risa cristalina, bulliciosa, alegre, como un volar de pájaros, llenó el espacio cerrado del carruaje.

—¡Ah! entonces, no podré vivir ese minuto más bello de la Vida, a pesar de haberme usted dado permiso para ello;

y, continuaba en sonreír sarcástica y alegre...

—¿No se casa usted, pues, con Jacques Molard?

—No...

—¿Lo ha licenciado usted?

—Con licencia absoluta;... no obstante el consejo y el interés de usted, en contrario...

—¿Interés? no sea usted cruel...

—El Amor sin matrimonio, puede ser una falta, pero, el matrimonio, sin amor, es un crimen; y, yo, no me he sentido capaz de cometer este crimen—me dijo, hecha de nuevo seria y taciturna;

hacía ya tiempo que habíamos pasado el río, por el *Puente de Almá*, y, nos acercábamos ya al lugar de separarnos.

—Entonces, ¿mañana a la misma hora, para comer en el Bosque?

—No; mañana, no.

—¿Está usted fatigada?

—Sí; se vive demasiado en un minuto;

y, retiró su mano de la mía...

—¿A cuándo?

—Yo, le avisaré por un *bleu*...

la dulzura de sus ojos, se había entenebrecido;

nos sentíamos temblar, agitados de la misma sensación, y comprendíamos que el velo que, separaba nuestras almas, era ya tan tenue, como la distancia que separaba nuestros cuerpos;

algo raro flotaba entre nosotros, un encanto misterioso y extraño, que no nos atrevíamos a nombrar por miedo de romperlo;

y, nos despedimos en silencio, tan hondamente emocionados, que temblábamos al decirnos:

—*Au revoir*...

—*Au revoir*...

como si esa palabra hubiese contenido todo nuestro Destino.

Más de una semana tardó Susana Berteuil, en escribir a Froilán Pradilla, aceptando su invitación, para comer en el Restaurant de Armenonville, en el Bosque;

esa semana fué empleada toda, en la confección apresurada del traje con que debía concurrir a un lugar, que ella sabía de la más alta elegancia;

la simplicidad de sus vestidos que hasta entonces la había humillado, en el coche de *Maître* y, cochero con librea, en que Froilán Pradilla, la había llevado por paseos solitarios, debía pasar, y una *toilette*, verdaderamente elegante, *dernier cri*, de la moda, debía suplirla, y, en ello empleó los últimos dineros que le quedaban de la venta de los libros de su padre;

la pequeña modista de la *rue Saint Se-*

verin, fué suplantada por una gran costurera de la *rue 4 de Septiembre;*

el sombrero de a veinte francos, comprado en el *Bon Marché*, fué substituído por el último modelo, de una casa de modas de la *Avenue d'Antin;*

y, así, cuando en la luz tibia y dorada de aquella tarde de Mayo, que tenía el esplendor ardiente de un verano prematuro, llegó al ángulo de la *rue de Bourgogne*, con el *Boulevard Saint-Germain*, donde se habían citado, Froilán Pradilla, hecho a todas las elegancias, no pudo contener un movimiento de sorpresa y de aprobación, al verla;

estaba radiosa de belleza y de elegancia; sin haberlo abandonado por completo, no iba vestida de luto riguroso;

una tela vaporosa azul-violeta, muy obscura, con reflejos moaré, envolvía su cuerpo con sinuosidades y adherencias atrevidas y, delicadas, que lo revelaban como una desnudez; la curva poderosa de sus caderas, se moldeaba armoniosamente modelada por un corsé muy largo, que suprimiendo las líneas del vientre, pronunciaba las morbideces del cuerpo dándoles una perfección y una gracia

adolescentes; un pequeño descote en cuadro, ornado de encajes negros, hacía resaltar el blanco del cuello fuerte y, el pecho desnudo, que un boá de plumas color de acero, cubría a medias; el seno tenía formas estatuarias, bajo las gasas flotantes que le caían en forma de chorrera, un pequeño sombrero de terciopelo obscuro del mismo color del traje, tocaba su cabeza arrogante, donde las melenas de un rubio de llama podían apenas contenerse con los peines que un sabio *coiffeur*, había colocado allí, como una diadema de carey;

llegó presurosa, orgullosa, sintiéndose acariciada por las miradas de todos los transeuntes; tendió a Froilán su mano enguantada, y apoyándose en la de él, subió en el coche, como si ascendiese a un trono;

deseosos de gozar del espectáculo que esa prodigiosa tarde de un fin de primavera, ofrecía a París, cambiaron el itinerario de los días anteriores, deseando ganar cuanto antes la ribera derecha, y, mezclarse al tumulto del París, cosmopolita y elegante, que a esa hora desfila hacia el Bosque;

el carruaje que ese día, había traído Froilán Pradilla, era su *coupé* de lujo, con lacayo y cochero de librea, y, llevado por dos percherones ingleses de un color tordo que por su nerviosa esbeltez llamaban la atención de los conocedores;

el *coupé* iba descubierto, y, sobre el gris claro, ambarino del acolchonado, los tonos obscuros del vestido de Susana Berteuil, resaltaban en una armonía sin violencias; con el movimiento del carruaje, su cabeza oscilaba y fulgía, como una llama;

el coche, atravesó a gran trote, *le Pont des Tuilleries*, y, por la *rue de Rivoli*, buscó la *Place de la Concorde;*

llegados a ésta, el espectáculo magnificente, deslumbró a Susana, que no pudo contener una exclamación de asombro;

como iban muy despacio, por la aglomeración de carruajes, y, estaban como detenidos, frente al *Ministère de la Guerre*, Froilán aprovechó, para evocar como un dulce recuerdo de horas sentimentales, sus paseos solitarios de los días anteriores, y, mostrándole hacia la izquierda, allá lejos, al otro lado del río, los malecones tranquilos casi desiertos y, la amable

quietud abacial de los lugares, le dijo emocionado:

—Por allí íbamos antes... ¿se acuerda usted?... Ese es otro París; un París sincero, calmado y confidente, más amable y más benévolo a las almas sensitivas...

—Sí—dijo ella—. Pero, éste es más bello...

y, diciendo así, sus ojos devoraban el espectáculo, del cual, ella, era una parte. que atraía las miradas de las gentes;

el coche, se incorporó a la línea infinita de grandes equipajes, que de la *rue Royal*, desembocaban en la Plaza dirigiéndose hacia la *Avenue des Champs Elysées;* y, pronto entró en ella, teniendo que moderar el paso, para entrar en fila;

la Avenida parecía infinita, como un río lácteo, con venazones de oro; los coches parecían inmóviles, prisioneros del miraje;

el *Arco de Triunfo*, allá en el fondo vago de la lontananza, era como un relicario de nácar, sostenido por manos invisibles, y al cual las nubes blancas y rosas, hacían una decoración de altar;

a los lados las arboledas espesas semejaban acequias de verdura; un público

abigarrado circulaba por las aceras y se esparcía por los jardines; muchos extranjeros elegantes, y especímenes variados de burguesía parisiense, vulgares y pintorescos; en los bancos, ancianos entristecidos, y sobre los *parterre*, bebés encantadores, jugando bajo la mirada vigilante de las niñeras;

el aire tibio de la tarde, era como una caricia de voluptuosidad bajada de los cielos sobre tantos seres y, tantas cosas, felices de sentirla;

las miradas se volvían insistentes hacia la belleza fascinadora de Susana Berteuil, que, feliz de ellas, las recibía como un homenaje;

algunos amigos, saludaban sonrientes y sorprendidos a Froilán Pradilla, exclamando entre ellos:

—Pero... ¡cómo!... ¿se ha casado?...

las cocotas y artistas que lo conocían, muchas de ellas concurrentes habituales a la *garçonnière*, de la *rue du Bac*, con la discreción habitual a las de su gremio, hacían el gesto de no verlo, pero, devoraban y detallaban con la mirada, aquella extraña belleza que lo acompañaba, y que

no habían visto nunca, en ninguna parte de París;

al llegar al *Rond-Point*, un cortejo fúnebre, atravesaba la Avenida, viniendo de la *Avenue d'Antin;*

algunos coches se detuvieron, para dejarlo pasar; el muerto debía ser algún estudiante rico, que vivía por aquellos barrios, porque muchos alumnos de la Escuela de Medicina lo acompañaban; éstos, saludaron a Froilán Pradilla; entre ellos, iba Jacques Molard, que permaneció con la cabeza cubierta, haciendo el gesto de no verlos; palideció, y, como si su miopía, se hubiese agravado súbitamente, pareció desconcertado y no acertaba a andar; Susana y Froilán se miraron, y sonrieron cruelmente;

evitaron todo comentario;

eran demasiado felices para que la muerte y, el rencor pudieran perturbarlos;

el trayecto hasta la *Place de l'Etoile*, se hacía tan lento, como la agonía de la tarde, que parecía, ella también, herida de laxitud convaleciente;

el *Arco* glorioso, emergía desnudo y

blondo, en la luz, a medida que se acercaban a él.

Susana, no había visto el Arco, sino una vez, llevada por su padre, muy recién llegada a París;

habían ido por el *Metró*, y, habían subido al monumento para contemplar desde allí, el espectáculo de las doce avenidas convergentes, que forman los radios de la Estrella;

pero, ese espectáculo, visto en esa tarde oro y rojo, toda en pompa primaveral, en un coche lujoso, al trote de los grandes caballos, en aquella atmósfera de luz y de elegancias, se le hacía nuevo, radioso y fabuloso, como una visión de ensueño, retratada en el fondo de su corazón;

l'Avenue du Bois, era como una línea marescente, que parecía ondular en el oro verde y, el ocre fosforescente de la tarde;

entraron en ella, como en un gran río de indecible languidez, como en un estuario sobre el cual, se hubiese roto el cielo en átomos luminosos.

Susana apuraba con avidez la belleza agonizante de ese crepúsculo, como si fuese también el crepúsculo de una parte de su vida, como si todo su pasado, se fun-

diese, en el amatista violescente, de esa tarde, llena del prestigio ardoroso de una aurora.

Froilán Pradilla, respetaba esa emoción, feliz de haberla ocasionado, y estrechaba conmovido la mano de Susana, que no se defendía;

no se tocaban sus epidermis, pero a través de la piel de los guantes, y, de las telas de los vestidos, su mutuo calor los invadía y los hacía inquietos y soñadores;

ya en el *Bois* y, en la *Avenue des Acacias;* los coches en fila caminaban tan lentamente, que se sostenían diálogos del uno al otro carruaje, como si se estuviese en un salón;

las altas damas, las grandes artistas, las grandes cocotas, detallaban sus *toilettes*, se observaban, se desnudaban con los ojos, en un duelo encarnizado de elegancias;

ya en la *Cascade*, quisieron salir de aquel turbión que los mareaba, hicieron entrar el coche por las avenidas silenciosas y solitarias, ajenas a todo ruido, donde bajo las arboledas rectilíneas, se paseaban couples sentimentales, musitaban viejos sacerdotes con el Breviario en

la mano y poetas románticos, soñaban dísticos en esa paz de égloga;

hablaban muy poco;

las grandes emociones no son locuaces;

estaban demasiado llenos de sensaciones, para tener la boca llena de palabras;

la sensualidad ardiente, de aquella tarde, que se diría perversa, brillaba en las pupilas de Froilán Pradilla, que estrechaba con fuerza la mano de Susana, y de vez en cuando, se inclinaba a su oído para decirle, una de esas palabras dulces que son como una caricia y, hacen temblar a una mujer, como la caricia de una mano puesta sobre su vientre desnudo;

la virgen respiraba la sensualidad de ese momento, esparcida en torno de ella, como un perfume que la enervaba, la rendía, la hacía incapaz de defenderse, y, sonreía a las palabras amantes que se escapaban de entre aquella barba que la rozaba el rostro, suavemente, perfumada como un musgo;

era ya tarde, cuando llegaron al Restaurant d'Armenonville;

no quisieron comer afuera, en el jardín, por temor al relente de la noche, que era

fresco, y, porque deseaban una atmósfera de mayor intimidad;

adentro, en el salón, todas las mesas estaban ocupadas, pero el maître d'hôtel, que conocía muy bien a Froilán Pradilla, vino hacia él, ceremonioso y, cortesano, y se apresuró a prepararle una mesa *ad hoc*, en uno de los ángulos lejanos del comedor, cerca a una ventana abierta que daba sobre el jardín;

el aspecto de éste, como el de la sala, era deslumbrante, como lo es siempre, en esos días, en que el *tout Paris*, se congrega en esos lugares, para apurar las delicias de la primavera, antes de dispersarse hacia las playas remotas, con la llegada del estío;

mientras los servían, ellos miraban la noche a través de las ventanas, y, se sentían saturados del olor de las magnolias, que en las frondas negras, eran como ánades sonámbulos en las aguas verdosas de un pantano;

de los altos cielos descendía un hálito de calma, que era como un bálsamo apaciguador de sus íntimos dolores, cicatrizador de las recientes heridas, y, ella lo sentía descender a su corazón, como una

mano benéfica y lenitiva, empeñada en adormecerlo;

ella, quería olvidar, quería vivir, reconciliar el pasado con el presente, reconquistar su vida, vivirla en un canon de ventura, según su voluntad;

el vértigo de lujo, de placer y de vicio, que soplaba sobre las almas y, las cosas que la rodeaban, la arrojaba brutalmente a su pasado haciéndola pensar en sus horas languidecientes de abandono y soledad, en cuyo tedio mortal, su belleza se ajaba, se consumía y, se desfloraba en el silencio, como una rosa bajo la lluvia;...

las embriagueces del amor que flotaban por todas partes, la hacían pensar en su corazón solitario, sepultado bajo el Olvido, como una flor bajo la nieve, y, en su cuerpo, que había vivido, ignorante de las caricias, en el fiero enojo, de su virtud estéril;

pensaba en su inútil virginidad, con el mismo gesto de tedio compasivo, con que pensaba en sus viejos trajes modestos que había dejado colgados en los armarios de su casa, y, cuya austera simplicidad la hacía enrojecer;

en las frondas del bosque, el vuelo de

los insectos, parecía alzarse para hacer cortejo a esos sueños.

Froilán Pradilla adivinaba esas sensaciones, y, las cultivaba con el silencio, respetuoso del pesar pensativo de esa alma ante sus fríos destinos, seguro de que algo se alzaría de esos ensueños, en que una alma sentía el fastidio de la inercia, y dejaba caer los velos de su castidad, como una crisálida, tornada en mariposa. vuela hacia el aire calmado;

era demasiado psicólogo, para no comprender el estado de alma de aquella virgen deslumbrada, que sentía ante sí misma la vergüenza de su virginidad;

el *menu*, escogido por él, fué lo que debía ser; una serie de manjares apetitosos e incitantes, capaces de despertar los más ardientes deseos, hasta en el cuerpo de una estatua; los vinos generosos, y, al final el champagne, servido en abundancia;

la orquesta de los tziganos, preludiando valses lascivos, era un incentivo carnal, sumado a los otros incentivos, que llenaban la atmósfera como un vuelo de cantáridas.

Susana, los sentía, y, no se defendía, de

esos incentivos, que despertaban en su cuerpo ardores desconocidos, y, el vino le daba como nuevos ojos para devorar con avidez, el espectáculo de bestialidad refinada que se ofrecía a sus ojos; los ojos de los hombres y de las mujeres, lucían como ojos de felinos en celo; las conversaciones se hacían confidenciales y, las manos suavemente atrevidas, sobre los brazos y los senos desnudos; un relente de orgía, reinaba afuera, bajo los árboles, y adentro bajo los lustres del salón; ella, aspiraba ese relente y, su virginidad parecía rugir, como una joven leona husmeando las huellas de un león adolescente en la montaña;

era ya mucho más de media noche, cuando abandonaron el salón, y, tomaron el coche;

él la ayudó a subir, empujándola suavemente, como para sentirla estremecer bajo sus manos;

él, dió el itinerario al cochero: atravesar el Bosque, para salir por la *Porte de la Muette;*

cuando se pusieron en marcha, ella, cual si sintiese frío, a pesar de estar el co-

che cerrado, se cubrió el cuello con el boa; él, la ayudó a arreglárselo, apoyando diestramente las manos sobre la carne desnuda; ella se estremeció a ese preludio de caricias, que hacía pensar en otras más íntimas y más ardientes;

el cielo se había hecho amarillo, azufroso, cargado de borrascas; y eso hacía pesada la atmósfera del coche, lleno con el perfume del enorme ramo de flores, que Susana llevaba entre las manos.

Froilán, se lo quitó, colocándolo en el florero de la delantera, y, lentamente, sin que ella se defendiese, deslizó el brazo alrededor de su talle, y, la atrajo dulcemente hacia él; ella, se inclinó como una orquídea, y, como si su cuello fuese hecho de una materia flúida y, no pudiese resistir el peso de su cabeza que era como una flor de oro, se dobló sobre el hombro de él, que sabiamente, cautamente, dulcemente, le buscó los labios y, los besó con ardor;

aquel primer contacto de un beso varonil, sobre su rostro, aun tan puro, y, el calor de aquel beso, suavemente combinado con caricias, despertaron en ella, to-

do el ardor dormido, de su larga virginidad; el sedimento de sus deseos de hembra, largo tiempo inertes, le subió como una ola que la cegara, y, se dejó besar y devolvió los besos;

y, permanecieron así, anhelosos, trepidantes, en brazos uno del otro, abandonados a sus propias sensaciones, comprendiendo que antes de mezclarse su sangre, sus almas se mezclaban y se unían en esos largos besos interminables;...

ahogados por la ola de voluptuosidad que subía de todo su ser, no se apercibieron cuando salieron del Bosque, ni cuando atravesaron las avenidas, y pasaron los puentes, hasta que Froilán, viendo que habían llegado a la entrada del *Boulevard Saint Germain*, tomó la bocina y, dijo al cochero:

—*Rue du Bac*...

ella, como extraviada y perdida en el umbral de una nueva vida, nada dijo:

y, como estaban tan cerca, muy pronto el carruaje se detuvo a la puerta de la casa.

Froilán descendió y ofreció la mano a Susana, y despedido el coche; entraron,

internándose en las sombras de la escalera;

bien pronto estuvieron en la *garçonnière*.

Froilán volvió el botón de la luz eléctrica, y entraron al pequeño salón, donde ondas de luz, bañaron la belleza de Susana, como saliendo a su encuentro para darle la bienvenida;

no se hablaron;

sus labios no sabían sino besar...

sentían la sensación divina de que todo momento perdido para el amor, era algo irreparable, algo de sí mismos, que se perdía en la Eternidad.

Susana arrojó el boa, sobre un sofá, y, se quitó el sombrero;

con el pretexto de ayudarla, Froilán, la desvistió, poco a poco, pieza, a pieza, hasta que se ostentó ante él, erecta y desnuda, como un reto;

entonces la besó en los pechos, en el cuello, en el vientre, en todas las partes desnudas de su cuerpo, y, tomándola violentamente en sus brazos, como si robase una estatua de un templo, entró con ella, en la alcoba y la puso sobre el lecho;

y, extinguió la luz...

... ...

... ...

Era muy avanzada la mañana del día siguiente, cuando Froilán Pradilla, abrió el primero los ojos, sobre el lecho en desorden, tras de la ruda batalla de aquella noche de amor;

blanco, y desnudo como había salido del vientre de su madre, el cuerpo de Susana Berteuil, yacía a su lado, mal cubierto por el lino de las sábanas, arropada por el manto cuasi rojo de su cabellera desanudada, que se extendía sobre ella como un metal incendiado...

toda la Omnipotencia de la mujer vencida, que es siempre la Vencedora, dormía en aquella criatura, tan bella, que así con los ojos cerrados, tenía el aspecto de un niño, que buscara el pezón de la madre para lactar en él

Froilán Pradilla, la miró con orgullo y con encanto, pero no pudo impedir que un vago temor asaltara su corazón;

esa mujer, dormida a su lado, era un problema; todo el problema del futuro...

se había acostado libre, y, despertaba encadenado por el deber, teniendo entre sus brazos, ese algo tan estorboso, tan pesado y tan fatal, que es : una querida...

ese peso sin medida, capaz de romper los brazos de un hombre y el corazón de un dios.

El problema se presentó inmediato e imperioso...

Susana, no podía volver a su antigua casa, después de haber dormido una noche fuera de ella;

era preciso escribir a la portera anunciándole, que llamada súbitamente por sus parientes de provincia, partía esa misma noche; que lo dijera así a la *femme de ménage*, que iba a ayudarla todos los días en los quehaceres de la casa y, a cualquiera que preguntase por ella;

así lo hizo;

y, escribió en el mismo sentido a sus buenas amigas, madame Vibert, y, mademoiselle Catherine.

Froilán pensó, que dejarla en aquella *garçonnière*, sin confort familiar de nin-

guna especie y a donde no era posible impedir, que vinieran las visitadoras habituales que distraían sus ocios de soltero, no era posible;

orgulloso de su conquista y, deseando retenerla, resolvió alquilar o comprar uno de tantos apartamentos amueblados que hay en París, e instalarla en uno de ellos;

y, así fué;

en jira como de novios, fueron a almorzar a un gran restaurante sobre los bulevares, y, dedicaron el medio día, a visitar agencias, y ver apartamentos por alquilar;

pronto encontraron lo que deseaban; un gran apartamento, lujosamente amueblado, que una familia yanki, había dejado, y, cuyos muebles estaban en venta;

para un hombre de dinero como Froilán Pradilla, el negocio fué cuestión de horas, y, al día siguiente se instalaban en la confortable morada, situada en uno de los barrios más deliciosos y aristocráticos de París, en la *rue Courcelles*, hacia su desembocadura en la *Avenue Wagram*, en esa zona encantadora, de silencio y de frescura, que hace pensar en las avenidas

de Neully, o en las calles calmadas de Auteuil;

la misma cocinera y la misma camarera, que servían la familia yanki, quedaron a su servicio, y, con las apariencias de un matrimonio en luna de miel, se instalaron en su nueva residencia;

los primeros días, fueron de vida un poco bohemia, y, de diarias visitas a las grandes costureras y, los grandes almacenes;

todos los espectáculos de París los frecuentaron: teatros, cafés, restaurantes a la moda;

estuvieron en el *Moulin Rouge*, *Tabarin*, *Marigny;* en los *cabarets* de la *Butte;* en las grandes cenas del Ritz, y en las *soupers*, de Montmartre;

bien pronto esta vida fatigó a Susana Berteuil, que se puso a amar apasionadamente la quietud de su casa;

el espectáculo del vicio le repugnaba, y, esa dilapidación de dinero, le parecía inútil y culpable;

tenía gustos y hábitos de mujer de casa, y, comprendiendo que el servicio la robaba ignominiosamente, se encargó ella

misma de poner orden, asumiendo la administración de su *home;*

eso sorprendió y, encantó a Froilán Pradilla;

muy pronto, las diversiones quedaron reducidas, a una noche de Teatro, y, los paseos al Bosque, para utilizar el coche;

la tranquilidad, el orden, la elegancia, y el gusto más exquisito reinaron en el apartamento;

desde su instalación, Froilán la acompañaba todas las noches a la mesa, y, seducido por ese ambiente de intimidad confortable y, familiar, gozaba en prolongar sus veladas por largas horas;

ella se ingeniaba en averiguar los platos que más le agradaban, y, ayudaba ella misma a confeccionarlos, feliz si él, los hallaba buenos;

en el salón, tocaba el piano para él solo, y, le cantaba romanzas, que sabía serle agradables;

todos esos mimos, esas atenciones tan delicadas, fueron haciéndose indispensables, a la vida hasta entonces sin halagos íntimos y sin grandes afectos, de Froilán Pradilla, y, los amó como algo nuevo y vivificante, que hacía bella esa edad de

su vida, siempre tan triste cuando transcurre en la soledad del corazón;

y, aspiró con pasión, las íntimas delicias de esa hora, llena de un tan sereno encanto.

Susana, no abandonó su amor al Arte, y, continuó sus estudios, no ya en la Escuela de Bellas Artes, ni en el *atelier* del viejo escultor amigo de su padre, en el *Boulevard Barbés*, sino con las visitas asiduas a los grandes museos y las grandes galerías, y, para copiar y modelar, habilitó de taller, un pequeño cuarto, al cual hizo grandes reformas, para darle mayor luz;

allí pasaba las horas del día, que le dejaba libres el manejo de la casa;

no dejaba de trabajar sino en la tarde, para vestirse y, esperar a Froilán, que venía a las cinco, para salir en coche a su paseo habitual;

no hacían visitas; ella se resignaba al papel de aislamiento que su estado social le marcaba, y, no tuvo nunca una queja contra él, ni el más ligero reproche; lo aceptó con valor si no con orgullo y, lo guardó con una dignidad perfecta; no

fué a casa de nadie, y, nadie vino a casa suya;

regresaban a la casa, y, se sentaban a la mesa, y, ésa era la hora de mayor felicidad de su vida;

él, sentía, la fascinación, el encanto, de aquella intimidad deliciosa, a la luz discreta de la lámpara, entre el brillo de las vajillas, y el suave olor de los platos preparados expresamente para él, por esas mismas manos encantadoras, que hacían como un suave gesto de oblación al ofrecérselos;

y, gozaba en oírla hablar de su arte, de su casa, de las mil cosas amables que lo rodeaban, y, sentía que aquella vida, lo fascinaba, lo atraía, anestesiaba lentamente sus rebeldías, contra el amor, contra el hogar, contra la vida a dos, apoyados el corazón sobre el corazón y las manos en las manos...

y, a la luz opalina de la lámpara rompiéndose en mil prismas, sobre las piedras de las sortijas que ornaban los dedos de la mano que acariciaba suavemente la suya, en esa hora reconfortante y tierna, le parecía que todas sus teorías de misogenismo irreductible, se esfumaban len-

tamente en su cerebro, con un vago rumor de paradoxas...

comenzaba a amar la persona moral de Susana, tanto como había amado y, amaba su persona física;

la rectitud, la honradez, el carácter, toda la estructura de aquel ser, comenzaban a fascinarlo tanto, como lo habían fascinado las formas esculturales, la cabellera ígnea, los ojos de miosotis, y toda la belleza soberbia de aquel cuerpo suyo, y temblaba bajo sus caricias con una sensación de pudor nunca extinguido;

su inteligencia lo seducía, tanto como su corazón, y, hallaba bello aquel reposorio de ternuras, feliz de besar la cadena de lirios que ceñía su cuello, como un Sansón ebrio, que besara con pasión, las tijeras de Dalila.

Un acontecimiento físico-sentimental, vino a arrojar un soplo de turbación, sobre estos dos seres, tan dulcemente entregados, a la egoísta pasión de adorarse.

Susana quedó encinta;

ella fué feliz, cuando se lo hizo saber, y, él, con un corazón sin rebeldías, deformado y envilecido por aquel amor tardío, fué feliz también, de sentirse reproducido, así, en el ocaso de su vida, cuando no creía ya dar otras nuevas;

y, él, que había tenido el horror, o mejor dicho el Odio, de la Paternidad, y, de ese odio había hecho su culto, consagrándole su vida, sacerdote del Moloch insaciable del infanticidio, que había sido y, era el *leader* del *Maltusianismo*, y, había hecho de sus libros la Biblia de esa Reli-

gión de anonadamiento de la especie, se sentía ahora feliz de verse reproducido y, en su decadencia ineludible, sentía, como cualquier carretero sentimental el orgullo bestial de la Paternidad;

él, que había iniciado su carrera de Médico, sacrificando por aborto a su primera querida y a su primer hijo, con estoica fidelidad a sus doctrinas, desertaba hoy de ellas, y lejos de nombrar siquiera los métodos libertadores de la maternidad, ponía toda su ciencia ya consagrada, al cultivo y al desarrollo, de su simiente hecha carne, en el vientre de aquella mujer, que le había castrado el alma y hacía de él, un Sansón científico, sin fuerzas para destruir ningún templo, porque el Templo de la Ciencia, no se derrumba;

ya no pensó sino en rodear la madre, de todos los cuidados posibles y, esperar la venida del hijo, con una alegría infantil que el veneno de la ternura hacía extrañamente ridícula, como todas las ternuras...

la gestación fué normal, como era natural, en una creatura tan admirablemente constituída como Susana, y, el alumbramiento fué feliz;

él, la asistió acompañado de una comadrona, y, fué el primero en recibir entre sus manos, el bello y robusto niño, fruto de su amor;

los días anteriores al alumbramiento y, aquellos que lo siguieron, los consagró completamente a ella; anunciando a su hermana que partía para un viaje de pocos días y, nombrando un suplente para sus clases y, su clínica;

no se apartó un momento de la cabecera del lecho, espiando en el rostro de la enferma las huellas de los dolores inevitables, y, teniendo cuidados casi maternales, por la madre y, por el niño, como si en esas dos vidas estuviese radicada la suya;

era un aluvión de ternuras, que como una enfermedad violenta, minaba de un golpe sus energías, y, hacía del hombre fuerte, un harapo miserable de sentimentalidad;

de acuerdo entre los dos, el niño fué inscrito en el Registro Civil, bajo el nombre de Paul, en recuerdo de su abuelo materno, y, como un homenaje al viejo sabio:

—Así habrá otro Paul Berteuil—había

dicho ella, orgullosa de la perpetuidad de ese nombre, pero triste de la ilegitimidad que él acusaba :

—No — dijo Froilán—. Éste será Paul Pradilla Berteuil ;

ella, le estrechó en silencio la mano, con la mirada llena de gratitud, por aquel reconocimiento de su hijo ;

y, el niño era bello ;

los mismos ojos azules y, luminosos de la madre, la misma cabeza leonina, pero el cabello negro, y, la boca tierna del padre, boca de amor ;

y, él lo adoró...

aquel hombre, que había sacrificado su primer hijo, a sus teorías maltuistas ; y, había besado sus manos ensangrentadas cuando sacrificaron el feto de aquel ser que era el fruto de su juventud fuerte y altiva, temblaba ahora, ante el aire que pudiera hacer mal, a ese su otro hijo, venido ya tan tarde para él, a embellecer el arenal de su ciencia y de su vida, desprovista de todo amor que no fuera el amor de las ideas...

era la revancha inexorable de la Naturaleza, la venganza cobarde de la Vida, contra un ser ya agotado por ella, y, que la había combatido tan gallardamente.

Susana, no permitió, que nadie lactara a su hijo, y, lo lactó ella misma, sintiendo un orgullo campesino, en darle sus pechos blancos y próvidos para que se saciara en ellos;

eso, encantaba a Froilán Pradilla, en el cual una especie de juventud retrospectiva, casi de adolescencia sentimental, aparecía en presencia de ese niño del cual no podía separarse, y, el cual gozaba en mecer en sus brazos, con una paciencia de niñera amaestrada a esos quehaceres;

sus veladas se prolongaron al lado de la madre y, del niño hasta pasar días enteros sin salir de la casa;

los clubs políticos, las aulas, las academias científicas, lo vieron desertar de sus sesiones y, su hermana misma, creyéndolo en el campo, sufrió esas largas ausencias;

su mujer y su hijo, le robaban todo su tiempo, y, sentía un dolor cuasi físico, al separarse de ellos;

tenía gestos abominablemente burgueses, que eran una apostasía, de sus petronismos anteriores, una deserción de sus viejas elegancias...

aunque tenía siempre su coche particu-

lar a su servicio y, al de Susana, gustaba en las tardes de estío, pasear con ella de brazo, por las calles del barrio, como dos camareros enamorados, deteniéndose ante los escaparates de las tiendas, haciendo compras las más vulgares, o entraban al *Parc Monceaux*, que quedaba tan cerca de ella, y, allí, sentados en sillas o en un banco, gozaban viendo a Paul, tomar el sol en su coche de mano, llevado por la niñera, pasar cerca de ellos, tendiéndoles sus manos, como dos rosas en botón;

excusaban encontrarse con alguien conocido, por temor a la humillación que pudiera sufrir Susana, apareciendo como su querida, y, cuando, muy rara vez, no habían podido evitar un encuentro, él la había presentado como su Señora y, para los habitantes de la casa en que vivían, como para los proveedores y, gentes del servicio, ella era: Madame Pradilla;

a la rectitud nativa de él, repugnaba ese estado de mentira, y, muchas veces había hablado de legalizar su situación social;

¿era ya la decrepitud?

¿el reblandecimiento cerebral que mataba sus últimas energías?

el viejo león castrado, se enternecía y se encanallaba solemnemente...

el, buey social, ese animal doméstico llamado el Padre de Familia, aparecía en él, con todos sus caracteres de vulgaridad y, sus pasiones de rebaño;

él, lo comprendía, y, no osaba mirar frente a frente ese desmoronamiento de su antigua personalidad, ese descongelamiento, de su Yo, mental, convirtiendo en fango, todas sus purezas;

de vez en cuando los ecos de su tierra lejana, venían a despertarlo en su inercia, con gritos de combate, como despiertan los gritos de los cazadores, al viejo tigre dormido en la montaña;

y, el nombre de Froilán Pradilla volvía a sonar en sus oídos con el acento heroico de un clarín...

le parecía un nombre extraño y un ser extraño, y, se buscaba asombrado en el fondo de su corazón...

y, dialogaba entonces consigo mismo, y, el viejo Hombre que había en él, el Héroe Moral, el Luchador, que agonizaba sin morir, el Apóstol, que había dado su Vida al amor de sus ideas, reaccionaba contra la idea de estos amores que lo en-

cadenaban, lo debilitaban, lo envilecían con el virus de la sentimentalidad, y, hacían de él, el miserable animal social, atado al botalón de todas las domesticidades...

y, tenía vergüenza de su debilidad, vergüenza de esos amores que lo hacían traicionar su Vida, y eran el Final de un Sueño; su sueño de Libertad, miserablemente asesinado en el lecho del Placer...

ensayaba reaccionar contra esa decadencia, y, como un eco de trompetas sobre murallas lejanas, oía el gritar de sus viejos días diciéndole estrofas de victorias y, le parecía que un bosque orgulloso de laureles, lo llamaba, inclinándose ante él, en grandes reverencias de gloria;

en uno de esos momentos de soplo heroico, y de pesar retrospectivo, se hallaba aquella mañana en que fué llamado al teléfono, y, aquella voz tan dulce le habló, y él, dijo:

—*C'est toi? ma cherie...*

y, había dialogado enternecido, y, había almorzado muy ligero, y había partido donde la voz tan amada lo llamaba...

prisionero de su corazón.

Cuando Froilán Pradilla, llegó a su otra casa, vió con asombro, que Susana, inclinada sobre el barandal, de la escalera, lo esperaba, cosa que no había hecho nunca, ni en los primeros y, más tiernos días de su pasión; estaba pálida, anhelante, los ojos húmedos de llanto;

la abrazó, y entraron sin hablarse;

¿qué había sucedido?

Paul, estaba enfermo;

desde la noche anterior, después que su padre había partido, el niño se había sentido mal; tenía mucha fiebre, lloraba mucho, parecía delirar;

al acercarse a la pequeña cama donde yacía su hijo, Froilán Pradilla, tuvo un sobresalto, que ocultó; su ojo clínico, le reveló inmediatamente el peligro de la situación;

se inclinó sobre Paul, lo auscultó, lo pulsó;... el niño estaba rojo, amoratado, los ojos enormes, abiertos estupefactos; una fiebre enorme lo devoraba, una fiebre tan alta, que sorprendió a Froilán que hubiese podido resistirla...

Susana, lloraba al lado, siguiendo como hebetada, las miradas de Froilán y las expresiones de su rostro, como para adivinar en ellos la verdad...

estaba tan pálida, y, temblaba de tal modo, que Froilán dejó de atender al niño para atenderla a ella...

—No llores así; no te agites, que eso puede hacerte mal—; y, trató de llevarla fuera de la pieza, comprendiendo que ella, por su enfermedad, corría acaso más peligro que el niño;

ella, se enjugó los ojos, y, pareció resignarse, para que no la expulsaran del lado de su hijo.

Froilán, fué al teléfono, llamando primero a un médico de la vecindad, y, luego al más afamado especialista, en enfermedades de niños, que era muy su amigo;

y, volvió al lado de Susana y del niño;

los médicos, no tardaron en llegar, uno en pos de otro;

el colega primero, que se sentía feliz y honrado en asistir a un hijo de Froilán Pradilla, se hizo dar todas las informaciones precisas, y, sabiendo que venía el gran especialista, se reservó su diagnóstico, esperando darlo, en junta de médicos;

llegado éste, todos tres se inclinaron, sobre el lecho del pequeño enfermo; después de examinarlo, se miraron; el diagnóstico fué uno solo: meningitis;

ya Froilán Pradilla lo había visto, pero había tenido horror de confesárselo a sí mismo;

su otro colega se había callado, esperando al especialista, pero sabiendo bien el diagnóstico, que éste daría...

el especialista, no engañó a nadie y dijo la verdad;

ante la desolación de la madre, todos ocultaron la gravedad...

Susana, muda de espanto, escuchaba, en una actitud, capaz de conmover los más rudos galenos...

Froilán, la instó a que se retirara, lográndolo a duras penas;

y, entonces dijo a sus colegas, su terrible inquietud, por el mal hereditario que amagaba la vida de Susana:

—Hay, que evitarle toda emoción fuerte—dijeron ambos;

ya lo sabía Froilán...

pero, ¿cómo evitarle el dolor de ver a su hijo enfermo?

alejándola del lado de él;

esa crueldad, era imposible;

cuando los médicos partieron, ofreciendo volver, Susana, como enloquecida, hizo irrupción en el cuarto del enfermo;

sacó el niño de su lecho, lo puso sobre sus rodillas, y, no lo abandonó más; como si supiese que querían apartarla de él;

lloraba, lloraba a grandes gritos, llamando a su hijo, y estrechándolo contra su corazón;

y, Froilán Pradilla, el sabio, el hombre fuerte, lloraba también, de rodillas cerca de ella, teniendo entre sus manos los pies del niño;

el padre y la madre se miraban a través de sus lágrimas como dos náufragos a la orilla del mismo mar, viendo hundirse seres queridos, en el corazón violento de las olas;

el niño iba a cumplir dos años y nunca había estado enfermo; era un encanto de

bebé, con sus grandes ojos azules y sus cabellos negros, que le caían alrededor de la cara de una blancura de lis...

ya muy tarde de la noche, un síncope rindió la madre, y, el niño rodó de sus brazos, sin que ella lo sintiera ; habría caído al suelo si el padre, atento, no lo hubiese recogido.

Froilán dió el niño al ama y, ayudado de una enfermera, venida expresamente esa noche, trasladó el cuerpo de Susana, del sofá al lecho ;

casi olvidado del hijo, se dedicó a cuidar la madre, cuya gravedad, también crecía por momentos.

Susana, tenía sobresaltos, violentos y, largos síncopes de quietud...

su respiración fatigosa, llenaba el aposento, y daba angustia, sentir que por momentos se asfixiaba ;

el oxígeno de los grandes balones traídos para el efecto, era insuficiente ;

se asfixiaba por momentos ;

no podía llorar...

de súbito, como si todo se desgarrase en ella, con los ojos abiertos, cual si viese por primera vez la luz, se incorporó, casi hasta ponerse de pie, gritando :

—Mi hijo, mi hijo...
y, cayó otra vez...
estaba muerta...
la enfermera le cerró los ojos.

Froilán Pradilla, cayó de rodillas al pie del lecho, sin decir una palabra, con grandes rugidos, como de fiera a la cual han clavado un cuchillo en la garganta...

Cuando Froilán Pradilla regresó del Cementerio, de enterrar el cadáver tan amado de Susana Berteuil, respiraba la serenidad estoica y grave de aquel que entra de nuevo en la Vida, después de haber estado a punto de perderla;

renacía...

venía de sepultar la única época romántica de su vida, el sueño cobarde de ser feliz, en los brazos de una mujer, cerca a la cuna de un niño, bajo el arco de rosas sentimentales de un hogar...

aquel sueño se había roto en pedazos;

y, aquella tumba, era: el Final de un Sueño...

de esa tumba donde Susana Berteuil, entraba en la muerte, él, nacía de nuevo a la Vida...

había celebrado los funerales de su cadena...

aquella tumba guardaba una vergüenza de su esclavitud...

todas las rosas del Campo Santo, no alcanzaban a cubrirla;

el Destino lo libertaba...

Susana Berteuil, se había alzado entre él, y su Destino...

y, el Destino, la había herido;

¡ay! de aquel que se alza en el camino del Héroe, para encadenarlo;

ése será pulverizado...

... ...

El mismo día del entierro, Froilán Pradilla, despidió la servidumbre de su apartamento de la *rue Courcelles*, no conservando sino la niñera, a la cual estaba habituado Paul, ya entrado en lenta mejoría...

aquella misma noche, llevó el niño a su casa de la *rue des Martyres*, y, entregándolo a su hermana, le dijo:

—Toma; es un hijo mío; su madre ha muerto...

Laura Pradilla, abrió sus grandes ojos sorprendidos, miró al niño tan bello que dormía, y, sus entrañas vírgenes, tuvieron como un grito de maternidad;... le

pareció que por un milagro, su larga virginidad florecía en aquella rosa viva; adivinó el nacimiento de un nuevo deber para ella, y, se abrazó a él, con pasión...

Froilán y, ella miraban al niño, como en un cuadro de Adoración...

el niño medio dormido, balbuceó:

—Mamá, mamá...

un silencio de tumba envolvió aquel reclamo del huérfano...

Paul, abrió los ojos, los inmensos ojos azules que había heredado de su madre, se incorporó, y, mirando sorprendido el sol que entraba por la ventana, gritó más fuerte:

—Mamá, mamá... ¿dónde está mamá?...

FIN

LECTOR:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

Obras de V

Publicadas por L

Vuelo de Cisnes.
De los Viñedos de l
Libre Estética.
María Magdalena.
Sombras de Águilas
El Final de un Sue
Salomé.
La Ubre de la Lo
Ibis. *(Edición defi*
Las Rosas de la Ta
Flor del Fango. *(E*
Cachorro de León.
La Simiente. *(Edi*
Sobre las viñas m
Alba roja. *(Edición*
Aura o las Violetas.
Los discípulos de Emaüs. *(Edición definitiva.)*
El camino del Triunfo. *(Edición definitiva.)*
La Conquista de Bizancio. *(Edición definitiva.)*
El Minotauro. *(Edición definitiva.)*
La Demencia de Job. *(Edición definitiva.)*
Los Parias. *(Edición definitiva.)*
De sus lises y de sus rosas. *(Edición definitiva.)*
La voz de las horas. *(Edición definitiva.)*
Archipiélago sonoro. *(Edición definitiva.)*
Lirio blanco. *(Edición definitiva.)*
Huerto agnóstico. *(Edición definitiva.)*
Lirio rojo. *(Edición definitiva.)*
Lirio negro. *(Edición definitiva.)*

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
F46
1920

3 Ptas.